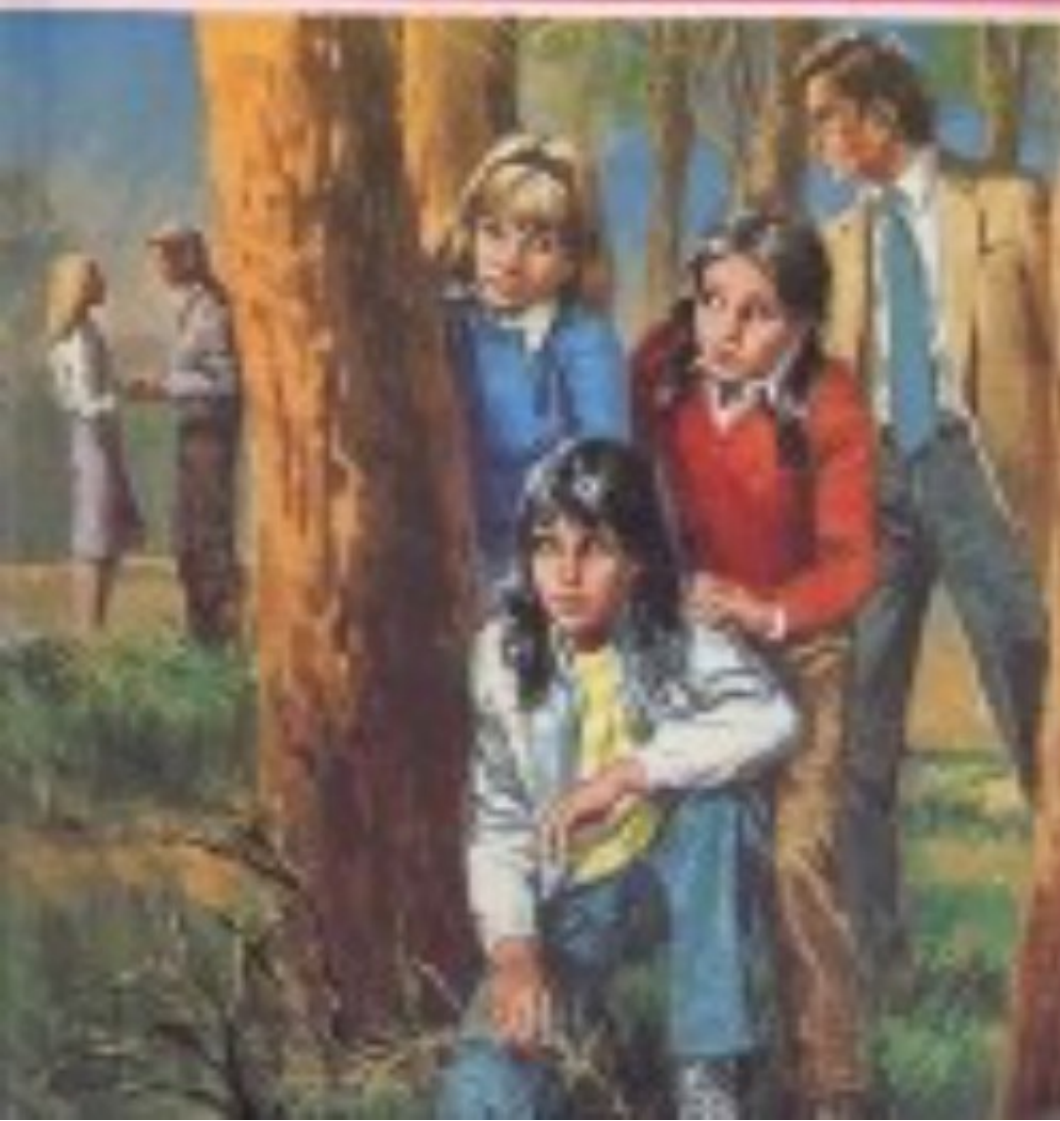


PUCK

EN EL TERROR
DEL INSTITUTO

L. Edward Warner



PUCK EN EL TERROR DEL INSTITUTO

Por

LISBETH WERNER

Título original danés: FILMSTJERNENS HAEVN – PIGESKOLENS
SKRAEK

Traducción: Annelise Larsen

Cubierta: González Vicente

Ilustraciones: R. Cortiella

SÉPTIMA EDICIÓN

Depósito Legal: B 35.262-1988

ISBN 84-310-2408-9

© Carlo Andersen - Kund Meister

Copenhague - Dinamarca

© Ediciones Toray, S. A., 1988 Duero, 6. 08031 Barcelona

Impreso en España - Printed in Spain





Sólo hace poco más de medio siglo que la industria del cine comenzó a funcionar como tal industria. Al principio, y durante algunos años, Dinamarca fue el primer país del mundo productor de películas. Esto se debió, sobre todo, a *Asta Nielsen*, la primera estrella cinematográfica del mundo, y a *Valdemar Psilander*, el primer héroe de la pantalla propiamente dicho. Ambos lograron fama mundial como astros de la pantalla.

Sin embargo, pocos años después, Estados Unidos se puso a la cabeza de dicha industria, y nuevas estrellas, como *Lillian Gish*, *Mary Pickford*, *Charles Chaplin*, *Richard Barthelme* y el héroe vaquero, *William S. Hart*, empezaron a brillar en el firmamento cinematográfico. No hay que olvidar, por supuesto, a *Rodolfo Valentino*, quien hizo latir millones de corazones femeninos a un ritmo desenfrenado y, a pesar de que murió en el año 1926, sus admiradoras aún siguen colocando flores sobre su tumba.

En ocasiones, resulta difícil explicar el porqué algunos artistas de cine alcanzan tan gran popularidad entre la juventud, pues si bien en algunos casos ésta se debe a la labor artística de la estrella, hay muchas otras cosas que intervienen primordialmente: una bonita voz, saber bailar, una linda cara, etc.

Durante los últimos años, han adquirido gran renombre principalmente las llamadas *glamour-girls*: jóvenes actrices de poco

talento, pero con un envidiable aspecto físico. Por el contrario, muchos auténticos artistas nunca alcanzaron gran renombre entre el público joven. Para los productores es sumamente importante que sus «estrellas» sean populares entre la juventud, pues casi siempre son los jóvenes quienes hacen que una película sea un éxito o un fracaso. Millones de espectadores van al cine solamente para ver a su actor o a su actriz favorito.

La joven actriz danesa, Gerda Madsen, había trabajado muy duro. Empezó su carrera como extra en la «Paramount» americana, en Hollywood, y pasó mucho tiempo antes de que consiguiera un pequeño papel. Sin embargo, esto motivó que un descubridor de talentos de otra productora cinematográfica se fijara en ella, y así empezó su lento ascenso hacia el estrellato.

Para empezar, cambiaron su nombre por el de Grace Mason, que sonaba mejor en los oídos americanos. Grace Mason tenía condiciones para llegar a ser famosa por el espinoso sendero del Séptimo Arte. Era hermosa y simpática, y poseía una figura envidiable, tenía una bonita voz y bailaba muy bien... Pero, sobre todo, poseía gran talento para actuar ante las cámaras.

Algunos años después, el nombre de Grace Mason brillaba con letras grandes en las carteleras de los cines de todo el mundo. Cuando protagonizaba una película, ésta tenía el éxito asegurado de antemano.

Como es de suponer, le pagaban muy bien. Sus ingresos aumentaban al mismo ritmo que su popularidad. Había llegado a ganar cantidades fabulosas y, como artista famosa, tenía una casa maravillosa en Beverley Hills.

La casa estaba rodeada de un gran jardín, con una hermosa piscina; pero Grace Mason apenas tenía tiempo para disfrutar de todo aquello. Pasaba gran parte del día trabajando cada vez más duro. Si no estaba rodando, los incansables promotores de publicidad de la productora la tenían ocupada en uno u otro lugar, asistiendo a estrenos de cine y teatro, presidiendo rifas benéficas o recepciones y realizando todo cuanto una estrella de fama mundial debe hacer para que no inermene su popularidad. Había que procurar que su público no la olvidase.

Era una forma de vida agotadora. Grace la soportaba como un mal necesario. Sin embargo, protestaba violentamente si sus agentes

de publicidad intentaban crear un falso sensacionalismo en torno a ella. A aquellos tipos les hubiera gustado contar al mundo que Grace Mason había sido amenazada con un secuestro o que tenía un par de leopardos salvajes en su casa... o que tenía relaciones amorosas con éste o aquel actor famoso. Esto último lo intentó en cierta ocasión uno de sus más imaginativos agentes, pero no le quedaron ganar de repetir la broma. Grace Mason le rompió un jarrón en la cabeza en cuanto se enteró.

Tal acto de violencia, que tuvo dos semanas de baja al culpable, no era normal en Grace Mason. Aunque era capaz de expresar un gran temperamento y apasionados sentimientos ante las cámaras, en su vida privada era tranquila, de mucha sangre fría e incluso retraída y seria. En sus hermosos ojos azules se notaba con frecuencia una gran tristeza.

Sus escasos amigos decían que ocultaba un secreto o quizás una gran pena; pero Grace nunca había hablado de ello. No tenía muchas amistades y, contrariamente a los demás actores de Beverley Hills, no tomaba parte en la vida social ni en las grandes fiestas. Prefería montar a caballo o nadar en su estupenda piscina.

Aunque rondaba ya los treinta años, no estaba ni comprometida ni casada, lo cual, en el mundo del cine, era bastante extraño. Por eso, los enemigos de Grace, y tenía muchos, afirmaban sin más que intentaba imitar a Greta Garbo, esa actriz maravillosa que durante toda su vida ha llevado una existencia retirada.

Sin embargo, estas tonterías de gente ociosa no molestaban a Grace Mason. Ella sabía muy bien que no tenía ningún deseo de imitar a Greta Garbo. A pesar de su fama, reconocía que nunca podría compararse como actriz con la «divina» Greta, por lo cual era absurdo intentar imitarla en la vida privada.

Cuando una actriz de cine ha alcanzado fama mundial, hasta cierto punto puede decidir cuántos y en qué papeles desea trabajar. A veces, aceptan más trabajo del que pueden hacer y entonces llega el agotamiento. Entonces surge el peligro de querer superarlo con estimulantes, como el alcohol o las drogas, pero el remedio es sólo temporal; el colapso nervioso llega tarde o temprano, con toda seguridad.

Esta crisis le llegó también a Grace Mason, pero no se debía ni al alcohol ni a, las drogas. Ella siempre se había mantenido alejada de

tan peligrosas tentaciones como mujer sensata que era. Su colapso nervioso se debía únicamente a un agotamiento por exceso de trabajo.

En pleno rodaje de una gran película, tuvo un ataque de histeria y los lloros le impidieron seguir actuando.

Económicamente representó un duro golpe para la productora de la película, pero el director comprendió la gravedad del asunto. Grace Mason era la estrella más seria y fácil de dirigir que había conocido, y si estaba deprimida, era a causa de algo grave. El gerente de la productora no estaba de acuerdo, pero el director se mantuvo firme: Grace Mason no estaba en condiciones de trabajar. El médico le dio la razón. Según el doctor, la actriz debía alejarse durante medio año de los estudios cinematográficos.

Para la desolada Grace Mason, las palabras del médico eran casi una sentencia de muerte artística, pero sabía que tenía razón. Estaba completamente agotada de cuerpo y alma. En aquellas condiciones era imposible seguir trabajando. Tuvo que adoptar una decisión. Y ésta fue marcharse de viaje.

Inició el viaje acompañada de su doncella, la fiel Mary Drew. Primero fueron a Méjico y luego recorrieron América del Sur, para terminar en Europa, donde visitaron Francia, España, Italia y Suiza. El final de sus vacaciones forzosas quería pasarlo en Copenhague, donde Gerda Madsen, ahora Grace Mason, tenía algunos amigos.

En todas partes fue recibida y agasajada como la famosa actriz que era. Hubiera preferido pasar inadvertida, pero eso resultó imposible; su cara era conocida por todos los aficionados al cine. Mary Drew, la doncella, quería mucho a su joven señora; sin embargo, durante el largo viaje, tuvo que armarse de mucha paciencia. A causa de su estado nervioso, Grace Mason se mostraba con frecuencia iracunda e irritable, y quien pagaba las consecuencias era la pobre Mary, que tenía que soportar con resignación los malos ratos.

El problema era más grave cuando se trataba de periodistas y fotógrafos. En medio de una rueda de prensa, Grace se levantó de un salto mandándoles a todos a freír espárragos. En París había llegado incluso a tirarle un cenicero a la cabeza de un fotógrafo que la molestaba con los continuos disparos de su cámara.

Estos incidentes, publicados después en la prensa, causaban muy

mala impresión, aunque injusta, tratándose de la normalmente tranquila y tímida Grace Mason. Los lectores de los periódicos no podían adivinar que la actriz era víctima de una auténtica enfermedad nerviosa.

Cuando llegó a Kastrup, el aeropuerto de Copenhague, la esperaba un ejército de periodistas y fotógrafos. Tuvo que aceptar una rueda de prensa con sus impertinentes preguntas y continuas poses y sonrisas para los fotógrafos. Al final gritó exaltada:

— ¿Quieren dejarme en paz ya de una vez?... No pienso contestar a más preguntas... y no quiero que me hagan ni una fotografía más.



Como un periodista insistente volviera a preguntarle algo, contestó golpeando el suelo con el pie:

—¡Cállense!... ¡Déjenme ir al hotel! Estoy rendida, quiero irme a dormir... Vámonos al coche, Mary.

Cuando finalmente llegó al «Hotel D'Angleterre», se retiró inmediatamente a la llamada «suite real».

Al día siguiente, Grace Mason no fue muy bien tratada por la prensa matutina. Uno de los periódicos llegó a decir que la famosa actriz de cine se había portado como una chiflada. Pero ni siquiera se molestó en leer lo que escribían de ella. Todo le daba igual. Se sentía sumamente cansada de aquel viaje, que había resultado bien diferente de lo que ella hubiera deseado. Comprendía perfectamente a Greta Garbo.

* * *

— ¡Mary!

— ¿Qué desea, señora?...

— Ven a desayunar conmigo. Haremos nuestros planes para hoy... Hace un tiempo espléndido y me gustaría ir al campo.

Grace Mason acababa de tomar un baño perfumado. Y ahora, desde una ventana de su lujosa habitación, estaba contemplando la plaza de Kongens Nytorv. Suspiró. Ni de niña ni de jovencita hubiera soñado jamás que algún día iba a ver aquella plaza desde la «suite real» del «Hotel D'Angleterre». Si no hubiera aprovechado su oportunidad de entrar en el cine hubiese terminado como sus compañeras, en una oficina o trabajando en una fábrica a la espera de encontrar un marido.

Y así hubiera terminado también su amiga Dora Nielsen. La actriz sonrió con amargura. Dora había sido su mejor amiga. Fueron carne y uña hasta que apareció el hombre de negocios irlandés Henry O'Flanagan. Grace y el irlandés se hicieron amigos o, mejor dicho, casi novios, pero Dora intervino y se casó con Henry O'Flanagan. Tuvieron una hija, Jill; pero el matrimonio fracasó.

Henry trabajaba en Irlanda. Era uno de los hombres de negocios más ricos del país. Dora se quedó en Copenhague viviendo como una mujer de mundo que podía permitirse todos sus caprichos. La hija del matrimonio estudiaba en el «Instituto Clara Moeller», y así la madre no necesitaba preocuparse de ella.

Puck había conocido a la pequeña Jill cuando aceptó el encargo de cuidar de ella durante el rodaje de una película en Irlanda, pues la niña era por aquel entonces una famosa estrella de cine infantil. Aquel viaje había resultado un completo drama, y Jill O'Flanagan había tenido una experiencia terrible. Después de ello, había sido matriculada en el «Instituto Clara Moeller» al mismo tiempo que Puck, y parecía ser feliz allí.

Anteriormente, Jill había vivido sólo para el cine, disfrutando de una gran popularidad, pero en aquel instituto, el más elegante de Copenhague, se había convertido en una jovencita simpática y obediente. En ocasiones, la vida tranquila del colegio le parecía monótona a la pequeña actriz y sus compañeras no siempre eran amables con ella. Entonces echaba de menos las horas pasadas ante las cámaras e incluso las órdenes del director. En el fondo, quería

olvidarse de aquella época de su vida; pero, a veces, resultaba muy difícil.

* * *

Grace Mason se ajustó la bata de seda azul y dijo en danés a su doncella:

— Mary, vamos a «matar el hambre».

La americana no entendió la frase, pero sí su significado y, poco después, estaba sentada frente a su joven señora. Por pura timidez se había sentado en el borde de la silla y Grace le reconvino, irritada:

— ¡Siéntate bien en la silla, Mary!... Me mareo de verte sentada así... ¿Me sirves un poco de café?

Mientras la criada le servía, la actriz tomó la correspondencia. Había un buen montón de cartas. Conocía de sobra el contenido de la mayor parte de ellas, y no le hacía falta abrirlas siquiera. Unas eran peticiones de autógrafos o fotografías; el resto, peticiones de dinero.

—¿Qué dice la prensa de mí, Mary?

La doncella, que en los años pasados en casa de su señora había aprendido suficiente danés como para entender los titulares de los periódicos, contestó:

— *Berlingske Tidende* y *Politiken* publican algo en la tercera página... *Aktuelt*, en la quinta y luego...

— No sigas — le interrumpió Grace Mason —. En realidad, no me interesa... Prefiero que me alcances la mermelada de naranja.

Hubo un corto silencio, que Mary lo rompió al decir:

— ¿Qué hago con sus joyas? ¿Las llevo a la caja de caudales del hotel?

Grace hizo un gesto de impaciencia con la mano:

— Puedes meterlas en mi bolso de mano, Mary... No vale la pena preocuparse tanto por ellas. Quizá necesite ponerme alguna diadema o un anillo de brillantes. A los fotógrafos les encantan esas cosas...

Si la famosa estrella de cine hablaba así, no era por soberbia. Sus joyas y alhajas estaban valoradas en cerca de 80.000 dólares, y aunque en ocasiones se veía obligada a ponérselas, esto no le causaba ningún placer. El oro, el platino y las piedras preciosas sólo eran para ella la prueba de que había triunfado..., al menos

económicamente.

Tiró con rabia todas las cartas al suelo y ordenó:

— Tíralas todas a la papelera, Mary.

— Pero la señora debiera...

— Tíralas, te digo.

La sirvienta se levantó silenciosamente y empezó a recoger los sobres esparcidos por la alfombra. Durante los últimos meses había logrado acostumbrarse a los extraños caprichos de su ama. Antes no era así. Mary Drew suspiraba al pensar en ello. Entre las actrices de Hollywood su señora había sido la más simpática y fácil de contentar de todas; pero, a raíz de su crisis nerviosa, la vida con ella se había hecho casi insoportable...

Después de recoger las cartas, preguntó en tono tranquilo:

— ¿Quiere la señora leer los periódicos?

— No... ¡Tíralos!

— Está bien, señora...

Sonó el teléfono y Mary contestó. Luego se acercó a su señora y le dijo en voz baja:



Una tal señora O'Flanagan pregunta si puede usted recibirla.

La actriz estuvo a punto de negarse con furia, pero se repuso pronto y asintió:

— Dora Q'Flanagan... Sí. Que suba, Mary. Será muy interesante verla de nuevo.

* * *

Algunos años antes Grace Mason había estado en Copenhague, pero en aquella ocasión no quiso ver a su antigua amiga, Dora. Hubiera sido demasiado para ella enfrentarse con la mujer que le robó al hombre a quien amaba..., el único hombre que había significado algo para ella.

Grace Mason se arregló el cabello. Le era difícil permanecer

tranquila. Naturalmente sabía que Dora Nielsen... o Dora O'Flanagan, como se llamaba ahora... no podía compararse con ella en belleza, pero no era éste el problema... Todo era cuestión de nervios.

Habían pasado ya bastantes años, pero Grace Mason no lograba olvidar. El joven irlandés Henry O'Flanagan había sido su primero y único amor..., y Dora se lo había robado. Ni su fama mundial como actriz de cine lograba ahogar aquel pensamiento.

A lo largo de su carrera, Grace había conocido a muchos actores famosos, había tenido amistad con millonarios y grandes magnates, con aristócratas, incluso con príncipes rusos. Muchos hombres interesantes que la habían pedido en matrimonio... pero ninguno de ellos la había hecho olvidar al irlandés.

Dora O'Flanagan entró como un barco a toda vela en la «suite real». Sí, a toda vela. Grace no pudo menos que sonreír al ver a su antigua amiga..., vestida con elegancia, maquillada como si fuera a un estreno de ópera... Y envuelta en una nube de perfume caro .. Todo esto a las nueve de la mañana.

La señora O'Flanagan tiró con displicencia su estola de visón sobre una silla y exclamó con cordialidad:

¡Querida Grace, es maravilloso volver a verte!... Tienes un aspecto envidiable.

También tú pareces estar bien — asintió Grace con sequedad—. Siéntate, Dora. Sírrete una tostada con mermelada de naranja...

—¿Cómo?... ¿Mermelada de naranja?

—Sí... ¿No te gusta?

—Sí, claro, la tomo a la hora del té, por la tarde...

—Pero vistes como si fueses a un té elegante, querida Dora — dijo Grace, mientras con un gesto la invitaba a tomar asiento—. Vamos a charlar un poco... ¿O quizá prefieras una copa?

—Sí, gracias; ginebra y vermut, para animarme un poco.

—Naturalmente, naturalmente... Mary se ocupará de ello.

—¿No tomas nada tú?

—No. Aún es temprano para mí.

—¿Qué me dices? Creía que las actrices empezabais la jornada con algo fuerte antes de levantaros de la cama.

Grace se encogió de hombros.

—Pues no conozco las costumbres matinales de mis colegas,

pero yo siempre empiezo el día con una taza de café, pan, queso y mermelada. Nadie aguanta el alcohol o las drogas por mucho tiempo. ¿Tú, sí?

—Nunca me he drogado...

—No, pero abusar de la ginebra y el vermut es tan peligroso como tomar drogas. Pero no voy a sermonearte. Eres demasiado mayorcita para ello...

—¿Qué quieres decir con eso de mayorcita? —hipó la recién llegada.

Grace sonrió con la amabilidad de un gato al acecho:

—No tomes mis palabras al pie de la letra. Sólo me llevas diez años, y esto, hoy día, no significa nada. No tienes más que pensar en Marlene Dietrich.

Un momento después apareció un camarero con una bandeja de plata en la que traía una botella de ginebra y otra de vermut sin empezar. Grace le dijo con amabilidad:

—Por favor, deje las botellas... Mi amiga tiene sed. ¡Adelante, Dora, sírvete!... Perdona que yo sólo tome otra taza de café.

Mientras la señora O'Flanagan no se hacía rogar, Grace contempló a la que había sido su mejor amiga. Dora tenía buen aspecto, había que admitirlo. Los masajistas y expertos en belleza daneses conocían bien su oficio... Era difícil creer que Dora tuviera ya una hija adolescente.

—¿Cómo está Jill? —preguntó Grace por decir algo.

—¿Jill? Pues... Bien, gracias... No la veo mucho... Ha dejado el cine y está estudiando en un instituto...

—Pero se había hecho muy famosa en el cine.

—Sí, es verdad; pero los niños cambian con facilidad de aficiones. Yo creo que Jill se encuentra a gusto en el «Instituto Clara Moeller».

—Pero no lo sabes con seguridad, ¿verdad?

—No sé... Jill y yo no hablamos mucho...

—Me lo suponía —asintió Grace, y levantó su taza de café—. ¡A tu salud, Dora!

La señora O'Flanagan parecía no haberse dado cuenta del tono recriminatorio de su antigua amiga, porque continuó suspirando:

—Para mí fue un duro golpe que Jill no quisiera hacer más películas, figúrate. Ganaba mucho dinero, y... ¡Ejem!... Se necesita

tanto hoy día para mantener cierta posición social. Una está obligada a asistir a muchas reuniones, a viajar y, además, últimamente he perdido fuertes sumas jugando al bridge...

—¿No será una deuda grande? —preguntó Grace seria.

—Sí, muy grande, por desgracia... Casi no puedo permitirme el lujo de que Jill continúe en ese colegio tan caro.

La actriz se sobresaltó y tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse. Su antigua amiga recibía, sin duda, una fuerte suma de su ex esposo. Con ella podía dar una exquisita educación a su única hija, pero, por lo visto, era más importante para ella vivir a lo grande y contraer deudas de juego. Resultaba evidente que, para su madre, Jill sólo era un buen medio para obtener más dinero... Nunca había mostrado gran cariño hacia su hija... Y ahora la pequeña iba a sufrir las consecuencias de que su madre no pudiera dejar de jugar y hacer vida social. Era algo muy mezquino. Grace estuvo tentada de abofetear a su vieja amiga; pero, por fortuna, logró controlarse y preguntó en tono sereno:

—Si sacas a Jill del colegio, querrás que vuelva a hacer películas, ¿verdad?

—Sí, naturalmente.

—Y ella, ¿tiene ganas de trabajar en el cine?

La señora O'Flanagan hizo una mueca:

—¿Qué sé yo? No lo creo... Está muy contenta en el colegio. Sin embargo, lo que ella gane haciendo películas puede ser necesario para las dos. Además, las productoras cinematográficas se pelearán por contratarla.

—¿Qué dice Henry? —preguntó Grace con dureza.

La señora O'Flanagan se sobresaltó. Era la primera vez que el nombre de Henry era pronunciado entre ellas, y contestó un poco confusa:

— Pues... No lo sé... Pero, diga lo que diga, soy yo la única que puede decidir sobre Jill.

Grace sintió de nuevo ganas de abofetearla. Sus nervios la hacían temblar de rabia y su voz era insegura cuando dijo:

— Sírvete otra copa, si quieres.

— Bueno..., gracias.

Al tomar la botella, su mano tropezó con el bolso de Grace, que cayó al suelo. Una maravillosa colección de joyas se desparramó

sobre la alfombra.

— ¡Vaya por Dios! —exclamó la señora O'Flanagan atónita—. ¿Guardas tus joyas en el bolso?

— Sí, es mucho más fácil —contestó Grace con despreocupación, y seguidamente ordenó a su doncella—. Haz el favor de recogerlas, Mary.

— ¡Valen una fortuna! — opinó la señora O'Flanagan.

— Sí, naturalmente — asintió Grace sin mucho interés — pero las necesito en mis viajes...

La actriz continuó diciendo con una sonrisa amarga:

— Las alhajas son todo mi éxito en la vida.

— Sí, debes de ser inmensamente feliz ganando tanto dinero.

Grace Masón iba a contestar con dureza, pero de nuevo logró dominarse, y replicó muy tranquila:

— Sí, soy muy feliz, Dora... Muy feliz... No obstante, hay momentos en que echo de menos mi patria. He estado pensando en comprarme una casa en Dinamarca... No aquí, en Copenhague, por supuesto, sino en algún lugar del norte de Selandia. Lejos del ruido, del olor a gasolina y de la gente malhumorada...

— ¿La quieres muy grande?

— El tamaño no importa, si la casa me gusta. El precio tampoco es problema.

— Entonces yo puedo proporcionarte una, Grace —dijo ansiosa—. Jill tiene una compañera de colegio, Rita Holst, cuyo padre quiere vender su finca «Frederiksholm» para invertir el dinero en no sé qué negocio. Es una hacienda maravillosa. Te encantará, aunque supongo que el precio es muy elevado...

— El precio no es problema — repitió la actriz encogiéndose de hombros —. Dentro de un par de años quizá la gente se haya cansado de verme en la pantalla, y entonces sería estupendo volver a Dinamarca... ¡Ejem!... ¿No quieres otra copa, Dora?

— Gracias, tomaré la última —aceptó Dora, y volvió a llenar su vaso.

Cuando media hora después Dora O'Flanagan se hubo despedido, Grace dijo con asco:

— ¡Abre las ventanas, Mary!... Después de esta visita necesito respirar aire puro.

Mientras la doncella obedecía, Grace continuó:

— Vamos a pasar un día agradable, Mary, libres de periodistas y fotógrafos. Saca mi traje de chaqueta azul, aquel viejo. Nadie me reconocerá con tales harapos. Pide también un coche... No un coche americano, sino un modesto utilitario o algo por el estilo. No quiero que nos sigan. He decidido ir a almorzar en un viejo parador. ¿Había gente de la prensa en el vestíbulo antes?

— Sí, había algunos periodistas...

— Pues en ese caso saldremos por la puerta trasera. No podría soportar hoy la cara de un periodista. La señora O'Flanagan ha alterado bastante mis nervios.

La actriz se quedó un momento con las cejas fruncidas mientras contemplaba la plaza de Kongens Nytorv. No podía olvidar el egoísmo de Dora O'Flanagan. Era inconcebible que una mujer pudiera mostrarse tan despiadada, pensando más en sí misma que en el futuro de su hija. ¿Qué diría Henry, al saber que Jill iba a abandonar el colegio? Quizá ni siquiera se enterara antes de que fuera demasiado tarde... Era muy de Dora actuar así. Y sería desastroso para la pobre Jill. Grace Mason estaba tan excitada que sentía ganas de romper algo. Odiaba a la gente ruin como Dora O'Flanagan.

Dora recibiría su castigo. Al pensar en ello, la actriz se sintió mejor. Después de la entrevista que acababa de tener con su antigua amiga, decidió darle su merecido.

— ¿Qué te ha parecido la señora O'Flanagan, Mary?

— Pues... es una señora hermosa y elegante... —vaciló la doncella—, pero una hora es poco tiempo para poder juzgar a una persona. No la conozco apenas y...

— Puedes estar contenta, Mary. Es una auténtica harpía.

— Si usted lo dice... —admitió Mary servicial.

Mientras se vestía, Grace pensó en cómo dar un escarmiento a su antigua amiga. De pronto tuvo una inspiración.

— No sólo vamos a almorzar en el viejo parador —dijo a su doncella—, sino que iremos a ver la finca «Frederiksholm». Si me gusta, es posible que la compre y entonces...

No terminó la frase. Su sonrisa era enigmática.



¡Puaf!

Puck cerró de golpe su libro de texto y se reclinó, fatigada, en su silla. ¡Cuántos nombres y fechas tenía que aprender como alumna del «Instituto Clara Moeller»! ¿De qué serviría tanta sabiduría? Si alguna vez llegaba a casarse, le sería más útil saber cocinar que conocer los grandes maestros de la pintura. Pero, naturalmente, todo aquello formaba parte de una esmerada educación, y tampoco había que despreciarlo...

La puerta se abrió y «Torbellino» entró corriendo. Se dejó caer en un sillón, y dijo jadeante:

— ¡Ay, Puck! ¡Traigo tantas noticias!...

— Cuenta, cuenta — la animó Puck.

— Sabes que la famosa actriz de cine Grace Mason está en Copenhague, ¿verdad?

— Toma, claro. Los periódicos escriben mucho sobre ella...

— Quizá compre la hacienda de papá.

— ¡No me digas!

— Ya han iniciado los contactos. El próximo fin de semana irá a verla con su abogado, que también es el de la madre de Jill. Todos se quedarán en «Frederiksholm» hasta el lunes.

— Os divertiréis — dijo Puck sin gran interés.

— Sí, pero lo más divertido —continuó «Torbellino» — es que tú, Karen y Navio también estáis invitadas. He hablado con mi

padre.

— ¿Qué dices? —exclamó Puck entusiasmada—. Espero que este fin de semana sea más tranquilo que el último. Aquél fue demasiado emocionante...

La siempre alegre cara de «Torbellino» se tornó seria.

— Grace Mason ha pedido que Jill sea invitada también, pero hay algo que anda pero que muy mal...

— ¿A qué te refieres? —sonrió Puck.

— Jill está fuera de sí porque su madre quiere sacarla del colegio para ponerla de nuevo a trabajar en el cine. Estaba a punto de llorar cuando hablé con ella. La señora O'Flanagan no puede pagar el colegio... Y, claro, Jill ganaba mucho dinero en el cine.

Puck se había puesto seria. No le gustaba nada la idea de que Jill tuviera que abandonar el colegio para reanudar su trabajo en el cine, cuando ya había logrado acostumbrarse a la vida escolar y no echaba de menos su vida de actriz. ¿Qué había ocurrido? Su madre debía gastar mucho dinero, y aunque su ex marido le enviaba desde Irlanda una respetable cantidad, no tenía bastante para pagar los estudios de Jill.

De pronto, Puck decidió hacer cuanto estuviera en su mano para evitar que Jill fuese sacada del instituto contra su voluntad... Pero ¿cómo y por dónde empezar? Sería inútil hablar con su madre. Además, ¿quién era ella para meterse en los asuntos de los demás? Poner al padre de Jill al corriente de la situación no serviría de nada. No, no sería nada fácil... Pero seguramente encontraría una solución. Puck era optimista por naturaleza.

— ¿No estás ansiosa por conocer a Grace Mason?

— Naturalmente —asintió Puck—. ¡Imagínate!... Aunque los periódicos dicen que es una histérica y caprichosa que resulta casi peligrosa para sus semejantes.

— ¿Y qué? Lo encuentro divertidísimo. Siempre he deseado conocer a una actriz de cine rabiosamente histérica, de esas que chillan y tiran platos a la cabeza de los demás. Quizás ésta haga cosas aún más extravagantes. Nos espera un fin de semana emocionante...

— Seguro —admitió Puck con aire reservado.

—

* * *

Algo más tarde, cuando Puck paseaba por el gran jardín, se sentía muy confusa. Le hubiera gustado hablar seriamente con Jill; sin embargo, algo la retenía. Quizá lo mejor sería esperar a ver lo que ocurriría durante el fin de semana. Si se está demasiado interesado en algo, es fácil cometer errores.

Al fin, Puck fue en busca de Navio y Karen a «La Flor de Guisante», la habitación de sus dos amigas. Ambas se mostraron entusiasmadas al saber que pasarían el fin de semana con la famosa actriz cinematográfica. Puck también les explicó los problemas de Jill, pero Navio la animó con optimismo.

— Vamos, Puck, este asunto es pan comido para ti. Hay que procurar que Jill se quede en el colegio... Ya lo creo.

Puck sonrió con amargura.

— Eres muy gentil, Navio, al tener tanta confianza en mí, pero, por desgracia, no sé hacer brujerías. La señora O'Flanagan tiene la custodia de Jill, y sólo ella puede decidir el futuro de su hija.

— Tengo la impresión de que la madre de Jill necesita el dinero que gane su hija — intervino Karen —, pero no puede obligarla a actuar.

— En eso tienes razón —admitió Puck—. Pero, una vez fuera del colegio, no me extrañaría lo más mínimo que Jill tenga que hacer lo que diga su madre. En fin... Quizá todo cambie después de este fin de semana.

— Así lo creo — declaró Navio convencida —. Puede que no sepas hacer brujerías, Puck, pero eres un genio para los juegos de manos.

* * *

Leif Bach no sólo era uno de los abogados más jóvenes del país, sino también uno de los más hábiles. En pocos años había organizado un gran bufete. Era miembro activo del «Club Estudiantil de Remo», practicaba la esgrima con maestría y, tan pronto como había nieve, se iba a esquiar a «Dyrehaven» o a las montañas de Noruega.

Sus amigos se extrañaban a veces de que Leif Bach tuviera tiempo para atender sus negocios, pero el joven abogado tenía una explicación convincente. Con una sonrisa alegre y traviesa, declaraba que había tiempo para todo estando soltero y sin compromiso. Con su posición social, sus facultades deportivas y su

aspecto varonil, era inevitable que se convirtiera en una especie de príncipe azul para muchas jóvenes. Sin embargo, nunca se había dejado atrapar. No odiaba a las mujeres, como las malas lenguas pretendían hacer creer, sino que no deseaba comprometerse hasta encontrar su ideal de mujer, y esto aún no había ocurrido...

Dora O'Flanagan era una de sus muchas clientes. Le había solucionado algunos asuntos, entre otros su divorcio. No le gustaba aquella mujer; pero, como abogado, no podía rechazar clientes sólo por sentir antipatía hacia ellos. Cuando Grace Mason quiso comprar una finca en el norte de Selandia, la señora O'Flanagan le recomendó al abogado Leif Bach para que la aconsejara. A la actriz le daba igual. Ella no conocía a ningún abogado en Copenhague y Leif Bach podía servirle tan bien como cualquier otro. Dora O'Flanagan, por su parte, esperaba obtener algún dinero del negocio como comisión, pero de momento no lo había comentado con nadie.

A Leif Bach no le entusiasmaba convertirse en el abogado de la famosa actriz de cine. Había leído en la prensa algo sobre sus ataques histéricos, pero la señora O'Flanagan le convenció:

— Déjese de escrúpulos, Bach. Grace es muy sencilla y tranquila cuando la tratan con corrección.

Cuando Dora O'Flanagan se hubo marchado, el joven abogado se quedó pensativo. Sabía que Dora y Grace habían sido amigas a pesar de la diferencia de edad, y que el prometido de Grace, el irlandés Henry O'Flanagan, la había dejado para casarse con Dora. Todo se había sabido durante el proceso de divorcio. ¿Cuáles serían las relaciones entre Dora y Grace después de aquello?

No podía creer que siguieran siendo amigas. ¡Ojalá el negocio se desarrollase en paz y tranquilidad! Había llevado muchos asuntos dramáticos y emocionantes... pero nunca se había visto mezclado con una actriz mundialmente famosa. No iba a ser divertido, aunque sólo fuera la mitad de histérica de lo que decían.

El joven abogado suspiró. Se había hecho la ilusión de pasar el fin de semana remando... y en vez de eso tenía que acompañar a una actriz neurótica a la finca «Frederiksholm»... No le gustaba nada el cambio.

* * *

Eran personas muy distintas las que aquel fin de semana se

reunieron en «Frederiksholm». La anfitriona, la esposa del director Holst, estaba muy nerviosa pensando en cómo iría todo. Su marido, en cambio, se hallaba más interesado en saber si a Grace Mason le gustaría la finca lo suficiente como para comprarla.

Tanto Puck como sus amigas se sintieron intimidadas cuando saludaron a la famosa actriz, pero simpatizaron enseguida con ella. Grace era tan hermosa y encantadora como aparecía en la pantalla, y no se mostraba histérica ni parecía tener tan mal genio como se decía.

— Es condenadamente simpática —dijo «Torbellino» a su madre.

La señora Holst entornó los ojos reprimiéndola en voz baja:

— Niña, no digas esas palabras. Terminaré en un manicomio si no aprendes a hablar como es debido...

— Iré a visitarte — prometió «Torbellino» y desapareció corriendo escaleras abajo.

Grace Mason saludó a Jill con cordialidad y conversó con ella durante largo rato. Era natural que la pequeña ex estrella y la famosa actriz de cine tuvieran muchos temas de que hablar; pero, por extraño que parezca, la señora O'Flanagan no parecía entusiasmada. Grace Mason, sin embargo, no se dejó interrumpir:

— Déjanos charlar un rato, Dora. Es muy interesante oír a Jill hablar sobre los papeles que ha representado. Esto no puede molestarte.

La conversación fue interrumpida por la llegada del abogado Leif Bach. La señora O'Flanagan hizo las presentaciones.

— Ha sido usted muy gentil en venir, señor abogado — dijo Grace amablemente—. Le agradezco que dedique su tiempo a mis asuntos.

— Y que lo diga —sonrió Bach—. Con la ilusión que me hubiera hecho remar por Oeresund hoy y mañana.

— ¿Así que, en realidad, no tiene usted tiempo para mí? — preguntó Grace algo contrariada.

— No se preocupe... Los abogados tenemos que vivir de nuestros clientes, y me siento muy honrado de que una famosa del séptimo arte recurra a mí.

Había cierta ironía en las palabras del joven abogado. Grace Mason se mordió los labios. No estaba acostumbrada a ser tratada así. Todo lo contrario, la gente parecía pelearse por hacerle un

favor. No es que le hubiera afectado. Era demasiado sensata para ello. Sin embargo, no pudo menos que preguntarse: «¿Quién se ha creído que es?»



En realidad, le hubiera gustado enfadarse con él; pero no lo logró, y hubo de confesarse contra su voluntad que aquel joven resultaba muy simpático, deportivo, varonil y con un encanto irresistible. La bella actriz no pudo dejar de compararle con muchos famosos héroes de la pantalla que conocía en Hollywood. En el cine parecían invencibles, pero sus admiradoras debían verlos en la realidad. En cierta ocasión, uno de ellos se cayó en su estanque con peces de colores y luego se puso a chillar porque temía constiparse.

¿Tendría Leif Bach miedo a constiparse? Seguramente, no. Parecía un hombre de verdad. Además, el joven abogado se parecía un poco a Henry O'Flanagan.

Suspiró al pensarlo. Henry había sido su único gran amor... Y desde entonces no había vuelto a enamorarse... Durante los años transcurridos aquello se había convertido casi en una obsesión. No había conocido a nadie que pudiera ser comparado con Henry. En realidad, se había reído a escondidas de los «héroes» de la Meca del cine.

Poco a poco se habían reunido todos en el salón del jardín. Les sirvieron refrescos y fruta. El director Holst era un perfecto anfitrión. Procuraba que a nadie le faltase nada. Se reunió con Grace Mason y su abogado, que habían empezado a hablar ya de negocios, y dijo en tono alegre:

— Espero que todo resulte bien. Deseo vender «Frederiksholm»; pero, naturalmente, no quiero que se precipite, señorita Mason. Creo que el abogado Bach le será de gran ayuda para tasar la finca... —y añadió en tono burlón—: Bach no sólo es un abogado eficaz, sino también el más codiciado solterón de todo Copenhage.

— ¡No me diga! — replicó la actriz con las cejas ligeramente levantadas —. No es que yo dude de su palabra, director Holst, pero no veo la relación entre los negocios y la vida privada de cada uno.

— No, claro..., naturalmente —contestó el director Holst, un tanto confuso, y regresó presuroso con los demás invitados.

— ¡Qué tontería! — comentó Grace Mason moviendo la cabeza —. Pero, dígame, ¿es verdad que es usted el solterón más codiciado de Copenhague?

— Entre nosotros, nunca se lo pregunté a ninguna chica — sonrió el joven abogado—. ¿Para qué ocuparme de mis asuntos privados si otros lo hacen por mí?

— Estoy de acuerdo con usted — rió alegremente Grace —. Por sus palabras, podía creerse que se ha pasado usted la vida en Hollywood.



Por la tarde, Puck y «Torbellino» salieron a dar un paseo a caballo. Por una vez, «Torbellino» obró con sensatez y eligió un animal más tranquilo que aquel que estuvo a punto de matarla.

El paisaje en torno a «Frederiksholm» era uno de los más hermosos de Selandia. Las dos amigas disfrutaron mucho de su paseo a caballo, mientras charlaban animadamente de sus asuntos.

— ¿Sabes lo que creo, Puck? — dijo «Torbellino» pensativa.

— ¿Cómo voy a saberlo, si no me lo dices?

— Grace está muy interesada por aquel abogadito.

— ¿Cómo lo sabes?

— Fíjate cómo le mira, igual que un ratón a un pedazo de queso. Estoy segurísima.

Puck rió a carcajadas.

— Tienes una imaginación formidable, «Torbellino». Grace Mason y Leif Bach sólo se han conocido hace un par de horas... No me digas que crees en el flechazo.

— No lo sé —contestó «Torbellino» con sequedad—, pero puede que exista. Por un lado, Grace Mason es una estrella de cine muy extraña. Nunca se ha publicado ninguna historia escandalosa sobre ella, ni se ha casado con una larga fila de ídolos de la pantalla; así pues..., no sería imposible pensar que de pronto se enamorara de un guapo abogado. ¡Ay! Si yo fuera mayor, me enamoraría de Leif Bach. Es condenadamente guapo.

Señaló con el dedo hacia su derecha y le dijo a Puck:

— Fíjate, también sabe montar a caballo.

Se refería a Grace Mason, quien a galope tendido cruzaba el campo y saltaba con mucha elegancia los obstáculos. Las dos amigas montaban muy bien y sabían reconocer a un buen jinete sólo con verlo. «Torbellino» exclamó admirada:

— He visto algunas películas en las que Grace Mason montaba a caballo. Creía que ella, como todos los actores famosos, usaba un doble para las secuencias peligrosas; pero ahora estoy segura de que era ella misma quien estaba en la silla.

— El abogado no va con ella — se burló Puck.

— Seguramente no tiene mucho estilo montando a caballo... Pero eso no quiere decir que no sea guapo.

Cuando las dos amigas llegaron a «Frederiksholm», se encontraron con Jill, que paseaba sola con una expresión de tristeza en la cara.

— ¡Hola, Jill! ¿Cómo va eso? —preguntó Puck al verla.

—No va en absoluto — contestó la pequeña ex estrella ron voz ronca—. Acabo de hablar con mi madre. Ha decidido que debo abandonar el colegio a final de mes.

— ¿Vas a hacer más películas?

— Sí... Necesitamos dinero. Mamá dice que..., que...

Jill no pudo aguantarse más y rompió a llorar con desesperación. Sus dos amigas trataron de consolarla lo mejor que pudieron. A Puck le era difícil enfadarse, pero en aquel momento

estaba furiosa con la señora O'Flanagan que de tal forma quería aprovecharse de su hijita.

De pronto, Puck tuvo una idea y preguntó a la chiquilla:

— La razón que te da tu madre para que abandones el colegio es que éste resulta demasiado caro, ¿no es eso?

— Sí... — hipó Jill.

— ¿Y a ti te gusta volver a hacer películas?

— Preferiría quedarme en el instituto...

Puck quedó pensativa. Había que arreglar aquel asunto..., pero ¿cómo? Sería inútil hablar de la situación con la directora. La señorita Moeller era persona muy comprensiva y en ciertos casos otorgaba becas para estudiar gratis en su instituto; pero en el caso de Jill no lo haría. Diría que la señora O'Flanagan podía pagar el colegio de su hija.

Si Puck hubiera dispuesto del dinero necesario, no hubiese vacilado en emplearlo para ayudar a su pequeña amiga, pero, por desgracia, no disponía de él... Abrazó a Jill y dijo con fingida alegría:

— Ya verás, todo se arreglará.

— ¿Tú crees? — hipó Jill y sus ojos llenos de lágrimas mostraron una tenue esperanza—. ¿Vas a hablar con mi madre?

— No..., no... ¡Ejem!... Sin embargo, confío en que todo salga bien. Sécate los ojos y da un paseo por el parque, así nadie se dará cuenta de que has llorado...

Cuando se hubo marchado, «Torbellino» dijo enfadada:

— ¡Vaya mujer! Me da rabia pensar en la señora O'Flanagan, pero no va a salirse con la suya. Conseguiré el dinero de mi padre... Le diré que necesito ropa nueva o algo por el estilo... Así pagaremos el colegio de Jill.

Puck sonrió con tristeza:

—Eres muy buena, «Torbellino», pero no es ésta la solución. La madre de Jill lo impediría... No... Encontraremos otra forma de ayudarle.

En su interior, Puck no estaba tan segura de tener éxito. Aquel asunto era muy delicado.

Puck tomó el brazo de «Torbellino» y, juntas, se dirigieron hacia el edificio principal.

* * *

Cuando Grace Mason regresó de su paseo a caballo, se tropezó con Jill en las cuadras. La muchacha parecía muy pensativa mientras acariciaba el hocico de *Pinto*. La joven actriz la saludó con amabilidad:

— ¿Qué hay de nuevo, Jill?

— Nada... —murmuró la chica.

Mientras uno de los mozos se ocupaba de su montura, Grace contempló detenidamente a Jill. Sus ojos enrojecidos delataban que había llorado. Grace imaginó el motivo de su tristeza y frunció las cejas. Tenía ganas de decir algo fuerte respecto a su antigua amiga, pero se contuvo. No podía decir ciertas cosas a una niña.

— ¿Vienes conmigo, Jill? —se limitó a preguntar.

— No, gracias... Esperaré un poco... Me gustan mucho los caballos. Son maravillosos. ¿No le parece?

— Sí, son magníficos —admitió la actriz distraída, y con un par de palabras amables se alejó de Jill.

Una vez en su habitación, la actriz se cambió de traje; luego hizo una llamada telefónica a Copenhague.

Poco después, Grace Mason sorprendió a todos diciendo que debía regresar a la capital para atender un negocio importante. Se volvió sonriente hacia el joven abogado y le dijo:

— Sin duda necesitaré ayuda de un abogado, señor Bach. ¿Podría usted acompañarme?

— Estoy a sus órdenes — aceptó Leif Bach gustoso —. Podemos ir en mi coche. ¿Estaremos allí mucho tiempo?

— No. Podremos regresar dentro de un par de horas.



Al director Holst no le gustó que Grace Mason se marchase tan de repente. Aunque sabía que Grace estaba interesada en comprar la hacienda, tenía el presentimiento de que ya no estaba tan entusiasmada. ¿Qué iría a hacer en Copenhague?

Camino de Copenhague, Grace dijo que iban al «Instituto Clara Moeller». Leif Bach se sorprendió al oírlo, él había pensado que se trataba de algún negocio... Y no veía claro qué clase de negocio se podía hacer en un colegio de muchachas, sobre todo en pleno fin de semana. En realidad, no era curioso, pero estaba intrigado con todo aquello. Grace Mason sonrió con burla.

— A decir verdad, señor Bach, no necesito a un abogado para este viaje, pero me hubiera aburrido mucho viniendo sola en un taxi. Por eso le traje a usted y, naturalmente, le pagaré por ello...

— Muchas gracias —contestó el joven con ironía—. Pero sería un abuso recibir dinero por pasar unas horas en tan agradable compañía. Seguramente habrá muchos hombres que pagarían una buena suma por estar junto a una actriz de cine mundialmente famosa... ¡Y a mí me pagan! ¿Tiene inconveniente en explicarme para qué vamos a ese instituto?

— No. Sólo se trata de dar un escarmiento.

— Escarmiento —repitió él sin comprender—. ¿Qué quiere decir?

— Se trata de Dora O'Flanagan. Dora es su cliente; así que conocerá el caso. Hubo un tiempo en que yo estuve a punto de casarme con O'Flanagan, pero Dora lo impidió. No se lo he perdonado nunca. Quizá suene feo el decir que siempre he deseado vengarme de ella..., pero... Bueno, pasaron los años y este sentimiento disminuyó. El otro día, cuando llegué a Copenhague y volví a verla, Dora me era indiferente, pero entonces...

Con voz llena de indignación, Grace Mason contó todo lo referente a la pequeña Jill y los estúpidos motivos por los que la niña iba a ser sacada del colegio. Con los dientes apretados, terminó:

— Pero no se saldrá con la suya. He hablado ya con la señorita Clara Moeller por teléfono. Pagaré los gastos de Jill y tendrá sus clases aseguradas durante dos años.

— ¡Hum! —gruñó Leif Bach escéptico—. Como Jill es menor de edad, la señora O'Flanagan puede hacer que abandone el colegio, aunque lo tenga pagado por dos años.

— Sí, pero no lo hará. Está muy interesada en que Jill vuelva a ganar dinero haciendo películas, pero no puede obligarla. Además,

me dijo que Jill podría quedarse en el colegio si tenía dinero para pagarlo... Y ahora tendrá ese dinero.

El abogado miraba de reojo a su bella acompañante y sonrió:

— Le comprendo muy bien, señorita Mason... ¡Ejem!... Pero..., ¿éste será el escarmiento de la señora O'Flanagan: pagar el colegio de su hija?

— Exactamente. Estoy furiosa con ella porque piensa utilizar a su hija despiadadamente para ganar dinero. Imagínese... Jill tendría que trabajar de modo agotador haciendo películas, para que su madre pudiese llevar una vida lujosa y pagar sus deudas de juego... Me pongo enferma sólo con pensar en ello.

— Le doy la razón, señorita Mason, y lo digo a pesar de que la señora O'Flanagan sea cliente mía.

Grace Masón asintió satisfecha:

— Dora se pondrá furiosa cuando se entere de que he pagado el colegio de Jill... Para mí, ésta es la mejor venganza.

Leif Bach no contestó. Durante un buen rato sólo se ocupó de conducir. Pensaba que su guapa y famosa pasajera era una persona muy extraña. Sonrió. Los periódicos habían dedicado columnas enteras a la actitud de la «histórica» artista; incluso él mismo había estado preocupado por tener que tratar con ella... Y luego resultaba que era una mujer encantadora y simpática.

Leif Bach se asustó de sus propios pensamientos y se dijo a sí mismo: «Leif, muchacho, cálmate. Has conocido muchas mujeres encantadoras y simpáticas... No te dejes impresionar por una actriz de cine por muy famosa que sea.»

El joven abogado miró de reojo a su compañera de viaje y suspiró. Decididamente, Grace Mason era una buena persona. No sólo era hermosa y tenía un gran talento artístico, sino que también poseía extraordinarias cualidades humanas. Si alguna vez decidía casarse..., no estaría mal encontrar una esposa como Grace Mason. ¿Sabría ella cocinar un pato silvestre, por ejemplo? El asado de pato salvaje era el plato favorito de Leif Bach..., pero había que prepararlo, condimentarlo y saber guisarlo muy bien.

* * *

No tardaron mucho en llegar a un acuerdo con la directora del instituto, la señorita Clara Moeller. Por muy buenas razones, Grace Mason no podía decirle toda la verdad, así que únicamente explicó

que era muy amiga de la señora O'Flanagan y quería pagar el colegio de Jill, debido a que su madre tenía dificultades económicas momentáneamente. La señorita Moeller que, como siempre, fumaba uno de sus grandes puros, asintió satisfecha:

—Tengo por norma no recibir adelantos tan grandes, señorita Mason, pero en su caso estoy dispuesta a hacer una excepción, ya que usted debe regresar a los Estados Unidos.

— ¿Qué tal alumna es Jill? — inquirió la actriz.

— No tengo queja de ella —contestó la directora—. Sigue bien el curso, es muy aplicada y, sobre todo, muy buena compañera. Al principio se encontraba muy sola... Las otras chicas la trataban con timidez, porque era una famosa estrella infantil, pero ahora todo va muy bien.

Y añadió sonriente:

— No creo que Jill eche de menos el cine..., aunque quizás a usted le parezca extraño.

— No. Lo comprendo perfectamente — declaró Grace Mason convencida—. En ocasiones me gustaría mandar mi carrera a paseo.

La señorita Moeller y Leif Bach no pudieron por menos que reírse. La actriz hablaba con un énfasis increíble. Normalmente se piensa que la vida de una estrella es un camino de rosas digno de envidia... Y la realidad es muy distinta.

Cuando Grace Mason se hubo marchado, la señorita Moeller se quedó pensativa fumando su gran puro. Era una mujer inteligente y se daba cuenta de que algo extraño había tras el pago del colegio de la pequeña Jill...

En el regreso a «Frederiksholm», la actriz apenas habló. No obstante, en un momento, preguntó inesperadamente:

— Dígame, señor Bach, ¿le importa que le llame Leif?

— Pues, no... Claro que no —contestó el abogado confuso.

La risa de la actriz sonó quedamente burlona:

— Será más fácil para mí así, después de pasar tantos años en América. Allí todo es menos formal... Naturalmente, usted me llamará Grace a secas.

— Muchas gracias, Grace.

Ella se reclinó en el asiento. Sonreía...

* * *

Al llegar a «Frederiksholm», la primera persona a quien vieron

fue a la señora O'Flanagan. Cruzaba por el jardín, y Grace Mason le dijo con fingida amabilidad:

—Bien, Dora, ya no tendrás problemas con el colegio de Jill. He pagado su estancia durante dos años.

— ¿Que lo has pagado tú?

— Sí, lo que oyes.

Durante un rato, la señora O'Flanagan se quedó atónita y sin habla. Luego preguntó, con voz que temblaba de rabia:

— ¿Quién te ha dado permiso para hacerlo?

— Nadie —contestó Grace con una sonrisa llena de dulzura—. Pero sabía que ibas a alegrarte. Me encanta hacer algo por mis amigos.

A Leif Bach le costó un gran esfuerzo mantenerse serio. Nunca le había gustado la arrogante Dora O'Flanagan. Tuvo que admitir que Grace había sabido darle una buena lección con gran finura, porque su «amiga» se había quedado muda de rabia. Ni la espesa capa de maquillaje podía disimular que se había puesto lívida.

— Muchísimas gracias, Grace — dijo al final, furiosa —. Ha sido un gesto muy noble... No lo olvidaré mientras viva.

Cuando la mujer los dejó, Leif Bach soltó una carcajada.

— Acaba usted de perder una amiga, Grace.

También la actriz reía.

— No creo que me recuerde en sus oraciones... Ahora buscaré a Jill para darle la buena noticia... ¡Hasta luego!

— Hasta luego..., Grace.

* * *

Cuando un cuarto de hora más tarde Puck pasaba por el corredor donde Grace Mason tenía su habitación, la puerta de ésta se abrió. La señora O'Flanagan salía de allí dando un portazo. Parecía muy excitada.

— ¿Has visto a la señorita Mason? — preguntó.

— No... Hace mucho que no la veo...

— Quiero hablar con ella, pero ya la encontraré.

Mientras se alejaba por el pasillo, Puck la contempló sorprendida. ¿Por qué estaba tan excitada la madre de Jill? ¿Qué había ocurrido? ¿Por qué había salido con tanta brusquedad de la habitación de Grace Masn? Algo debía haberle pasado. Parecía haber perdido el dominio de sí misma.

Puck continuó su camino hacia la escalera que conducía al vestíbulo. Había un teléfono tras la esquina del pasillo. Puck no podía verlo, pero oyó que una voz de mujer decía en excitado cuchicheo:

— Sí, sí, Georg, todo está en orden... Sí, está en orden... Pero tengo tanto miedo... Claro que tengo miedo...



Puck no tenía interés en escuchar, pero aún oyó las siguientes palabras:

— Sí... Está bien... A medianoche, en el camino detrás de los establos... Pero... Tengo tanto miedo, Georg... Todo esto es horrible... Está bien, nos veremos...

Sonó el ruido del auricular al ser colgado. Puck continuó hacia la escalera y se cruzó con una muchacha. Era una de las sirvientas de la casa. Puck la conocía de la primera vez que había estado en «Frederiksholm». La chica parecía muy confusa. Estaba pálida y temblada.

— ¡Hola, Erna! —saludó Puck con amabilidad.

— Buenas tardes, señorita, buenas tardes —hipó la joven sorprendida—. Hace un tiempo estupendo hoy... Y ahora debo apresurarme, hay mucha gente para cenar...

—Oiga, Erna... —empezó Puck.

Pero la sirvienta no le hizo caso y se alejó muy nerviosa. Puck la vio marchar, extrañada por su actitud. ¿Qué le ocurría a la gente aquel día? ¿Estaba embrujado «Frederiksholm»? Estaba inmersa en estos pensamientos cuando oyó el alegre gorjeo de Navio. Su amiga apareció con Karen y al verla preguntó:

— ¿Te has enterado de las buenas noticias, Puck?

—No...

— Jill se quedará en el colegio. La simpática Grace Mason le ha pagado el colegio, y todo queda arreglado. Jill se ha puesto tan contenta que está en su cama llorando de alegría. ¿Verdad que es

una buena noticia?

— Ya lo creo — admitió Puck alegremente —. Ahora que Grace ha resuelto el problema, podemos olvidarnos del asunto, pero... Quizá sea mejor que vaya a hablar con Jill.

— Sí, hazlo, Puck. Se pondrá muy contenta.

Karen comentó:

— Su madre no parece estar tan alegre como ella...

Puck se fue corriendo hacia la habitación de Jill.



IV

Aún faltaba una hora para la cena y Grace Mason la aprovechó para recorrer la hacienda acompañada de su abogado. Fue un bonito paseo por los campos, a lo largo del bosque y rodeando un pequeño lago.

— ¿No le parece hermoso todo esto, Leif? —preguntó la actriz.

— Sí, muy hermoso — contestó el joven mirando en torno suyo.

Ella continuó, como hablando consigo misma:

— Sí, es maravilloso de verdad. Miles de personas sin duda preferirían el sol de California. Allí sólo hay media docena de días lluviosos al año... Sin embargo, yo prefiero el clima de Dinamarca, es tan variable, tan distinto a todo... Voy a comprar esta finca.

Bach se sobresaltó. Estaba bien que Grace quisiera comprar «Frederiksholm», pero como abogado pensaba que primero debían hablar del precio, antes de decidirse. Hizo un comentario al respecto, pero ella le interrumpió:

— No vale la pena perder el tiempo hablando de dinero. Me

gusta este lugar, y me importa un bledo su precio.

— Bien, está bien...

De momento renunció a discutir y una vez más se quedó asombrado ante aquella extraña joven. Seguramente era millonaria, pero todas las cuentas bancarias tiene un límite. Sin embargo, a ella le daba igual. Era increíble. En los años que llevaba ejerciendo la abogacía, se había tropezado con muchos clientes millonarios que escatimaban hasta un céntimo y con los cuales una pequeña suma podía dar lugar a violentas discusiones. Era algo nuevo y encantador encontrar una persona para quien el dinero no tenía importancia.

Ella se quedó un rato callada, mientras contemplaba el paisaje. Luego dijo, en voz baja:

— Lo dejo todo en sus manos, Leif. Trate con Holst y cuando usted crea que el precio es razonable, compraré la finca.

Poco después, los dos jóvenes emprendieron el regreso.

El ambiente durante la cena fue muy alegre. La anfitriona se había esforzado para que todo resultase perfecto. La señora O'Flanagan era la única que no tomaba parte en la alegría general. Estaba taciturna y ensimismada. De vez en cuando contemplaba a su antigua amiga de reojo y en sus ojos había odio.

El director Holst conversaba animadamente con Leif Bach; pero, de momento, el joven abogado se mostraba reservado. Aunque a Grace no le importaba el precio, su obligación como consejero era velar por sus intereses de la mejor manera posible. Tratándose de un negocio de millones, había que pensarlo bien y tener cuidado.

Jill estaba sentada entre sus amigas. Se le veía muy contenta. Charlaban alegremente. En cierto momento, su madre le llamó la atención:

— Vamos, Jill, no hables tan alto.

La chiquilla se calló y miró a su alrededor con cara de culpable. El ambiente era tenso. Grace Mason la animó diciendo:

— Cuando pasemos a tomar el café, charlaremos, Jill... Y esta vez no será de películas y cine...

Jill pareció recobrar su buen humor y contestó en tono alegre:

— Gracias, tía Grace...

— ¿Cómo tía? —exclamó la señora O'Flanagan con acritud—. ¿Quién te ha dado permiso para llamar tía a la señorita Mason?

— Yo, cariño —contestó Grace con dulzura—. Jill y yo nos hemos hecho muy amigas... No te importará que la niña me llame tía, ¿verdad, querida Dora? Suena tan familiar.

Leif Bach tuvo que taparse la boca para ahogar la risa. Grace sabía resolver una situación difícil. Su tono burlón la hacía irresistible. No se portaba como se esperaba que lo hiciera una actriz famosa, sino como un ser humano normal. Leif Bach pensó que había sido maravilloso conocerla.

De nuevo el joven abogado se asustó de sí mismo. No era prudente pensar esas cosas si quería permanecer soltero, y continuó su conversación con el director Holst. En una ocasión, cuando intercambiaba una mirada con Grace, ella le sonrió con confianza guiñándole un ojo. Parecía más bien una colegiala traviesa, y era evidente que disfrutaba cada momento de su «venganza» sobre su antigua amiga. Leif Bach pensó que, si todo el mundo se vengara de la misma forma, el mundo iría mejor.

Erna, la joven sirvienta, entró con la fuente del asado por segunda vez. Puck la miró por casualidad y la chica se puso tan nerviosa que la fuente se le cayó al suelo. La porcelana se rompió en mil pedazos, mientras el asado y su guarnición quedaban dispersos sobre la alfombra.

La señora Holst exclamó irritada:

—¡Por Dios, Erna! ¿No podría tener más cuidado?

— Perdón, señora —balbuceó la muchacha asustada—. Voy a buscar algo para limpiarlo...

— No se preocupe, Erna —rió «Torbellino» con gracia—. Limpie la carne bajo el grifo y tráigala de nuevo...



—¡Rita! — le interrumpió su madre —. No te metas en esto..., y mide tus palabras...

«Torbellino» se puso serio y dijo con fingida dureza:

— ¡Erna! Es deplorable que no conozca usted sus obligaciones.

Parece que no le hayan enseñado sus deberes. Este mes cobrará usted cincuenta coronas menos...

— ¡Te ordeno que te calles, Rita! — reprendió su madre.

Los presentes se esforzaban por no soltar la carcajada, pero el director Holst se rió, lo cual no mejoró el humor de su mujer.

Puck era la única que no tomaba parte en la general alegría. Se había quedado pensativa mirando a Erna que, con otra sirvienta, estaba recogiendo los restos de la bandeja...

Sirvieron el café en el salón del jardín, y allí Jill se apresuró a sentarse junto a Grace Mason. Poco después ambas conversaban alegremente. La actriz debía contarle algo divertido, porque en varias ocasiones Jill rió a mandíbula batiente. En pocas horas se había efectuado un cambio radical en la niña. Ni siquiera se daba cuenta del nerviosismo de su madre y de la inquietud reflejada en su cara.

Una de las criadas entró para decir que un periodista y un fotógrafo deseaban ver a la señorita Mason.

— Ni hablar — declaró Grace en tono belicoso —. Quiero estar en paz. Si entran, les tiraré un pastel de crema a la cara.

— Entonces mi mujer sufrirá un ataque de nervios — rió el director Holst —. Será mejor librarnos de esos señores en seguida.

Bach miró de reojo a Grace y la creyó capaz de cumplir su amenaza. Sus ojos echaban chispas. Quizá los periódicos no habían exagerado tanto al hablar de su temperamento violento. No podía reprochárselo. El agotador trabajo de Hollywood había alterado sus nervios y cuando creía poder disfrutar de medio año de tranquilidad los periodistas no la dejaban en paz.

No sería agradable recibir un pastel de crema en plena cara. Leif Bach sintió escalofríos y suspiró aliviado cuando los dos periodistas se marcharon.

La tensión había vuelto a relajarse cuando, de pronto, la doncella de la actriz entró con prisas en el salón y musitó algo en el oído de su señora. Grace Mason hizo un gesto de incredulidad y comentó en voz alta:

— ¿Estás segura, Mary?

— Sí, señora. Estoy completamente segura.

— ¿Pasa algo serio, Grace? —preguntó Leif Bach.

Ella se encogió de hombros:

— No demasiado. Han desaparecido todas mis joyas.

* * *

Si hubiera caído una bomba en medio del salón, no hubiese causado más estupor. Todos se miraron boquiabiertos. Durante un momento, hubo cierta confusión, pero Leif Bach se recuperó pronto de la sorpresa y preguntó con calma:

— ¿Dónde guardaba las joyas, Grace?

— En mi bolso de mano. Lo había dejado en mi habitación.

— ¿Llevaba usted sus joyas en el bolso?

— ¿Por qué no? En algún sitio he de llevarlas, ¿no?

— ¿Cuál es su valor?

Ella sonrió como para disculparse:

— No lo sé exactamente, Leif..., pero..., calculo que, en moneda danesa, será alrededor de medio millón de coronas.

Se oyó una exclamación de asombro entre los reunidos. Estaban atónitos ante la tranquilidad de la actriz.

— ¿Estarán aseguradas sus joyas, supongo? —preguntó el abogado.

— Sí, claro; pero el seguro sólo es válido cuando las joyas están custodiadas en el banco o en la caja del hotel.

Leif Bach suspiró hondo. Aquella mujer era increíble. Acababa de perder medio millón de coronas, y no parecía afectarse.

— Debemos avisar a la policía — dijo el director Holst.

Grace hizo un gesto con la mano para calmarle y dijo:

— No se precipite, señor Holst. Si viene la policía, detrás vendrán todos los periodistas del país y tendremos batalla de tartas de crema. Leif es hombre listo, y se ocupará de todo, ¿verdad, Leif?

— ¡Hum!

— Claro que sí. No sea modesto. En las películas americanas siempre son los abogados quienes resuelven estos casos.

— Es posible; pero esto no es una película, Grace. Esto es trabajo de la policía, ¿o no quiere usted recuperar sus joyas?

— Por supuesto —admitió la actriz con fastidio—, pero sería mucho más emocionante que usted resolviera el caso.

— ¡Qué idiotez! —sonó la voz de Dora O'Flanagan—. Hay que avisar a la policía en seguida. Son más de medio millón de coronas. No se trata de calderilla... Y todos somos sospechosos.

— No digas bobadas, Dora.

La señora O'Flanagan golpeó el suelo con el pie:

— No es ninguna bobada, Grace, y el abogado Bach lo sabe bien.
¿No es verdad, Bach?

— Pues..., sí...

— ¿Ves como tengo razón? No deseo que nadie sospeche de mí.
Abrió su bolso con cara sombría y sacó un pañuelo de seda. Un anillo de brillantes cayó al suelo.

Mary, la doncella, exclamó asombrada:

— ¡Miren!... ¡Es el anillo de la señora!

Todos quedaron paralizados, mientras Mary recogía el anillo y se lo tendía a Grace Mason. La señora O'Flanagan murmuró, sorprendida:

— ¿Qué hacía este anillo en mi bolso? ¿Es tuyo, Grace?

— Sí.

Con movimientos nerviosos, la señora O'Flanagan empezó a revolver su bolso, pero no encontró más alhajas. Movi6 la cabeza:

— No comprendo nada... Nada en absoluto.

Se hizo un espeso silencio, que nadie se atrevía a romper. Leif Bach se rascó la barbilla, a la vez que su cerebro trabajaba a toda presión.

Era muy extraño que el anillo de brillantes estuviera en el bolso de la señora O'Flanagan, pero no constituía ninguna prueba contra ella. Todo lo contrario. Si ella hubiera sido la autora del robo, y eso era una insensatez pensarlo, hubiese guardado todo el botín en el mismo lugar, pero nunca habría escondido una joya sola en su bolso. Tampoco había duda de que ella había sido la primera sorprendida al aparecer el anillo.

— Ha sido un truco muy gracioso, Grace — dijo con indignación la señora O'Flanagan.

— ¿Qué quieres decir?

La madre de Jill miraba con odio a su antigua amiga.

— Creo que fuiste tú quien metió el anillo en mi bolso para conseguir publicidad gratuita en la prensa.

— ¿Me crees capaz de semejante mezquindad?

— Sí, eso creo.

— ¡Qué miserable eres!

Grace Mason saltó de su silla y durante un momento se quedó temblando de rabia. Luego tomó una tarta de crema y la lanzó

directamente a la cara de Dora.

Mientras todos observaban perplejos la escena, Grace se puso con tranquilidad la lengua por la mano y se limpió el resto de la crema con una servilleta.

A pesar de la seriedad del asunto, el espectáculo estuvo a punto de provocar una carcajada en Leif Bach. Nunca había presenciado una escena como aquella, ni nada que se le pudiera comparar. Fuera de sí a causa de la rabia, Dora se limpió la cara. Ninguno de los presentes sabía cómo arreglar el incidente, ni siquiera Leif Bach.

Jill estaba desolada y fue a reunirse con sus amigas. Su voz temblaba de excitación:

— ¡Es terrible!... ¿Qué vamos a hacer?

— Tranquilízate, Jill —dijo Puck para consolarla y le dio una palmada amistosa en el hombro.

— Pero, Puck... Mamá no ha robado esas joyas...

— Claro que no, Jill. Puedes estar segura... Nunca creería una cosa así... Ya verás como pronto encontrarán al culpable.

— ¿Estás segura, Puck?

— Sí... Bueno... Casi segura. Cálmate, Jill.

— Tengo tanto miedo, Puck.

— Pues no seas tonta. El abogado Bach es muy listo y resolverá este misterioso caso. No lo dudes.

— Tú lo harías mucho mejor —murmuró Jill a punto de llorar.

Puck suspiró de nuevo. Sus amigas parecían confiar plenamente en sus facultades... No obstante... Quizá no las decepcionara en aquel caso. Se le había ocurrido una idea, pero debía investigar más a fondo.

Cuando la señora O'Flanagan se hubo limpiado gran parte de la crema, se volvió hacia Grace y le chilló:

— Me las pagarás, miserable... ¡Te odio!

— No me digas —contestó la actriz con admirable tranquilidad, como si estuviera actuando en una película—. Pues yo no puedo decir lo mismo. No te odio..., aunque admito que me eres sumamente antipática. No me gustas nada..., además estarías mejor si te quitases la crema de la cara. Si te hace falta más maquillaje, te prestaré un poco.

El director Holst, nervioso, interrumpió la pelea:

— ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿No sería mejor avisar a la

Brigada Criminal?

Leif Bach vaciló:

— Como solución, sería lo más correcto, señor Holst, pero vamos a esperar un par de horas. La señorita Mason está muy excitada. Creo que lo mejor será evitar más tartas voladoras por esta noche.

* * *

A Leif Bach no le gustaba su papel de detective aficionado, pero no le quedaba otro remedio que aceptarlo para evitar complicaciones e inició su investigación lanzando un suspiro. Con mucho tacto hizo saber a todos que no debían abandonar «Frederiksholm» hasta nuevo aviso. Luego empezó su trabajo en la habitación de Grace.

El dormitorio estaba en orden. Las sirvientas habían abierto ya la cama. Era necesaria mucha suspicacia para encontrar una pista en aquel cuarto. Mary, la camarera americana, le enseñó el bolso vacío de Grace, pero eso tampoco le ayudó mucho.

— ¿Dónde estaba el bolso? —preguntó por decir algo.

— En el ropero — explicó la chica.

— ¿Y estaban todas las joyas allí?

— Sí. La señora es así. A mí me ponía muy nerviosa que llevase unas joyas tan valiosas con tal despreocupación, pero en su opinión es muy molesto tener que alquilar una caja de caudales en cada ciudad que visita. Quizá tenga razón...

— ¿Cuándo vio usted las joyas por última vez?

— Hace un par de horas, cuando arreglaba la ropa de la señora. Cambié el bolso de sitio y entonces aún estaban allí.

— ¿Quién más ha entrado en la habitación?

— La sirvienta que abrió la cama.

— ¿Qué me dice de la señora O'Flanagan?

— No sé..., pero no la creo capaz. Además, ella no tenía nada que hacer en este cuarto, señor.

— Pero eso no quiere decir que no haya podido estar aquí en cualquier momento, ¿verdad?

— No, desde luego. Yo no me he pasado todo el día aquí, y la puerta no estaba cerrada con llave.

Leif Bach estaba en medio de la habitación, mirando en torno suyo con expresión que delataba su desaliento, cuando en la puerta

sonó un tímido:

—Señor abogado...

— Diga.



Puck estaba en el umbral y dijo con voz insegura:

— Creo que es un caso difícil, pero quizá yo pueda ayudarle un poquito. ¿Me lo permite usted?

— Naturalmente, señorita Winther, no faltaba más — contestó el joven algo más animado —. ¿Qué puede decirme?

— Por el momento, no quisiera decir nada — dijo Puck con timidez—. Aunque sospecho de alguien, hasta mañana por la mañana no puedo estar segura. ¿Cree usted en la culpabilidad de la señora O'Flanagan?

—No...

— Yo tampoco, pero mañana lo sabremos con seguridad.

— Eso suena muy misterioso, jovencita.

— Todo el asunto es misterioso, abogado; pero así será más divertido resolverlo. Por el momento, tengo fundadas sospechas, pero no me gustaría descalificar a ningún caballo.

— ¿Le interesa la equitación, señorita Winther? —sonrió Bach.

— Sí, me encanta montar..., pero..., la señorita Mason es mucho mejor amazona que yo... Y, además, muy buena persona.

—Tiene usted toda la razón —asintió el abogado sonriendo—. La señorita Mason es una gran actriz y una buena persona... Quizás un poco complicada, diría yo.

Puck sonrió. Se había dado cuenta de que Bach y la señorita Mason se llamaban por sus nombres de pila, así que no debían haber tenido tanta dificultad para entenderse.

En el pasillo, Puck encontró a Maren, una de las sirvientas.

— Dígame, Maren, ¿quién arregló la cama de la señorita Mason?

— Yo, señorita, pero no he tocado ninguna de sus alhajas — declaró la muchacha con fuerte acento campesino.

—Así que ya se han enterado todos —comentó Puck.

— Claro, todos sabemos lo ocurrido. Es terrible, pero no me diga que no es una locura llevar las joyas en un simple bolso. Yo tengo una cadena de oro que me regaló mi abuelo, pero la guardo en lugar seguro.

— Es muy sensato por su parte, Maren. ¿Notó usted algo anormal en la habitación cuando fue a abrir la cama? ¿Había desorden?

— No, todo estaba como siempre. Creo que la doncella de la señorita Mason acababa de arreglar la habitación. Salía del cuarto cuando yo entraba.

— ¿Quién más puede haber entrado allí en las últimas horas?

— Muchas personas. La puerta no estaba cerrada con llave, pero sólo he visto a la camarera americana.

— Gracias, Maren.

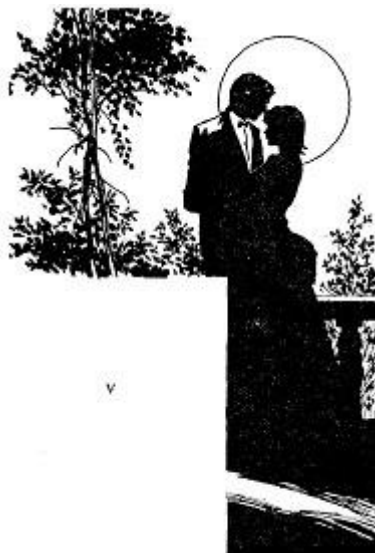
Puck continuó muy pensativa por el pasillo. Había que sospechar también de Maren, claro está... Sin embargo, era casi imposible pensar que aquella buena campesina fuese una ladrona. Su cara de manzana y sus ojos azul claro parecían irradiar su inocencia. ¿Y la señora O'Flanagan?

En su interior, Puck no podía creerlo; no obstante, la madre de Jill tenía mucho en su contra. Cuando la vio salir de la habitación de Grace Mason parecía muy excitada, pero aquello quizá fuese la reacción al enterarse de que la actriz había pagado el colegio de Jill. Tampoco era ninguna prueba el que hubiese estado en la habitación: podía haber entrado para hablar con su antigua amiga.

Pero, ¿cómo había llegado el anillo de brillantes a su bolso?

El rápido cerebro de Puck trabajaba con el mismo pensamiento del abogado. Si la señora O'Flanagan fuese la ladrona, era absurdo que hubiera escondido un anillo en su bolso y que se le cayera al sacar el pañuelo. No podía ser tan tonta. Pero ¿cómo había llegado aquel anillo a su bolso? Seguramente lo había puesto allí el propio ladrón para hacer recaer las sospechas sobre ella.

¿Quién era entonces el ladrón?



Como siempre que tenía algún problema difícil, Puck reunió a sus amigas en consejo de guerra. Se encontraron en la habitación de Karen y Navio, y Puck les puso al corriente de sus sospechas.

— Por supuesto que no estoy segura del todo, pero tengo el presentimiento de que el ladrón se encuentra en esta casa...

Navio le interrumpió con indignación:

— Es horrible pensar que la madre de Jill haya podido cometer semejante locura...

— No compliques a la señora O'Flanagan en esto —dijo Puck—. Hay muchos indicios en contra suya; sin embargo, el ladrón es otra persona.

—¿Tienes alguna sospecha? —preguntó Karen.

Puck vaciló:

— Sí, pero hay que tener mucho cuidado, sobre todo porque tan sólo se trata de una sospecha. Estoy casi segura de que ha sido Erna, la sirvienta, quien ha robado las joyas...

— ¿Erna? —se sorprendió Navio—. Vamos, Puck, esa chica es demasiado tonta para hacer eso. No sería capaz de robar ni la calderilla de la estantería de la cocina. ¿Cómo se te ha ocurrido?

Puck les contó la conversación telefónica que había oído por casualidad en el pasillo y terminó:

— Erna estaba hablando con un tipo llamado Georg. Seguramente, se trata de su novio. Decía que todo estaba en orden,

pero que tenía mucho miedo. Luego se puso muy nerviosa al verme, porque pensó que yo debía haberla oído hablar. Su culpabilidad se demostró claramente cuando se le resbaló la fuente en el comedor. La miré por casualidad y se puso tan nerviosa que ocurrió el accidente... Lo extraño es que entonces no sabíamos nada del robo.

— Pueden ser simples suposiciones tuyas — opinó Karen.

— Claro que sí; sin embargo, he decidido seguir mi investigación. Después de medianoche sabremos lo que ocurre. Erna se verá con ese Georg detrás de los establos. Allí estaremos nosotras también.

— ¡Vaya! Esto suena formidablemente palpitante —exclamó Navio entusiasmada—. Hace tiempo que no pasa nada emocionante.

— No exageres. La última vez que estuvimos aquí hubo mucha emoción —sonrió Puck—. Para mí al menos, hubo más que suficiente.

— ¿No crees que sería más razonable avisar a la policía? — preguntó la siempre sensata Karen.

Puck negó con la cabeza.

—Mis sospechas no son tan sólidas como para eso. La única prueba que tenemos es el nerviosismo de Erna, las frases por teléfono y el encuentro de esta noche con el misterioso Georg; pero puede tratarse de un asunto completamente distinto. Por eso no le he dicho nada aún al abogado Bach.

Al final del «consejo de guerra», las tres amigas decidieron encontrarse a medianoche detrás de los establos.

* * *

Las horas siguientes se hacían largas para las tres muchachas. Navio había propuesto que «Torbellino» fuese informada del plan, pero a Puck no le gustó nada la idea. «Torbellino» era demasiado impulsiva y sería capaz de lanzarse sobre Erna en seguida, en cuyo caso no averiguarían nada.

Como es natural, aquella noche el ambiente no fue muy agradable en «Frederiksholm».

Al principio, la señora O'Flanagan se había puesto tan furiosa que había decidió regresar a Copenhague, pero después cambió de opinión. Sabía que sospechaban de ella, y quería demostrarles a aquella pandilla de imbéciles que no les tenía ningún miedo.

Grace Mason parecía la más tranquila de todos. A veces, incluso

parecía divertirse con aquel jaleo. Su actitud tenía estupefacto a Leif Bach. Acababan de robarle medio millón de coronas en joyas que no estaban aseguradas y, a pesar de ello, se reía de todo. Era muy extraño, incluso tratándose de una millonaria.

Las primeras sospechas del abogado recayeron sobre la sirvienta Mary, pero Grace se enfureció cuando le habló de ello.

— Deje en paz a Mary, Leif. Lleva cuatro años conmigo y es la persona más fiel de este mundo. Preferiría partirse el brazo antes que robar cinco céntimos.

— Quizá la policía... —aventuró en tono cauteloso.

— Nada de policías — interrumpió la estrella —. Hemos acordado que usted resuelva este caso, así que... ¿Por qué no vamos a dar un paseo? Hace una noche maravillosa.

— Con mucho gusto, Grace.

Mientras caminaban por el campo disfrutando del aire fresco de la noche, Grace preguntó:

— ¿Qué le parece, Leif? ¿Compramos la hacienda?

— ¿Compramos...? —repitió el joven en tono burlón.

— Bueno, quiero decir, si le parece bien que invierta mi dinero en esta finca — rectificó ella confusa.

— Primero debemos estudiarlo bien y luego hablar con el director Holst sobre el precio... ¡Ejern!... Pero primero habrá que aclarar lo del robo.

— Ya me había olvidado de eso —replicó la estrella sin interés—. Aunque no recupere las joyas, tendré dinero suficiente para comprar este lugar, con vacas, cerdos, gallinas y caballos incluidos...

En la cima de una colina se quedaron un momento contemplando el paisaje iluminado por la luna. Estaban uno al lado del otro disfrutando de la paz de la naturaleza. Al final, el joven abogado empezó a decir con voz insegura:

— Grace... Bueno...

Se calló, y ella replicó con dulzura:

— Dígame, Leif.

— Pues... ¡Ejern!... Sólo quería saber... ¡Ejern!... Bueno, que tendremos que estudiarlo todo mañana...

— ¿Todo el qué?...

— Pues... ¡Ejem!... Esa finca que piensa usted comprar...

— ¡Ah, la finca!... Sí, claro, tendremos que estudiarlo.

Su voz sonaba entre burlona y victoriosa, pues no cabía duda de que Leif había estado a punto de declarársele... Pero al pobre le faltaba valor. Quizá les ocurriera igual a todos los solterones. Les era difícil pronunciar la palabra clave.

Hacía muchos años que la famosa actriz de cine no se había encontrado tan bien. Cuando regresaban despacio hacia la hacienda, se sentía como una chiquilla que es invitada a bailar por vez primera en su vida.

* * *

Mientras Puck y sus dos amigas se dirigían con pasos cautelosos a las cuadras, todo estaba en silencio. «Torbellino» y Jill se habían acostado ya, pero las personas mayores aún estaban en el salón discutiendo los problemas del día ante unas copas. El ambiente no era muy agradable. Puck estaba contenta de no tener que permanecer con ellos. Lo único optimista de aquella reunión era que la señorita Mason y el abogado Bach parecían más unidos. Se veía claramente con sólo mirarlos.

La luna llena brillaba en un cielo despejado. El edificio del establo proyectaba una larga sombra en el patio. Las tres muchachas aprovecharon aquella sombra para avanzar ocultas y llegar al camino sin ser vistas. A Navio le era difícil estar callada y, en más de un momento, Puck tuvo que llamarle la atención.

Sin decirles nada a Karen ni a Navio, Puck había puesto al corriente de los acontecimientos al joven abogado. No se atrevía a correr el riesgo de encontrar al misterioso Georg a medianoche sin contar con la ayuda de un hombre. Según lo acordado, Leif Bach les esperaría entre unos matorrales, cerca de la fachada este del establo.

Cuando se acercaban al lugar, Puck detuvo a sus dos amigas diciéndoles en voz baja.

— Esperadme aquí, chicas. Voy a echar un vistazo.

Desapareció entre los matorrales y poco después, ante el asombro de las dos muchachas, oyeron voces que susurraban tras los arbustos. Atónita, Navio se volvió hacia Karen y le preguntó:

— ¿Qué estará tramando?

— ¡Silencio! —ordenó Karen.

Un momento después, Puck regresaba y les explicó en pocas

palabras la situación. Karen se alegró de la intervención del abogado, pero Navio parecía muy disgustada. Ya no le parecía aquello tan divertido, si un hombre adulto estaba mezclado en el asunto. Estaba convencida de que todo iría mucho mejor si Puck era quien daba las órdenes...

— ¡Déjate de bobadas! —le recriminó Puck, irritada—. Ninguna de las tres conocemos a ese Georg... Además, quizá no venga solo... No podemos correr riesgos...

— No sería la primera vez — susurró Navio.

— Sí, pero ya somos mayorcitas — sonrió Puck —. Venid, vamos a escondernos entre los matorrales. Pronto serán las doce. No podemos quedarnos aquí a la luz de la luna.

Navio y Karen saludaron al joven abogado, que parecía tan ansioso de vivir aquella aventura como ellas mismas. Navio olvidó su mal humor. Aquel joven deportivo le parecía irresistible. «La señorita Mason tenía buen gusto», pensó para sí.

Leif Bach observaba la carretera por entre las ramas. Estaba desierta. Incluso durante el día había poco tráfico, pues era una carretera vecinal. Georg había elegido un lugar perfecto para encontrarse con Erna.

Un búho lanzó un chillido a lo lejos y a Navio le faltó muy poco para gritar ella también. El lugar era muy solitario..., y silencioso como una tumba. El techo del enorme edificio de las cuadras se destacaba contra el cielo iluminado por la luz de la luna. Aunque a Navio le hubiera parecido todo formidablemente palpitante al principio, de pronto le parecía espeluznante. Sin reservas agradeció la compañía del joven abogado. Si algo llegaba a ocurrir, no había duda de que aquel buen mozo sabría defenderlas.

— Bueno, ahora que estamos todos reunidos —insinuó Leif Bach divertido—, no hace falta decir que el mando de la expedición lo toma la señorita Winther.

— No, yo no...

— Creo que sí. Todo esto es idea tuya... Sólo en caso de apuro que permitiría tomar parte..., si usted me lo permite...

— Naturalmente — replicó Puck.

— Muy bien... Ahora sólo nos queda aguardar. Espero que ese Georg, o como se llame, sea puntual...

Al oír dar las doce en el reloj de la hacienda, se calló. Poco

después vieron a lo lejos los faros de un coche que se aproximaba por la carretera. Era un «Volkswagen», que se detuvo a unos diez metros de distancia. Fue estacionado a un lado y luego apagaron los faros. Se oyó el golpe de la portezuela al ser cerrada y una figura apareció a la luz de la luna. Era un hombre joven, muy alto, que vestía mono de trabajo. Miró en torno suyo, y luego, con paso furtivo, se acercó al edificio.

Leif Bach y las tres muchachas apenas se atrevían a respirar por la emoción. Ya no tardaría mucho en ocurrir algo.



El recién llegado parecía dispuesto a marcharse pronto. No había parado el motor, pues se oía ronronear claramente en el silencio de la noche.

Bach notó la creciente emoción de las muchachas y les advirtió en voz baja:

— Nada de precipitarse, jovencitas. Tengo el presentimiento de que me tocará enfrentarme con ese tipo. A juzgar por su apariencia, no será fácil reducirlo.

— Quizás esté armado — musitó Navio temblando.

— Esperemos que no, pero tenemos que correr el riesgo...

En aquel momento se oyeron pasos ligeros que se acercaban rápidamente. Instantes después apareció una joven: era Erna, la sirvienta. La oyeron saludar:

— Buenas noches, Georg...

— ¡Hola, cariño! Has tardado mucho —le contestó una voz con acento de Copenhague—. ¿Lo tienes todo?

— Sí... Las traigo aquí en el paquete... Pero tengo mucho miedo, Georg...

— Bobadas. ¿Sospecha alguien de ti?

— No, no lo creo...

— ¿Pusiste el anillo en uno de los bolsos de mano como te dije?

— Sí, lo metí en el bolso de una tal señora O'Flanagan, pero fue una idea tonta...

— ¿Por qué? —rugió el joven.

La voz de la muchacha temblaba de nerviosismo:

— Aunque apareció el anillo en su bolso, nadie parece sospechar de la señora... Lo sé por la conversación de los huéspedes... Fue una tontería...

— Eso es asunto mío. ¿Han avisado a la policía?

— No, aún no... Creo...

— Dame el paquete. Mañana es tu día libre. Podemos vernos en Copenhague, en el lugar de siempre. Te daré tu parte del botín...

— ¡Ay, no, Georg! Yo no quiero nada, ni un céntimo, si... si tú me quieres. .

— Claro que te quiero, tesoro... Pero dame el paquete.

Le tendió el valioso paquete, en el momento en que Leif Bach salía de su escondite y decía con decisión:

— No vais a salir de ésta tan fácilmente, pareja de ladrones. Entregadme ese paquete. Pertenece a la señorita Grace Mason y...

El joven abogado no logró decir más. Georg se había lanzado contra él lanzando un grito furioso. Erna chilló de terror, y el paquete rodó por el suelo. El ataque fue tan rápido e inesperado que Bach no tuvo tiempo de defenderse.

Cuando el puño de Georg chocó con el ojo del abogado, éste vio las estrellas y fue lanzado a varios metros. Reaccionó rápidamente, se levantó y, cuando su contrincante lo alcanzaba para repetir su hazaña, logró esquivar a su atacante y sus puños le golpearon como martillos. Georg respiraba con dificultad y luchaba como un salvaje, mientras chillaba de dolor y rabia, pero un golpe certero en la mandíbula lo lanzó al suelo.

Puck se dio cuenta de que Erna iba a intervenir y gritó, excitada:

— ¡A por ella, muchachas!

La sirvienta había empuñado un grueso palo y en su desesperación se disponía a socorrer a su novio, pero Puck y sus dos amigas se lanzaron sobre ella y la desarmaron.

Al oír el ruido de la pelea, el abogado dio media vuelta y Georg no tardó en aprovecharse de ello. A pesar de los golpes recibidos, se levantó con rapidez y corrió hacia el automóvil. Bach quiso seguirle, pero ya era tarde. El coche partió a todo gas y un momento después había desaparecido por la carretera desierta.

A Leif Bach no le importó la fuga del criminal. Para la policía sólo era cuestión de tiempo atraparlo y meterlo en la cárcel. La joven sirvienta estaba como petrificada, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Cuando su novio hubo desaparecido, perdió las ganas de luchar y no opuso la menor resistencia.

Puck se sentía mal. El responsable de todo era su novio, aunque la criada había tomado parte activa en el robo. Por la conversación que oyera, dedujo que Erna era un alma sencilla que, movida por el amor hacia aquel hombre, no había hecho más que obedecer sus órdenes. Georg, por el contrario, debía de ser un ladrón despiadado, que sólo pensaba en sí mismo, sin preocuparse por las personas que utilizaba para sus propósitos delictivos. No sería extraño que también hubiese robado aquel «Volkswagen».

El abogado se pasó la mano por su ojo hinchado y miró otra vez en dirección hacia donde había huido el coche. Luego dijo con un suspiro:

— Bueno, no podemos hacer nada más aquí. Regresemos a la casa y avisemos a la policía. Antes de veinticuatro horas, ese golfo estará mirando el cielo a través de las rejas de la cárcel. Recuerdo perfectamente la matrícula del automóvil... así que sólo tenemos que preocuparnos de esta chica. ¿Viene usted con nosotros por su propia voluntad, Erna?

— Sí..., claro... —sollozó la joven—. No pienso escaparme... Pero la policía no debe hacerle daño a Georg... Es el hombre más bueno del mundo...

— ¡Ya! — se limitó a decir Bach, que no estaba tan convencido como la chica de la «bondad» de aquel individuo.

Se habían alejado unos veinte metros cuando Navio exclamó:

— ¡Vaya por Dios! Hemos olvidado algo...

Regresó corriendo al lugar de la lucha y a poco después volvió

con los demás. Traía con gesto triunfal un paquete envuelto en periódicos.

— No podemos olvidar las joyas de la señorita Mason — dijo alegremente —. Hemos tenido ya un buen lío a causa de ellas.

Bach, Puck y Karen se rieron del olvido. Entretanto, Erna seguía llorando, como si su corazón fuera a romperse...

Poco después, todos los de la casa estaban levantados. Leif Bach se encargó de avisar a la policía. Las preguntas zumbaban como mosquitos en una noche de verano. Poco a poco, todos se enteraron de lo ocurrido. La sirvienta culpable estaba sentado en un rincón, con la cabeza agachada, llorando silenciosamente.

— Esto es terrible, Erna — le recriminó la señora Holst —. Su conducta es deplorable. No quiero verle más en esta casa. Puede ir a empaquetar su ropa.

— La policía se ocupará de todo esto, señora Holst. Erna debe quedarse hasta que lleguen los agentes... —intervino tranquilo Leif Bach.

—Pero yo no la quiero aquí...

— Usted no, pero la policía sí.

Grace Mason pasó su mano por el ojo hinchado del abogado.

— ¡Cómo le han dejado, pobrecito..., y todo por ayudarme! Ha sido usted todo un héroe...



«Torbellino» estaba enfadada con sus amigas, porque no le habían dejado tomar parte en la emocionante acción. Para ella, la emoción era la sal de la vida.

— Estuviste presente en el final, «Torbellino» —le consoló Puck —, y eso es lo más importante. Éramos suficientes para esta aventura.

— Me hubiera lanzado sobre ese Georg...

— Para eso nos habíamos llevado al abogado — sonrió Puck—. Tenías que haberle visto: parecía uno de esos bravos guerreros de la

Edad Media. Fue todo un espectáculo.

Miró de reojo a la señorita Mason. La actriz escuchaba con la boca abierta y los ojos brillantes. No había ninguna duda de que la famosa estrella había encontrado a su héroe. Seguramente, la señorita Mason estaba aburrida de los muchos galanes de Hollywood, que en su vida privada permanecían envueltos en algodón. Un hombre como el deportivo Leif Bach debía ser algo totalmente nuevo para ella.

En aquellos momentos, Puck se portaba como una casamentera que tratara de hacer bien su oficio y continuó describiendo el comportamiento heroico del joven abogado. La señorita Mason seguía escuchando con ojos brillantes.

Al poco rato llegó la policía.



Los dos agentes no se mostraron comprensivos; al menos, las lágrimas de Erna no les impresionaron mucho. Para ellos, todo era cuestión de rutina. Leif Bach hizo una detallada descripción de lo ocurrido y los agentes anotaron el número de la matrícula del «Volkswagen».

Cuando todo estuvo arreglado, los policías se marcharon con la sirvienta, que seguía llorando. La habían dejado hacer sus maletas bajo vigilancia.

La señora O'Flanagan se acercó a Grace y le espetó:

— Bien, Grace, al fin te habrás convencido de que no fui yo

quien robó tus sucias joyas.

— No he sospechado de ti ni por un instante, querida Dora — dijo la actriz con franqueza.

— Quizá no, pero te hubiera gustado...

— Vamos, no seas boba. El robo parece haberos afectado más a vosotros que a mí... Y ya está bien de perder más tiempo con este asunto. Hemos tenido suficiente jaleo por esta noche.

— Estoy de acuerdo —exclamó «Torbellino»—. ¿Qué les parece llenar un poco la tripa?

— ¡Rita! —se oyó la voz severa de su madre.

— Está bien, mamaíta; pero tengo un hambre canina. Podría zamparme un buey entero y los demás también. ¿Voy a preparar algo a la cocina?

— ¿Quieres callar? ¡Pórtate como una señorita bien educada...!

— ¿Educada? ¿Con la gazuza que tengo?

— Yo también creo que sería una buena idea — intervino el director Holst animado.

— Sí, ponte de parte de tu insolente hija — dijo la señora Holst en tono agrio, mientras se levantaba para dar órdenes en la cocina.

«Torbellino» rió con malicia y guiñó un ojo a su padre. Casi siempre, los dos estaban de acuerdo. Jill permaneció en silencio. No había participado en la conversación. «Torbellino» le dio una palmada y le preguntó eufórica:

— ¿Qué, Jill, verdad que es divertido salir del catre a estas horas de la noche?

— Sí...

Puck miró de reojo a su amiguita. Estaba casi segura de saber qué le ocurría a Jill en aquellos momentos. Su madre había sido sospechosa de robo inevitablemente; pero, aunque todo había sido aclarado, estaba impresionada. La chiquilla era tan sentimental que se dejaba influir por todo.

Los acontecimientos de aquella noche habían sido tan emocionantes que nadie tenía sueño. El ambiente era otra vez agradable y cuando trajeron el refrigerio a la mesa, fue saludado por todos con júbilo. Incluso el hombre de negocios, el director Holst, olvidó durante un instante que quería vender su finca a Grace Mason.

— Abre el paquete de las joyas, Grace — ordenó Leif Bach y su

voz sonaba impaciente.

La joven obedeció como una colegiala y abrió el paquete. Miró el contenido por encima y dijo, sin mucho interés:

— Sí, no creo que falte nada. Muchas gracias por su ayuda, Leif. Me ha impresionado mucho... Por cierto...

Hizo un gesto con la mano hacia el otro extremo de la mesa y manifestó:

— Puck, por favor, ¿quieres venir un momento?

Cuando Puck se acercó vacilante, Grace le acarició la mejilla y le preguntó sonriente:

— ¿Puedo tutearte o prefieres ser tratada de usted?

— Prefiero que me tutee...

— Estupendo, Puck —rió alegremente la actriz—. Aunque ha sido mi eficaz abogado Leif Bach quien puso sus puños y su ojo, tú fuiste quien halló la solución del asunto. Quiero agradecértelo... Veamos, hijita...

La estrella buscó entre sus alhajas y eligió un valioso anillo de rubíes. Lo colocó en el dedo de Puck y declaró regocijada:

— Fíjate, está como hecho a tu medida. Cada vez que lo mires, podrás pensar en la pobre Grace Mason, que estará trabajando como una negra en Hollywood...

Puck se había puesto colorada como un tomate y balbuceó:

— No, gracias, señorita Mason... Es demasiado... Estos maravillosos rubíes...

La actriz la hizo callar con un gesto de la mano:

— No te preocupes por los rubíes... Habrá más en las joyerías que suelen servirme... También voy a recompensar a tus dos resueltas amigas. Venid, jovencitas.

Navio y Karen obedecieron. Quedaron tan confusas como Puck cuando la señorita Mason les regaló un hermoso anillo a cada una.

A pesar de su ojo hinchado, Leif Bach no pudo por menos que divertirse con aquella escena. Grace estaba distribuyendo sus joyas con una generosidad que, si seguía así, se quedaría sin tener qué ponerse. Pero, naturalmente, aquello no era asunto suyo. Ella las había comprado y pagado, y podía hacer lo que le viniera en gana.

Poco después sonó el teléfono. La policía comunicaba que Georg ya había sido detenido.

Todos los presentes sentían lástima por Erna; sin embargo, la ley

es inflexible. La chica debiera haber tenido más sensatez tanto en elegir su novio como en obedecerle tan ciegamente, hasta en la comisión de un delito.

* * *

Aunque se habían acostado tarde, Puck y sus amigas se levantaron temprano. Hacía un tiempo espléndido. Después de arreglarse bajaron a desayunar. La señora Holst estaba ya levantada, y con la cocinera y la sirvienta que quedaba se ocupaba de poner una mesa con cuanto la casa podía ofrecer.

«Torbellino» tenía ganas de bromear y comentó:

— Erna hacía mejor los huevos pasados por agua. Éste, en vez de pasado, parece diluido.

— ¡Rita! —le regañó su madre—. ¿Ya empezamos? Pórtate bien o te mandaré a Suiza.

Aquella amenaza era suficiente para hacer callar a «Torbellino». Un internado, en Suiza, era, para ella, el castigo más horrible.

Como es natural, la conversación giraba en torno a lo ocurrido la noche anterior. Se burlaban de Navio porque al principio se había mostrado contraria a la participación de Leif Bach en la aventura.

— ¿Qué hubieras hecho tú, si no sabes boxear tan bien como el abogado? —dijo Karen en tono burlón—. Además, te has librado de que te hincharan un ojo. Estoy segura de que Leif Bach estará bastante ridículo hoy con la moradura.

— Sí; desde luego, mi aspecto no es muy bueno —sonó una voz desde la puerta, y el joven abogado entró en el comedor.

Las muchachas se quedaron pasmadas al verle. Llevaba el ojo más morado que habían visto en su vida. Toda la parte derecha de su cara aparecía hinchada. Era cómico cuando Bach intentaba sonreír, pues no lograba hacer más que una mueca.

El recién llegado dijo, encogiéndose de hombros:

— Esto es lo que pasa cuando uno tropieza con un puño en su camino... ¡Ejem!... Claro que Georg tampoco estará muy guapo hoy.

Se limitó a tomar una taza de café y no quiso comer nada. Le dolía mucho la cabeza y, en general, se sentía bastante mal. Hubiera preferido volver a Copenhague, pero había prometido a Grace inspeccionar la finca durante la mañana...

Muchos hombres, incluso los más varoniles, son presumidos, aunque se resistan a admitirlo. El guapo y deportivo Leif Bach no

estaba libre de ello. Le disgustaba pensar que Grace Mason iba a ver su cara de aquella guisa. Pero el joven abogado se había preocupado en vano. Grace Mason bajó a desayunar y, a pesar de haber dormido tan poco, su aspecto era extraordinario. Fue directamente al encuentro de Bach, pero no se rió al ver su cara desfigurada. Todo lo contrario, parecía muy preocupada. Su voz sonó en un reproche:

— Debía usted haberse puesto un bistec crudo sobre el ojo, Leif. Hoy lo tendría casi curado...

El joven se esforzó por sonreír:

— Seguramente que sí, Grace, aunque prefiero el bistec frito y con mucha cebolla. ¿Sabe usted preparar un buen bistec a la inglesa?

— Pues... —Grace se quedó perpleja; luego declaró rápidamente —: Claro que sí. He cocinado ese plato muchas veces.

Pero ninguno de los presentes parecía muy convencido de sus palabras.

— Puede decir lo que quiera —musitó «Torbellino» a Puck—, pero preferiría quedarme a pan y agua antes que comer uno de sus bistecs. Estoy segura de que ni siquiera sabe hervir agua sin que se le pegue.



Cuando Dora O'Flanagan y el director Holst hacían su entrada poco después, la conversación era muy animada. La señora

contempló la cara hinchada de Leif Bach y manifestó en tono irónico:

— No está usted muy presentable que digamos, Bach... Pero eso es lo que ocurre cuando uno trata de hacer el héroe ante una estrella de cine...

— Tú tampoco estás muy presentable, querida Dora, a pesar del maquillaje — contestó rápidamente Grace.

La señora O'Flanagan se había puesto lívida, pero no encontró palabras con que contestar.

El ambiente era tenso y Jill estaba desolada. Sentía mucho que su madre se llevara tan mal con su nueva «tía». Poco después, las muchachas se levantaron para dar un paseo por el campo.

* * *

También Grace Mason y Bach salieron a dar un paseo e inspeccionar la hacienda. El abogado se mostraba muy minucioso, lo cual irritaba a Grace, que suspiró:

— Vamos, Leif, no vale la pena perder tanto tiempo en este asunto. Este lugar me encanta y me gustaría comprarlo. Usted sólo tiene que acordar un precio con el director Holst y asunto concluido.

Al llegar a la colina donde habían estado la noche anterior, Grace dijo en voz baja:

— También es un sitio maravilloso por la mañana; pero a la luz de la luna parece más romántico, ¿verdad?

— Sí...

La joven sonrió y dijo con fingida inocencia:

— Ayer, cuando estuvimos aquí, Leif, quería decirme algo, pero en el último instante recapacité y se limitó a hablar de la hacienda. ¿Qué quería decirme en realidad?

— Pues yo quería... ¡Ejem!... Hubiera querido preguntarle...

Tartamudeaba que daba pena. Grace rompió a reír. Era divertido ver como un hombre hecho y derecho se portaba como un colegial sorprendido en falta. ¿Era tan difícil pedir la mano a una muchacha que estaba dispuesta a aceptar?

Grace le sacudió la manga de la chaqueta y le dijo, en tono alegre:

—Vamos, muchacho, habla ya de una vez...

— Sí... Bueno... ¡Ejem!... —carraspeó Leif.

Ella levantó los ojos al cielo y suspiró hondo. Luego, riendo, dijo decidida:

— Bien, entonces lo diré yo. ¿Me permite usted pedir su mano en matrimonio, señor mío?

— ¡Grace! —exclamó él asombradísimo—. ¿Me... me estás tomando el pelo?

— No, claro que no, tonto... Pero como tú no encuentras las palabras, lo hago yo por ti...

No tuvo tiempo de decir más. Él la había rodeado con sus fuertes brazos y la estrechaba contra



sí. Cuando por fin la soltó, apenas le quedaba aliento a la joven actriz.

Aquel abrazo había tenido tres espectadoras: Puck, Karen y Navio. Durante su paseo se habían acercado a la colina y Navio exclamó entusiasmada al presenciar la escena:

— Mirad, chicas... Esto es formidablemente palpitante.

Sus dos amigas asintieron y Puck rió:

— Francamente, yo no creía en el flechazo, pero ahora estoy convencida. ¿Vamos a felicitarles?

Karen sonrió y la tomó del brazo:

— Déjales en paz, Puck. Si alguna vez nos sucede a nosotras, no nos gustaría ser interrumpidas por unas colegialas.

— Tienes razón — admitió Puck pensativa.

* * *

Fue una tarde llena de sorpresas en «Frederiksholm». Para alivio del director Holst, la venta de la finca fue concertada a plena satisfacción para ambas partes.

Cuando Leif Bach anunció su compromiso con la actriz de cine Grace Mason, aquello fue un acontecimiento. Las felicitaciones llovían sobre la feliz pareja. La única contrariada parecía ser la

señora O'Flanagan, quien, no obstante, logró expresar una vaga felicitación.

Dada la ocasión, el director Holst ordenó que trajeran champaña. Después del brindis, Grace se levantó y dijo con sencillez:

— Quiero darles las gracias a todos. Para mí, éste es un día muy feliz. Leif y yo hemos acordado que cada año pasaremos seis meses en Dinamarca, lo cual me parece muy bien. Si quieren saber la verdad, estoy hasta la mismísima coronilla de hacer películas en Hollywood. En el futuro no pienso hacer más que tres al año..., y llegará un día en que la productora me anunciará que el público se ha cansado de verme. Eso es lo que suele ocurrir. Cada estrella de cine lo es durante cierto tiempo; luego les toca a las jóvenes. También pienso retirarme mucho antes de que tenga que correr tras las productoras mendigando un papel secundario.

Besó la mejilla de su prometido y continuó:

— He encontrado el hombre más maravilloso del mundo, aunque estoy de acuerdo con mi amiga Dora en que su aspecto físico deja mucho de desear en estos momentos. Como única condición para casarse conmigo, me ha hecho prometer que no le lanzaré ninguna tarta de crema a la cara, y pienso cumplirla.

Besó de nuevo al abogado y añadió:

—Leif y el director Holst han acordado que tomaré posesión de la finca a principios del mes que viene. Pensamos pasar las Navidades aquí y nos gustaría mucho ver caras alegres a nuestro alrededor. Por ejemplo, nos encantaría ver a Puck, Karen y Navio... Y, naturalmente, también a Rita y a Jill... Y tú, Dora, también serás bien recibida...

— Eso es demasiado, Grace —contestó Dora con ironía.

— No seas aguafiestas, Dora... Ven, quiero hablar contigo.

Una vez en el pasillo, Grace se puso seria y le dijo:

— Francamente, Dora, estoy muy disgustada por esta enemistad entre nosotras. Quizás obré mal cuando pagué el colegio de Jill... Pero, bueno, era una especie de ajuste de cuentas por mi parte... Sin embargo, hoy me siento tan feliz que me gustaría ser amiga de todo el mundo. ¿Es muy elevada la suma que debes, Dora?

— Sí, bastante...

— No te preocupes más por esa deuda. He dicho a Leif que

arregle ese asunto y deseo que aceptes mi amistad como antes. ¿Qué me dices?

— Estoy de acuerdo —contestó la señora O'Flanagan con voz emocionada—. Es un gesto muy gentil por tu parte pagar mis deudas de juego.

— Olvidémoslo... Pero, ¡caramba!, ¿por qué jugáis tan fuerte? No lo hagáis en el futuro...

— Intentaré dejarlo...

Cuando la señora O'Flanagan entró de nuevo en el comedor, era toda sonrisas. «Torbellino» musitó a Puck:

— Puedes estar segura, Puck, de que Grace acaba de regalarle algunos millones a la madre de Jill. Esa mujer está chiflada.

— No exageres —sonrió Puck—. Además, a nosotras no nos importa. ¿Sabes lo que más ilusión me hace en estos momentos?

— Pensar que vamos a celebrar las Navidades aquí.



La muchacha que rompió la paz y tranquilidad cotidiana del «Instituto Clara Moeller» se llamaba Karina Bech. Su padre era uno de los dueños de una gran empresa industrial danesa, que tenía sucursales en todo el mundo. Cuando iban a abrir una nueva sucursal en la República de Ghana, en África, él tuvo que marchar allí durante algún tiempo, acompañado por su esposa. Calculaban que el trabajo duraría alrededor de un año y por eso matricularon a su hija en el «Instituto Clara Moeller».

Karina era una chica resuelta, de cabello cobrizo y muy pecosa. Tenía un hermano mucho mayor que ella, el cual estudiaba en el extranjero. Por ello, se había criado casi como hija única y había sido muy mimada. Por otra parte, un importante hombre de negocios y su esposa tienen infinitas obligaciones, y no demasiado tiempo para educar a sus hijos. En el fondo, Karina era una muchacha de buenos sentimientos. Le gustaban los animales, le encantaban las flores y siempre había sido una excelente compañera..., pero muy consentida y, en ocasiones, insolente y maleducada.

El padre, al inscribirla, no intentó ocultarlo. Declaró con franqueza:

— Lo mejor será que ponga las cartas boca arriba, señorita Moeller, Karina resultaba a veces... ¿Cómo diría yo?... Algo difícil de tratar.

— ¿Difícil? —repitió la directora quitándose sus gruesas gafas de concha—. Eso es muy fácil de arreglar. Si Karina se muestra demasiado «difícil», si no puede vivir según el reglamento del colegio, no permanecerá aquí mucho tiempo. Tenemos normas fijas y si las alumnas no pueden regirse por ellas..., han de buscar otro colegio.

Aún en reuniones de negocios de mucha importancia, Andreas Bech había mostrado siempre una gran serenidad, pero allí, frente a la señorita Clara Moeller, se sintió empequeñecido e inquieto.

Carraspeó y dijo:

— Señorita Moeller, espero que comprenda usted mi difícil situación. Tengo que estar ausente de Dinamarca durante un año, y me gustaría poder dejar a Karina en buenas manos. Si se mostrara..., ¡ejem!..., un poco difícil, ¿no podía usted tratarla con alguna indulgencia?

— Aquí todas las niñas tienen los mismos derechos — contestó la directora mientras golpeaba la mesa con sus gafas —. Comprendo sus problemas, director Bech, pero no podemos alterar el reglamento.

Una vez que se hubo marchado el visitante, la señorita Moeller se puso las gafas de nuevo y encendió un gran puro. Le gustaban los grandes cigarros, aunque alguna gente los creyera poco femeninos. Se quedó un rato sonriendo. Era cierto que el pobre señor Bech se

encontraba en una situación sumamente difícil debido a su malcriada hija..., pero no quería aumentar sus problemas y decidió ser indulgente en aquel caso.

* * *

En el «Instituto Clara Moeller» no había ninguna habitación individual. Las alumnas vivían de dos en dos.

Karina Bech iba a compartir con Alma Nielsen la habitación llamada «Escarpín de Dama», porque su compañera de cuarto había abandonado inesperadamente el instituto. Alma era una muchacha pequeña y tranquila, con cara de intelectual. Vestía con pulcritud y sencillez, y sus ojos, tras las modernas gafas de concha, eran azules y amables. Contrariamente a muchas de sus compañeras, Alma tenía ya una idea fija de lo que iba a ser en la vida: quería ser enfermera. Para los deportes no valía gran cosa, pero para los estudios era sin comparación la mejor alumna de todo el colegio. Sus conocimientos eran tales que incluso los adultos quedaban asombradísimos.

En su tiempo libre, Alma Nielsen estaba siempre inclinada sobre los libros de texto, y todo lo que leía parecía quedarse grabado en su cerebro. Sólo en ocasiones tomaba parte en los juegos de sus compañeras y éstas la apreciaban mucho, aunque de vez en cuando se burlaban de ella llamándola «el diccionario viviente». Ella no se enfadaba y aún parecía divertirse con la broma.

La directora sabía que Karina y Alma eran dos caracteres opuestos, pero confiaba en que esto sería beneficioso para ambas.

* * *

La señorita Meyer, llamada por sus alumnas «La mocasines», acompañó a Karina hasta su habitación, seguida del viejo portero Olsen, que llevaba el voluminoso equipaje de la nueva alumna. Alma estaba leyendo, y se levantó. La profesora presentó a las dos muchachas y terminó con gesto agrio:

— En mi opinión, has traído demasiado equipaje, Karina. Tiene que caber todo en el armario. La ropa no puede estar por la habitación. Además, debes leer el reglamento del colegio cuanto antes. Lo tienes allí, colgado en la pared.

— ¡Vaya por Dios! —exclamó Karina con impertinencia, mientras contemplaba el impreso—. ¿Quiere usted decir que he de aprenderme de memoria todas estas tonterías?

— Sí, eso es lo que debes hacer — contestó «La mocasines» con una sonrisa maliciosa —. Aunque tengo el presentimiento de que te será muy difícil aprenderlo.

— Y tan difícil —contestó despreocupadamente la muchacha —, no sirvo para aprender bobadas.

— No te quedará otro remedio, jovencita... Y más vale que empieces a colocar tu ropa. Dentro de una hora vendrá el portero a recoger tus maletas. ¿Has comprendido?

— Sí; tonta del todo no soy...

«La mocasines» iba a decir algo, pero cambió de opinión y salió del cuarto cerrando la puerta con estrépito. Alma no se había movido. Parecía asustada. Karina había usado un lenguaje muy poco apropiado con la profesora. Ni siquiera «Torbellino» se hubiera atrevido a emplear aquel tono.

— ¡Vaya bruja! — declaró la recién llegada dejándose caer en una butaca —. ¿Qué asignaturas enseña ésa?

— Alemán, inglés y francés — contestó Alma tranquila —. Es una buena profesora, pero a veces resulta muy severa...

— ¡Ya!

Karina miró en torno suyo y, a excepción del reglamento impreso, no tuvo ninguna queja de la habitación. Era muy confortable, grande y soleada. Lo que más le impresionó fue el televisor. Le extrañaba encontrarlo en la habitación de un internado.

— ¿Ves muchas películas y escuchas música «pop»? —preguntó Karina.

— Pues..., no... —contestó Alma tímidamente—. Pero suelo oír conferencias y ver teatro...

— ¿No te gusta lo «pop»?

—



—No entiendo muy bien esa clase de música..., pero me gusta la música clásica: Beethoven, Bach y Mozart...

— ¡Vaya! Si esos sólo componían canciones de cuna.

— ¿Cómo canciones de cuna?

— Quiero decir que una se queda dormida al escuchar esa música.

Karina se levantó y fue a abrir la puerta del pasillo. Durante un momento se quedó contemplando la pintura de la puerta y el nombre de la habitación.

— ¡Caray! ¿Qué significa eso de «Escarpín de Dama»? Parece algo completamente loco.

Alma explicó con timidez:

— Pues el «Escarpín de Dama» es una flor que pertenece a la familia de las orquídeas y es muy rara encontrarla ya en este país. Aún crece en un bosque cerca de Buderupholm, en Jutlandia, y está prohibido arrancarla.

— ¿Cómo sabes todo eso?

— Lo he leído en un libro. Todo lo relativo a la Naturaleza resulta muy interesante... Pero..., ¿no crees, Karina, que debes colgar la ropa en el armario?

—¿Para qué?

— El portero vendrá a por tus maletas dentro de una hora...

— ¡Vaya!

Karina abrió su equipaje y Alma se sorprendió muchísimo al ver

su contenido. A pesar de que las alumnas del «Instituto Clara Moeller» tenían en general mucha ropa, aquélla las superaba a todas. Alma nunca había visto nada semejante, pero iba a sorprenderse aún más cuando vio cómo trataba Karina su elegante y cara ropa. La sacaba con despreocupación y lo tiraba en todas direcciones sobre las sillas y el suelo. A patadas lanzaba sus zapatos hacia el armario ropero, y al final la habitación parecía un campo de batalla. Karina murmuraba fastidiada. Parecía descontenta de todo y de todos.

— ¿Quieres que te ayude? —propuso Alma.

Karina negó con la cabeza.

— Eres muy amable, pero ya me las arreglaré yo sola. ¿Hace mucho que estás en este colegio?

— Es el segundo curso que estudio aquí...

—¿Y no te has vuelto loca aún?

— No, ¿por qué? Es un lugar maravilloso..., y te enseñan muchas cosas interesantes... Las profesoras son muy gentiles...

— No lo dirás por la bruja ésa —le interrumpió Karina en tono belicoso—. Tengo el presentimiento de que vamos a ser enemigas y pronto.





Por la tarde, muchas chicas se habían reunido en torno a la piscina del colegio. Aquel lugar era el preferido de todas las alumnas. No obstante, sólo algunas de ellas se atrevían a saltar desde el trampolín. Rita Holst, apodada «Torbellino», era una de ellas. Tenía un gran estilo saltando, y hacía una excelente exhibición de su habilidad como nadadora.

También Puck había saltado varias veces, pero en aquellos momentos estaba sentada junto al borde recobrando el aliento. Le acompañaban como siempre sus dos inseparables amigas. Navio y Karen. Mientras «Torbellino» continuaba zambulléndose, infatigable, Navio suspiró:

— No sé cómo no se cansa...

— No todas podemos ser tan perezosas como tú — se burló Karen—. Pero quizá tu pereza venga de tanto comer chocolate relleno.

Navio se limitó a murmurar algo ininteligible. Era muy golosa y el chocolate relleno era su debilidad. Puck señaló hacia el trampolín.

— Mirad, la chica nueva va a saltar. No es fácil hacer una exhibición junto a Rita.

«Torbellino» se preparaba ya para saltar, buscando el equilibrio. Karina estaba dispuesta para hacerlo detrás de ella, dando saltitos

de impaciencia. Todas las chicas miraban hacia el trampolín con interés. Nadie tenía dudas sobre la habilidad de «Torbellino» y todas las miradas estaban clavadas en la nueva alumna.

De pronto, Karina pareció perder la paciencia, porque corrió por el trampolín y dio un leve puntapié a «Torbellino». Rita lanzó un grito y voló por el aire para caer con un sonoro chapoteo en la piscina. El agua salpicó en todas direcciones y muchas de las espectadoras chillaron.

Karina saltó con mucho estilo, mientras «Torbellino», nadando el «crowl», alcanzaba el borde de la piscina y se reunía con Puck y las otras dos chicas. Fue recibida con sonrisas burlonas, y Navio le dijo:

— Ya has comprobado personalmente lo divertido que resulta ser tirada al agua inesperadamente. ¿Te ha gustado?

— Absolutamente nada —contestó «Torbellino», mientras se sacudía el agua—. Ha sido una canallada tirarme desde el trampolín de un puntapié.

— Pero llevabas bañador — sonrió Puck.

Rita comprendió en seguida a qué se refería su amiga. En una ocasión, ella también había empujado a una compañera vestida y todo a la piscina; pero aquello era diferente, pensó. En realidad, tal pensamiento carecía de lógica, pero «Torbellino» estaba tan furiosa que no lograba razonar con claridad.



Miraba en dirección a Karina, que chapoteaba alegremente, y declaró con los dientes apretados:

— Me las pagará esa pecosa... Esto no va a quedar así.

— Por favor, «Torbellino» — exclamó Navio haciendo una cómica mueca—. Sé indulgente con la pobre muchacha.

Puck y Karen sonreían; sin embargo, sus sonrisas eran forzadas. Conocían demasiado bien a «Torbellino». No tenía mal carácter ni era vengativa; todo lo contrario, pero no resultaba una enemiga despreciable. Una y otra vez había dado muestras de su ingenio haciendo burlas y travesuras, y Karina Bech lo iba a pasar pero que muy mal si era elegida como víctima por «Torbellino».

* * *

Cuando Karina regresó al «Escarpín de Dama» encontró a Alma inclinada sobre un grueso tomo. Estaba absorta en su lectura.

— ¿Qué estás leyendo? — preguntó Karina.

— Sobre Florence Nightingale...

— ¿Eh?... ¿Florence Nightingale?... ¿Quién es?

Alma miró, sorprendida, a su compañera.

— ¿Quieres decir que no sabes quién era Florence Nightingale?

— No... ¿Es alguna cantante de «jazz» o quizás actriz de cine?

— No, nada de eso — repuso Alma en voz baja y con expresión triste—. Florence Nightingale era una enfermera inglesa; una de las personas más grandes que han existido...

— ¿Era muy alta?

Como Alma era una chica inteligente, se dio cuenta de que Karina trataba de tomarle el pelo, pero no se dejó intimidar, y contestó tranquila:

— No sé nada sobre su estatura, pero puedo contarte algo sobre su personalidad..., si te interesa, claro está...

— ¡Cuenta, Sherezade, cuenta!

— Florence Nightingale nació en el año 1820, en el seno de una familia muy adinerada. Estudió para enfermera y durante la guerra de Crimea, el año 1854, se puso al frente del Servicio de Sanidad del Ejército, un servicio hasta entonces muy abandonado. Realizó una gigantesca labor con los heridos y su nombre se hizo famoso en todo el mundo. Los soldados la llamaban «El ángel blanco»... ¿Verdad que es un nombre precioso?

— ¿Por qué estás tan interesada en esa enfermera?

— Porque yo también quiero serlo.

— ¿Qué? ¡Vaya trabajo aburrido!... Correr de un lado a otro con orinales, tomar temperaturas y esas cosas.

Alma sonrió con indulgencia.

— Estás equivocada. No es un trabajo, sino una vocación.

— ¿Vocación? ¿No has pensado en casarte?

— Soy aún demasiado joven para pensar en eso — contestó Alma—. Quizá me case si encuentro al hombre indicado, y si él quiere casarse conmigo... Pero quiero que sepas una cosa, Karina: nunca dejaré de ser enfermera por ello. Hay tantos enfermos en este mundo que necesitan ayuda, y yo me sentiría feliz si pudiera ayudarles. ¿No lo comprendes?

— Pues..., no...; ni me importa.

— Piensa que puedes ponerte enferma y necesitar ayuda.

— ¡Ya! Echas sermones muy bien, Alma. ¿Por qué no estudias para cura?... Bueno, voy a ver si encuentro música «pop» en la radio.

* * *

Aunque Karina no quería admitirlo, Alma le había hecho pensar. No había comprendido al principio que Alma quisiera ser algo tan aburrido como enfermera..., pero su última respuesta la hizo pensar. Además, reconoció que Alma era una chica muy inteligente y admirable por haber decidido ya su futuro.

Desde luego, a ella no le gustaría convertirse en enfermera; sin embargo, era muy posible que Alma tuviera razón.

Karina se sentía irritada consigo misma. Cuando llegó al colegio y le dijeron que compartiría su habitación con otra muchacha, había decidido que aquella chica iba a saber quién era ella, pero no..., no era tan difícil tratándose de Alma, la pequeña e inteligente Alma, que ya tenía una meta fijada en su vida.

¿Cuántas jóvenes tenían una meta? De nuevo, Karina se sentía irritada consigo misma, porque, aun deplorándolo, debía admitir que ella no tenía meta alguna. Había nacido y se había criado en una casa bien... su menor deseo había sido cumplido siempre,... Y quizá precisamente por eso no tenía ninguna meta. Sus padres se habían preocupado de resolvérselo todo y nunca había tenido problemas ni disgustos de ninguna clase...

«Vamos, Karina, no exageres», se dijo a sí misma.

Luego conectó la radio que, como siempre, emitía música «pop» para regocijo de la nueva generación. Era música fácil. No se necesitaba pensar mientras se escuchaba.

* * *

La seguridad y sensatez de Alma habían influido sobre Karina hasta cierto punto, pero durante poco tiempo. La consentida muchacha no podía pensar cosas serias durante mucho rato. Necesitaba acción a su alrededor, algo intrascendente que no obligase a pensar mucho. Karina no era tonta, pero pensar le parecía una pérdida de tiempo.

Como en casos similares, sus padres tenían gran parte de culpa, en la manera de ser de Karina. Un tío suyo, hombre sumamente sensato, había dicho a su hermano en cierta ocasión:

— Si seguís así, vais a estropear a la chiquilla para siempre. ¿Creéis que le hacéis un favor al satisfacer todos sus caprichos, dándole la razón siempre o siendo indulgente con sus insolencias?

— Resulta más fácil así... Yo estoy muy ocupado siempre... Yo...

— Sí, claro, un hombre de tu importancia tiene mucho trabajo y en las horas libres prefiere la paz y la tranquilidad... Pero ¿crees que el multimillonario John D. Rockefeller era menos importante y ocupado que tú?

— ¿Por qué lo dices?

— Porque su hijo no fue criado como un hijo de millonario. Tuvo que abrirse camino por sí solo, y así ha sido siempre en la familia Rockefeller, una de las más ricas del mundo. No han tenido hijos consentidos nunca y el resultado ha sido, como puede verse, muy bueno... Todo un ejemplo para los padres adinerados.

El tío de Karina tenía toda la razón, pero no por ello hubo cambios en la educación de la niña.

El importante hombre de negocios Andreas Bech estaba tan ocupado que ni siquiera tenía tiempo para pensar en el futuro de su hija. Resultaba más fácil evitar problemas tan aburridos como aquél... Además, pensaba, gracias a Dios, a la niña no le faltaba nada.

Pero en esto estaba equivocado. A su hija le faltaba una educación sana y natural.

* * *

En un pensionado con más de medio centenar de alumnas es

natural que algunas de ellas encuentren dificultades para adaptarse a un estricto reglamento. En el lujoso «Instituto Clara Moeller», esto se notaba de manera especial. Todas sus alumnas procedían de familias ricas y el resultado era una larga fila de jovencitas mimadas y maleducadas, convencidas de poder dominar a las personas que les rodeaban. En general, no lo hacían ni por malicia ni por arrogancia, sino porque en su propia casa no habían conocido otra cosa.

Rita Holst, llamada «Torbellino» por sus amigas, había sido un buen ejemplo de esto hasta que la intervención de Puck había calmado su afán por las travesuras. Pero alguien parecía seguir sus pasos.

Karina Bech, la nueva alumna, se había convertido en el terror del pensionado. No había broma o travesura que no pasara por su mente. No eran nunca crueles, pero sí desagradables para sus víctimas. Y hubo muchas víctimas.

En algunos casos, las quejas llegaban a la señorita Moeller. La directora tenía sus sospechas sobre la autora de las travesuras; pero, como no se trataba de nada grave, se abstuvo de intervenir, cumpliendo su promesa de ser indulgente con la muchacha.

Karina no pensaba en absoluto. Para ella hubiera significado perder el tiempo y siguió adelante con sus travesuras. Los estudios no le interesaban lo más mínimo y había que matar el tiempo de alguna forma.

Karina mataba el tiempo como nadie. Alma era una de las pocas muchachas que se libró de las burlas de Karina, y eso se debía únicamente al hecho de que la traviesa muchacha no quería llevar la guerra dentro de las cuatro paredes de su habitación. Por extraño que parezca, resultaba una ventaja compartir la misma habitación que el «Terror del Instituto».

* * *

«Torbellino» había convocado una pequeña reunión en la habitación «Las Rosas». Había citado a Puck, Navio, Karen y Alma.

Cuando «Torbellino» se lo propuso a Puck, ésta preguntó, sorprendida:

— ¿Para qué quieres reunimos?

— Vamos a fundar «La Sociedad de Lucha contra el Terror del Instituto». ¿No te parece una buena razón?

Puck rompió a reír.

— Eres fenomenal, «Torbellino». Es una buena idea, pero no comprendo para qué quieres formar esta sociedad. Sueles arreglártelas tú sola... Y, además, ¿por qué has citado también a Alma?

— Era necesario.

—¿Por qué?

— Pues... ¡Ejem!... Te lo diré más tarde.

Puck miraba a su amiga con curiosidad. Le parecía bien fundar aquella sociedad... Había tantas asociaciones extrañas en Dinamarca... Pero no comprendía por qué «Torbellino» insistía en la participación de Alma. Era difícil que Alma aceptara tales tonterías. Era demasiado seria para ello..., y no tendría ningún interés en molestar a la traviesa Karina porque eso significaría el final de la tranquilidad en su habitación. Además sería la última que aceptase tal guerra, porque Karina la dejaba en paz.

«Torbellino» estaba mirando por la ventana y se volvió hacia Puck.

— Karina está en la piscina — dijo — y las demás vendrán pronto. Será divertidísimo.

— ¿Qué estás tramando, «Torbellino»?

—¡Calla, calla! — dijo su amiga, y se colocó el dedo sobre los labios con una sonrisa burlona—. Vamos a divertirnos un poquito.

De pronto, Puck tuvo una repentina inspiración: «Torbellino» había citado a Alma con el único propósito de sacarla del «Escarpín de Dama»... No había duda de ello. ¿Qué pensaría hacer?

Poco después llegaron Navio, Karen y Alma a «Las Rosas» y «Torbellino» dijo con prisas:

— Estupendo, chicas, esperadme un momento aquí...

Y salió de la habitación como una centella mientras sus amigas se miraban sorprendidas. Navio preguntó con curiosidad:

— Oye, Puck, ¿qué ocurre?

— «Torbellino» os lo dirá —contestó Puck sonriente—. Regresará en seguida.



Efectivamente, la traviesa chiquilla volvió en seguida. Estaba eufórica, y en menos que canta un gallo, había sacado refrescos, pastelitos y chocolate relleno de su armario.

Desde el primer momento, la reunión se celebró en un ambiente alegre; sólo Alma parecía intimidada. Sus compañeras no solían invitarla, lo cual no le molestaba en absoluto, porque así no tenía que abandonar sus queridos libros. En ocasiones se habían burlado de ella, pero no se enfadaba nunca. Ella tenía fijada su meta y trabajaba únicamente para ello.

La idea de «Torbellino» fue recibida de forma diversa. Navio, naturalmente, se puso al lado de «Torbellino», encontraba su idea formidablemente interesante; pero las otras muchachas se mostraron más reservadas. La pobre Alma parecía desolada. No le gustaba en absoluto la idea. Tenía paz en el «Escarpín de Dama» y la pondría en peligro si se hacía miembro de una sociedad que iba a luchar contra su compañera de habitación. No le gustaba ni pensar en ello. Tampoco a Karen la pareció buena la idea, pero no quiso oponerse si las otras aceptaban.

Puck no podía por menos que sonreír. Estaba segura de que había trampa tras aquella extraña reunión. Le bastaba mirar la cara de «Torbellino» para cerciorarse. La expresión de la traviesa muchacha hablaba por sí misma...

— ¿Es necesario que yo forme parte de esa sociedad? — preguntó Alma temerosa —. Estamos muy tranquilas en el «Escarpín de Dama», y me gustaría que durase...

— Claro que es necesario —declaró Navio, decidida—. Nadie debe fallar a la causa...

Puck las interrumpió riendo:

— Vamos, Navio, no te lo tomes demasiado en serio. Es asunto de Alma si quiere unirse a nosotras o no. Yo la comprendo muy

bien. ¿Por qué iba a querer Alma llevar la guerra a su propia habitación? Además, no podemos obligarla a nada. Tiene que decidirlo por sí misma.

— Gracias, Puck — dijo Alma en voz baja, con una expresión de alivio en su cara—. ¿Puedo marcharme ahora?

— Espera un poco, mujer se apresuró a decir «Torbellino»—. Aunque no quieras tomar parte en el asunto, te quedarás a merendar con nosotras...

—Pero...

— Nada de peros. Anda, sírvete.

Puck sonrió de nuevo. Estaba segura de tener razón en sus sospechas.

* * *

Cuando Karina subió a su cuarto, después de nadar un rato en la piscina, se sintió en plena forma, sobre todo para tramar nuevas travesuras. Se sorprendió al ver la habitación vacía. La aplicada Alma casi siempre solía estar allí inclinada sobre sus libros.

Se dejó caer en un sillón con un suspiro. Su pequeña y pecosa cara parecía irradiar actividad.

¿Qué podía hacer? Hubiera sido una buena idea preparar las lecciones para el día siguiente..., pero debía de haber algo más divertido que aquello. Los deberes bien podían esperar un poco.

De pronto se quedó como petrificada, con los ojos muy abiertos. Junto a la pared, debajo de la ventana, vio un pequeño ratoncito blanco. Se asustó tanto que incluso sus múltiples pecas parecieron palidecer... ¡Qué horror!... ¿Cómo había entrado aquel horripilante animalito en su habitación? Lo miraba fijamente, como hipnotizada. El pequeño roedor estaba inmóvil. Se le ocurrió pensar que se trataba de un ratoncito de juguete que Alma había colocado allí para asustarla.

Pero en aquel instante el ratoncito mostró que no era de juguete. Cuando Karina hizo un movimiento, el pequeño animal empezó a correr a lo largo de la pared. La muchacha lanzó un grito y se subió a una silla. El ratón estaba tan asustado como ella y, después de correr por debajo del sofá, volvió a aparecer junto a la puerta. Allí se quedó un instante, como si estuviera considerando la situación.

Karina estaba como paralizada subida en la silla. ¿Cómo lograría salir de la habitación si el ratoncito se quedaba ante la puerta?

Miró hacia la ventana abierta. ¿Podría alcanzarla y saltar al jardín? En aquellos momentos experimentó tanto miedo que no pensaba siquiera en el riesgo que correría al saltar desde el primer piso.



Fue el ratón el que tomó la decisión por ella. Al hacer la muchacha un nuevo movimiento, se asustó y corrió a esconderse debajo de la cama de Alma. La aterrorizada Karina bajó de la silla de un salto, corrió hacia la puerta, tropezó y cayó de bruces. Al caer, derribó una silla y el ruido hizo huir al asustado animalito. Lanzando un chillido agudo, la chica se levantó, abrió la puerta y continuó corriendo por el pasillo, mientras seguía chillando, sin atreverse a volver la cabeza para ver si el ratoncito la perseguía.





IX

Cuando las cinco muchachas reunidas en «Las Rosas» oyeron los gritos del pasillo, se levantaron de un salto y abrieron la puerta. Vieron un extraño espectáculo. Karina, mientras gritaba a pleno pulmón y gesticulaba violentamente, se acercaba corriendo.

— ¡Socorro..., socorro! —gritaba.

Karen la agarró del brazo y le preguntó, asombrada:

— ¿Qué sucede? ¿Te has vuelto loca?

— Me persigue un ratón — jadeó Karina.

— ¿Un ratón? ¿Qué ratón?

— Me atacó en mi cuarto... ¡Fue horrible! ¿Dónde está ahora?

— Por aquí no veo ni la sombra de un ratón. Debes de haber visto visiones..., o soñado.

Los gritos de Karina habían hecho salir a varias chicas de sus habitaciones y, poco después, todas discutían excitadas. Karina insistía en su historia y muchas de sus compañeras la creían. Se acordaban de aquel día en que otro ratoncito blanco había asustado a «Las Siamesas».

A Alma, aquellos simpáticos animalejos no le daban miedo, así que corrió al «Escarpín de Dama» para investigar, y Puck la siguió. Ambas muchachas registraron a fondo la habitación, mientras las demás se quedaban en el pasillo, listas para correr en caso de que el ratoncito hiciera su aparición. Pero no ocurrió nada y, poco después, Puck y Alma podían asegurar que no había ningún ratón

en el cuarto. Quizás había escapado por la puerta que Karina había dejado abierta al salir corriendo.

Poco a poco la calma volvió al pasillo. Muchas se alegraban del susto recibido por Karina, ya que solía ser ella quien asustaba a las demás con sus bromas. Era muy sano para ella probar su propia medicina.

Puck intentó ocultar una sonrisa y se volvió hacia Karina.

— ¿De qué color era el ratón?

— Blanco...

Puck miró de reojo a «Torbellino», que parecía la inocencia personificada. Ya no le quedaba ninguna duda respecto a lo ocurrido. Tampoco a Karen ni a Navio. En cierta ocasión se habían divertido muchísimo «tomando prestado» uno de los ratoncitos blancos del portero Olsen. Las dos «Siamesas», en cambio, no se habían divertido tanto entonces.

Karen guiñó un ojo a Puck y le preguntó en voz baja:

— ¿Crees que «Torbellino» es la autora de esta broma?

— ¿Quién si no? —sonrió Puck—. Ha devuelto la pelota a Karina.

«Torbellino» se reunió con ellas y les dijo con alegría:

— ¡Qué divertido!... Ya podemos continuar nuestra reunión. Tengo sed después de tanto jaleo... Venid, vamos a pasar un buen rato.

Alma, sin embargo, no tenía ganas de continuar con la reunión, y acompañó a Karina hasta su cuarto. Cuando abrió la puerta de la habitación, Karina preguntó, insegura:

— No estará el ratón, ¿verdad?

— No. Puck y yo hemos mirado en todos los rincones.

— Pero puede haberse escondido en el ropero...

— Vamos, Karina... Ni un ratón es capaz de entrar por una puerta cerrada...

— ¿Ni siquiera por la cerradura?

— Ni siquiera por allí. Vamos.

Por una vez la voz de Alma sonó irritada. Karina la miró llena de sospechas, y preguntó:

— ¿Has tenido algo que ver con eso, Alma?

— ¿Yo?

— Sí. ¿Por qué no estabas en la habitación cuando subí de la

piscina? A estas horas sueles estar estudiando... Pero precisamente hoy no estabas. ¿Qué hacías?

— Lo que yo hago no es asunto tuyo — contestó Alma con tranquilidad, pero la expresión de sus bellos ojos azules no era tan dulce como antes—. Para ti es suficiente saber que no he tenido nada que ver con ese ratoncito blanco.

— Entonces, ¿quién pudo haberlo hecho?

— Averígualo tú misma.

Alma entró en la habitación y Karina la siguió con paso vacilante, mientras miraba con miedo en torno suyo.

El ambiente entre las dos chicas era algo tenso. Alma se sentó y aparentó leer un libro. Necesitaba tiempo para pensar. Estaba casi segura de saber lo que había pasado: «Torbellino» había querido vengarse porque Karina la había tirado del trampolín.

Entonces comprendió Alma por qué había sido invitada a aquella reunión en la habitación de «Torbellino» y Puck: para alejarla del «Escarpín de Dama», para que sólo Karina viera al ratoncito blanco. «Torbellino» había salido durante unos minutos de la habitación, el tiempo suficiente para soltar el animalito. Desde luego, había sido un plan perfecto. Pero, ¿qué ocurriría después?

A Alma no le gustaba pensar en ello. No había duda de que Karina sospechaba de ella. El ingenio de Karina, tratándose de bromas pesadas, no tenía límite. La paz y tranquilidad del «Escarpín de Dama» se veían amenazadas.

Alma pensaba que sería muy difícil arreglarlo, si no le contaba lo que sabía a Karina, pero, naturalmente, no iba a delatar a «Torbellino». Sería demasiado ruin... Además, tarde o temprano, «Torbellino» confesaría la verdad.

Mientras tanto, continuaba la alegre reunión en «Las Rosas». «Torbellino» no negaba nada y se alegraba de haber podido desquitarse con tanta facilidad de Karina. Las tres amigas compartían su alegría, pero Puck dijo con cierta preocupación:

— Ojalá la pobre Alma salga bien librada de esto. Quizá Karina sospeche de ella..., y Alma sería la última en delatarte.

«Torbellino» sonrió diverida.

— Esta misma noche se lo explicaré a Karina, y asunto concluido. He pasado una tarde sensacional.

Sus tres amigas estuvieron de acuerdo con ella.

* * *

Como era de suponer, la historia sobre el ratoncito blanco corrió por todo el colegio. Casi todas se alegraban de que Karina Bech hubiera sido la víctima. Ella se lo había buscado, y tuvo que aguantar muchas burlas.

Al día siguiente encontró un papelito sobre su mesa en la clase, escrito con letras de imprenta. Leyó:

Es divertido reírse de las demás, pero no es tan divertido que se rían de una.

Como la profesora de inglés, la señorita Meyer, aún no había llegado, Karina miró a sus compañeras y preguntó con ironía:

— ¿Quién es la autora de este chiste malo y gastado?

Nadie se confesaba culpable..., no porque sintiera vergüenza por la edad del chiste, sino, simplemente porque a ninguna le gustaba ser víctima del ingenio de Karina.

—¿Fuiste tú, «Torbellino»? —preguntó Karina con belicosidad.

«Torbellino» le dedicó una dulce sonrisa.

— No, hija, no. Lo del ratoncito fue suficiente para mí. No me atrevería a burlarme más de ti..., de momento.

Las compañeras se reían a hurtadillas, y Karina se puso colorada de rabia. Sin vacilar un segundo, saltó hasta la mesa de «Torbellino» y le dio una sonora bofetada.

«Torbellino» se levantó como un resorte y agarró a su atacante. Las dos muchachas empezaron a zurrarse y quizás aquello se hubiera convertido en una pequeña batalla a no ser porque la puerta se abrió y la señorita Meyer entró en el aula. Su aguda voz dominó el tumulto.

— ¿Qué pasa con vosotras dos? Sentaos en seguida.

Las dos muchachas seguían pegándose, y la profesora golpeó el suelo con el pie.

— Sentaos... ¡Ahora mismo! —ordenó secamente.

«Torbellino» y Karina obedecieron de mala gana, y la señorita Meyer se apresuró a sacar su libreta negra del bolso. Sus ojos brillaban de alegría por tener ocasión de poner un par de malas notas a las dos alumnas que le eran más antipáticas.

— Ya tenéis sendas malas notas en conducta... ¡Las dos! —dijo al cerrar la libreta.

— Estupendo, «Torbellino», te lo merecías —aplaudió Karina.

— Lo mismo digo —contestó «Torbellino», aplaudiendo a su vez—. Es condenadamente divertido ser apuntada en la libreta negra... Muchas gracias, señorita Meyer.

— ¡Silencio! —rugió «La mocasines», golpeando la mesa con la mano—. Voy a mandaros al despacho de la directora ahora mismo.

Se hizo un silencio total. A nadie le gustaba comparecer en el despacho de la señorita Moeller; ni siquiera a las dos belicosas muchachas. «La mocasines» las contemplaba casi con fastidio. Le hubiera gustado poder llevarlas ante la directora. Estaba casi segura de conocer el motivo de su pelea, pues también ella había oído la historia sobre el ratoncito blanco en el «Escarpín de Dama». Con una sonrisa mordaz en sus labios, se dirigió a Karina para decirle:



—Karina, por favor, tradúceme esta poesía: *Little Mickey Mouse has a pretty house*.

— No.

— ¿Cómo? ¿Te niegas a traducirla?

— Sí.

— ¿Puedo saber por qué? —inquirió la profesora con fingida amabilidad, mientras sacaba su libreta negra del bolso.

— Naturalmente. Esa poesía la puede traducir cualquier párvulo. Mi padre no se gasta una fortuna pagando este colegio para que me ocupe de tales tonterías.

Durante un momento, la señorita Meyer pareció confusa y no sacó la libreta. Si la directora llegaba a saber aquello, podía prever lo que ocurriría: Karina recibiría una reprimenda por haberse

negado a traducir, pero también le pediría cuentas a ella por haber dado a traducir una poesía tan fácil a una muchacha del segundo curso..., y porque la poesía, de forma maliciosa, aludía al ratoncito del «Escarpín de Dama», de lo cual la directora estaba sin duda al corriente. Para ganar tiempo, preguntó con severidad:

— ¿Traducirás o prefieres un cero en inglés?

— Está bien, traduciré: El ratoncito Mickey tiene una maravillosa casa —contestó Karina encogiéndose de hombros.

— Quizás un párvulo lo hubiera hecho mejor — aseguró la señorita Meyer triunfante—. *Pretty* no significa *maravilloso*, sino *bonito*, *precioso*. Las palabras en inglés para designar maravilloso son: *wonderful*, *marvelous*, *charming*, etcétera, y éstas tampoco pueden ser usadas casualmente. No lo olvides en el futuro.

— No lo olvidaré mientras viva — asintió Karina con expresión de inocencia—. Yo también sé una poesía, pero no sé cómo traducirla. ¿Quiere usted ayudarme, señorita Meyer?

— Naturalmente —aceptó la profesora con indulgencia.

— Gracias —dijo Karina haciendo una pequeña reverencia—. Si no me equivoco, la poesía dice así: *We have a carpet slipper, she wants a lavish Clipper*.

La señorita Meyer estuvo a punto de caerse de su silla. Durante unos segundos, se puso alternativamente colorada y lívida. Aquello era lo más insolente que había oído.

Sus alumnas la miraban atónitas. La profesora parecía un pez que trata de respirar fuera del agua. ¿Por qué se había puesto así? La poesía parecía tonta e incomprensible... por lo menos si uno no sabía la traducción de *carpet slipper*. La traducción sería más o menos ésta:

Tenemos un... ella desea un elegante barco de vela.

De todas maneras, aquello seguía siendo una tontería. Las muchachas miraban por turno a la profesora y a Karina, quien, con cara inocente, aparentaba esperar una contestación. La palabra *carpet slipper* debía de tener un significado terrible, a juzgar por la cara de la señorita Meyer. «La mocasines» no solía alterarse tan fácilmente.

Sin embargo, en aquel instante la impopular profesora estaba fuera de sí. Sabía que las más impertinentes de sus alumnas la habían apodado «La mocasines», porque usaba zapatos con suelas

de goma y siempre las sorprendía silenciosamente por la espalda cuando hacían algo incorrecto. Como licenciada en inglés, sabía también que *carpet slipper* significaba pantuflas y también mocasines en argot.

Esa palabra en sí había sido una insolencia inaudita por parte de Karina, pero mayor frescura era haber usado la palabra *Clipper*. Naturalmente, podía ser traducida como *barco de vela*, pero en inglés bajo, en argot, también significaba *hombre gallardo*... Por eso no había ninguna duda de que la insolente poesía de Karina se debía traducir de la forma siguiente:

Tenemos a «La mocasines» que desea un elegante hombre gallardo.

Entre las alumnas del instituto se comentaba que la solterona profesora trataba de pescar marido y que le gustaría encontrar uno guapo y gallardo.

Cuando la señorita Meyer se hubo repuesto, preguntó en tono severo:

— ¿Quién te ha enseñado esa poesía?

Karina se quedó pensativa, con el dedo sobre la nariz. Al final contestó en tono vacilante:

— Creo que fue mi padre..., pero he olvidado su significado.

— Se puede traducir de varias formas —interrumpió la profesora con rapidez —, pero no podemos perder el tiempo en tonterías. Vamos a repasar la lección... ¡Siéntate!

Karina obedeció en el acto. Después de haberse sentado, se inclinó hacia su vecina, y le musitó al oído;

— Un cero como una casa para «La mocasines».

— ¡Silencio! —sonó la voz enfadada de la profesora.

Excepto Alma, ninguna de las muchachas había comprendido el significado de la poesía de Karina.

Y Alma sabría callar.

* * *

Karina comprendió que se había declarado la guerra entre ella y la señorita Meyer, pero no se preocupó. Primero tenía que ocuparse del desquite contra «Torbellino».

Después de clase, sus compañeras se reunieron en torno a ella para saber el significado de su poesía, pero Karina contestó:

— Averiguadlo vosotras. Yo estoy ocupada en descubrir quién colocó el papelito en mi mesa.

Que Karina se negara a traducir su verso, se debía, en primer lugar, a que quería mantener su «triunfo» frente a la señorita Meyer. Si fuera necesario, podía hacer correr la traducción entre sus compañeras de clase cuando quisiera.

Por la tarde, cuando estaba estudiando en su habitación con Alma, el ambiente resultaba algo tenso. Normalmente, su compañera no hablaba mucho, pero aquella tarde no dijo esta boca es mía. Al final, Karina preguntó, irritada:

— Estás más muda que una ostra. ¿Te he molestado en algo?

— No —contestó la aludida levantando la vista de su libro—. No me has molestado a *mí*, Karina...

— ¿A quién entontes?

— A «Torbellino».

— Bueno, ella se lo buscó.

— No tanto como para abofetearla... Además, fuiste muy insolente con la señorita Meyer.

— ¿Cómo lo sabes, si no puedes traducir la poesía?

— Da la casualidad de que sí sé traducirla: *Tenemos a «La mocasines», que desea un elegante hombre gallardo*. Como la señorita Meyer dijo, la poesía puede ser traducida de varias formas, pero yo no dudo de cómo querías traducirla tú, y la señorita Meyer tampoco...



—Bueno, pero fue ella quien empezó con su estúpido ratoncito Mickey para hacerme el hazmerreír de todos. Sólo le devolví la pelota.

— Sí, quizás — admitió Alma, y volvió a dedicar su atención a los libros.

Le era difícil concentrarse. Tenía el presentimiento de que Karina iba a meterse en líos, y que el «Escarpín de Dama» sufriría

las consecuencias. La señorita Meyer no informaría a la directora de lo ocurrido, porque personalmente había hecho un mal papel, pero no había duda de que estaba furiosa con Karina y encontraría la forma de vengarse de ella. Lo mismo le ocurría a «Torbellino», y ella era una enemiga difícil. Normalmente, sus bromas y travesuras carecían de malicia, pero ¿qué pasaría después de que Karina la había golpeado?

Casi todas las compañeras de clase estaban contra Karina..., y su situación no había mejorado al negarse a traducir la poesía. Sumando los hechos, podía decirse que la guerra fría se tornaría caliente... Y eran muchas en contra de Karina.

Alma suspiró e intentó concentrarse de nuevo en la lectura. Por aquella vez le parecía muy difícil. Karina sólo estuvo inclinada sobre su libro de texto unos pocos minutos, luego lo cerró de un golpe y declaró mientras se levantaba:

— No comprendo nada de todas estas estupideces... Es demasiado complicado para mí.

— ¿Quieres que te ayude, Karina? —preguntó Alma con amabilidad.

— ¿Para qué? No serviría de nada —contestó Karina casi furiosa—. Voy a dar un paseo. Necesito respirar aire puro... ¡Hasta luego!

Dio un portazo y Alma se quedó sola con una expresión de tristeza en los ojos. Algo andaba mal. Karina no solía portarse así...

* * *

Al abandonar Karina el «Escarpín de Dama», también abandonó la idea de respirar aire puro. Se fue directamente al piso del portero, en el sótano del edificio. La expresión de su cara era sombría y los pensamientos que cruzaban su mente no eran muy agradables.

Había sido un día nefasto. Primero, el ratón; luego, las burlas de sus compañeras, el papelito, la pelea con «Torbellino», la poesía de «La mocasines»...

Pero ella se vengaría. «La mocasines» y «Torbellino» iban a ver ratoncitos blancos hasta en la sopa. Lo tenían más que merecido. Con dinero podía comprar todos los ratoncitos que quisiera, pero..., ¿cómo distribuirlos entre «Las Rosas» y el cuarto de «La mocasines»? Aunque le ofreciera una fortuna al viejo Olsen, el buen hombre no lo haría... Y ella no se atrevería a tocar siquiera aquellos

horribles animalitos.

Encontró al portero muy triste. Cuando Karina entró hizo un gesto apático con la mano.

— ¿Qué quieres?

— He venido a hacer negocios con usted.

— ¿Negocios? — repitió Olsen extrañado.

— Sí, quiero comprar todos sus ratoncitos blancos. Le daré cien coronas.

— No tengo ya ratones.

— ¿Cómo que no? —exclamó Karina molesta—. Usted le vendió uno a «Torbellino» ayer mismo.

El anciano asintió con tristeza.

— Sí, por desgracia. Hice una gran tontería. Rita dijo que lo quería como regalo de cumpleaños, pero lo utilizó para otra cosa... Ahora han enviado a mis queridos ratoncitos a la «Escuela de Agricultura» para que los maten...

— ¿Estaban enfermos? —preguntó, sorprendida, Karina.

— No, nada de eso. Estaban muy sanos, pero... Bueno, la directora dijo que o me deshacía de los ratones o me marchara yo. Dijo que ya había tenido bastantes problemas con mis adorables animalitos...

Casi llorando añadió:

— Llevo muchos años en este colegio y a mi edad es difícil encontrar otra colocación. Y he tenido que despedirme de mis ratones. Karina tuvo compasión del anciano. Comprendió muy bien lo que sentía. Llevaba muchos años trabajando en el instituto y, en sus ratos libres, se había dedicado a sus queridos ratones. No se había casado, no tenía familia ni amigos, y los ratoncitos habían sido toda su vida. ¡Qué lástima!

Al entrar en la casa del portero, Karina sólo había pensado en su venganza, pero en aquel momento los buenos sentimientos la dominaban. La cara pequeña y pecosa de la muchacha estaba seria y triste cuando miró al anciano que, desolado, se mesaba su barba gris. Con voz insegura dijo:

— Yo... Lo siento mucho, señor Olsen... Estaba dispuesta a pagarle cien coronas por sus ratones... ¡Tenga!

Dejó un billete de cien sobre la mesa y salió corriendo, seguida de las débiles protestas de Olsen.

Cuando Karina llegó al parque sus buenos sentimientos estaban ya desapareciendo. Le daba rabia que «Torbellino» y «La mocasines» no pudieran tener la alegría de compartir sus habitaciones respectivas con los ratones, pero... Bueno, había que encontrar otra cosa.

Quería desquitarse a toda costa.

* * *

La profecía de Alma era correcta. La guerra se declaró en el colegio. Karina, naturalmente, salió malparada al estar sola contra todas. Ya no se trataba de bromas inofensivas, sino de burlas maliciosas que llevaban a la pobre víctima al borde de la desesperación.

Karina se mostraba testaruda. Contestaba con burlas y travesuras, pero nadie dudaba ya de que cada día se encontraba peor en aquella situación. En un par de ocasiones abofeteó a alguien y llegó a pelearse de nuevo con «Torbellino». Entonces, más que nunca, era el terror del pensionado.

Sin embargo, todo ocurría de forma que la señorita Moeller apenas se enteraba o si lo hacía era sólo a medidas y no encontraba motivos para intervenir. Como es natural, se había enterado del asunto del ratón en el «Escarpín de Dama», pero arregló el asunto haciendo que los animales salieran del colegio. La señorita Moeller pensó llamar a Rita Holst a su despacho, pero cambió de idea. El asunto, en sí, había carecido de importancia y era mejor esperar a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

En aquella «guerra», Puck, Navio y Karen permanecieron neutrales. No querían ponerse ni de parte de «Torbellino» ni de Karina; pero un día se reunieron en la «Flor de Guisante» para discutir la situación.

Fue Puck quien propuso aquella reunión. Las relaciones entre las chicas del segundo curso eran tan tirantes que urgía encontrar una rápida solución. Las tres amigas discutían sin lograr llegar a un acuerdo. En varias ocasiones, Puck le había propuesto a «Torbellino» tocar retirada en aquella absurda «guerra», pero cada vez había recibido la misma respuesta decidida:

— ¡Ni hablar! Ella me abofeteó sin razón, y ahora verá lo que le espera.

— Te olvidas del ratón, «Torbellino».

— A mí qué me importa ese estúpido animal. Aquello fue mi desquite por el empujón en la piscina... Ella tampoco tenía motivos para darme aquel sopapo.

Puck no había logrado nada con «Torbellino». Karen y Navio tampoco podían ayudarle mucho. Navio propuso, suspirando:

— Lo mejor será comer otro bombón de chocolate. Quizás así logre pensar con más claridad.

Devoró el chocolate, pero no le hizo ningún efecto milagroso. Para más seguridad, Navio repitió, pero con el mismo resultado. Las tres amigas se miraron con tristeza. Cuando Navio se hubo comido el tercer bombón, palmoteo jubilosa.

— ¡Viva! El chocolate por fin ha hecho efecto. Tengo una idea.

— ¡Hum! — fue la respuesta escéptica de sus dos amigas.

Contrariada, Navio hizo una mueca.

— Podéis decir ¡hum! cuantas veces queráis. Nunca tenéis fe en mis ideas; sin embargo, ésta es de las mejores.

— Cuéntanos...

— Podemos celebrar un duelo entre «Torbellino» y Karina, y la que pierda invitará a chocolate a todas las chicas del segundo curso.

Karen se había quedado atónita, mientras Puck rompía a reír.

— ¿Has pensado si será boxeo o lucha libre, Navio?

— ¿Cómo voy a saberlo? Pero puede ser algo por el estilo... ¿Verdad que mi idea es fenomenal?

— No podía ser peor — contestó Puck intentando ponerse seria.

— ¿Por qué?...

— Por dos razones. Primera, «Torbellino» es una deportista como pocas, y Karina no tendría ni una posibilidad en este «duelo»; segunda, el resultado de dicho duelo no lograría suspender las hostilidades...

— No —intervino Karen—, las cosas empeorarían, porque la que perdiera trataría de vengarse de nuevo, y de esta manera no habríamos conseguido nada.

— Quizá tengáis razón — dijo Navio pensativa —. Mi idea no es muy buena..., pero pensaré otra cosa...

— Sí, cómete otro bombón...

Navio no se hacía nunca de rogar. Puck se quedó pensativa. Le ponía de mal humor no encontrar solución a los problemas. Tanto «Torbellino» como Karina eran dos bromistas incorregibles y les

costaba un gran esfuerzo permanecer quietas; pero esto era lo de menos, mientras las bromas no fueran crueles.

Puck pensaba en su buena amiga «Torbellino», que en una ocasión había estado a punto de ser expulsada del colegio. No obstante, ¿qué ocurriría si «Torbellino» volviese a las andadas? Tratándose de Rita Holst, la señorita Clara Moeller perdería la paciencia pronto. Había que encontrar una solución, pero ¿cómo?

Las tres amigas se sobresaltaron cuando «Torbellino» entró de improviso en la «Flor de Guisante» sin llamar a la puerta. Se dejó caer en una silla y manifestó con mal humor:

— Karina es infame, Puck, y no trates de defenderla. ¿A ti te asustan los ratoncitos?

— No, no mucho...

— ¿Sabes lo que había tramado? Quería comprárselos todos al portero Olsen, para soltarlos en nuestra habitación.

— ¿Cómo te has enterado?

— Me lo dijo Olsen. Quería comprarlos todos. Si no lo hacía para soltarlos en «Las Rosas», ya me dirás para qué iba a necesitarlos.

— Pues quizá pensaba regalárselos a la señorita Meyer.

— Bueno, «La mocasines» se lo merece, pero estoy segura de que pensaba asustarme a mí. Y, al mismo tiempo, también te hubiera asustado a ti...

— Como te dije —rió Puck—, a mí los ratoncitos no me asustan.

— No, pero quizá te hubieras sentido incómoda con cincuenta ratones correteando por la habitación. Pero esto a Karina no le importa... Y, dicho sea de paso, tampoco me gusta tener un erizo en la cama...

— ¿Qué? ¿Un erizo? —hipó Puck sorprendida.

«Torbellino» asintió con cara sombría.

— Lo que oyes. Un erizo vivo y coleando. Había hecho mi cama porque pensaba acostarme pronto esta noche. Sólo estuve ausente media hora y, al regresar, estaba ese bicho calentándose bajo mi edredón. ¿Quién crees tú que lo puso allí, eh? ¿Quieres adivinarlo?

— No creo que sea necesario —contestó Puck, que, a pesar de la expresión de su amiga, no pudo por menos que reír—. ¿Qué has hecho con el pobre animalito?

— Fui a buscar leche en la cocina y ahora está bebiéndosela en «Las Rosas».

«Torbellino» continuó, ya más alegre:

— Por cierto, es un animal muy bueno y divertido, Puck. Yo creía que los erizos eran miedosos.

— Suelen serlo; sin embargo, habiendo leche cerca, quizá reaccionen de otra forma. Si se porta bien, podríamos adoptarlo como mascota.

— No podemos. Ese tonto reglamento del colegio dice bien claro que está prohibido tener animales domésticos en las habitaciones.

Puck sonrió astutamente.

— El reglamento dice que no podemos *llevar* animales domésticos a la habitación... Y, primero, el erizo no es domestico; y, segundo, nosotras no hemos llevado el erizo allí.

— ¡Estupendo! Ven, vamos a verlo.

* * *

Puck abrió la puerta con cautela y entró en «Las Rosas» con «Torbellino» pisándole los talones. El erizo seguía sorbiendo leche de un plato, mientras las dos muchachas se le acercaban de puntillas. Durante un instante, el animal dejó de beber, levantó la cabeza de una forma muy curiosa y vigilante, pero, como no parecía haber peligro, continuó comiendo con buen apetito. Resultaba un espectáculo divertido.

A Puck siempre le habían gustado mucho los erizos. Su tía había tenido uno en el jardín hacía un par de años. Lo habían llamado «Jensen», en honor al jardinero que lo había encontrado. El animal les tomó cierta confianza y salía de su escondite en pleno día si colocaban un plato con leche en la terraza. Se lo bebía, aunque hubiera muchas personas contemplándolo. Puck dio un codazo a «Torbellino» y musitó:

— ¡Qué mono es! Será mejor preguntar a la señorita Moeller si nos deja tenerlo... ¿No te parece, «Torbellino»?

— No, lo que dijimos acerca de adoptarlo es una tontería.

— Pero tú dijiste...

— Ya sé lo que dije, pero se puede cambiar de opinión.

— ¿En sólo tres minutos?

— ¡Claro! — La voz de «Torbellino» sonaba de nuevo dura y amarga—. El erizo es encantador, pero me sigue irritando que

Karina lo haya puesto en mi cama para asustarme. ¿No querrás hacerme creer que ha sido una prueba de eterna amistad?

— No, naturalmente...

— Pues no hay más que hablar... Llevaré el bicho al parque.

Para ganar un poco de tiempo, Puck se apresuró a decir:

— Espera un momento, «Torbellino». Deja que el animalito termine de beberse la leche.

Pero el erizo no parecía tener más sed, aunque quedaba leche en el plato. Estaba muy quieto, olfateando. Las voces le habían asustado.

— ¿Aún quieres que...? —preguntó Puck vacilante.

— Sí — le interrumpió su amiga muy decidida —. Como vivimos juntas, debemos estar de acuerdo respecto al bicho, y no lo estamos.

— Bien, tú ganas —suspiró Puck—. Lo bajaré yo al jardín.

Puck se puso los guantes y levantó con cuidado el animal, que había formado una bola y emitía un leve bufido cuando lo sacó de la habitación. No se encontró con nadie, ni en el pasillo ni mientras bajaba la escalera, y estaba contenta por ello. Si se hubiera tropezado con Karina, quizás hubiese tenido que escuchar alguna burla... Y mucho peor habría sido si se la hubiera encontrado «Torbellino» a aquella hora de la noche. Sin duda hubieran llegado a las manos.

El jardín estaba muy oscuro, pero Puck conocía cada metro cuadrado de él, por lo que se dirigió hacia un rincón donde el jardinero tenía un montón de hojarasca. Sería un lugar perfecto para un erizo, aunque no había por qué preocuparse, pues el bichito sabría arreglárselas. Al fin y al cabo, quizás era aquélla la mejor solución. Los erizos están acostumbrados a vivir al aire libre y no como animales domésticos.

Cuando Puck llegó al montón de hojas y ramas secas, puso al animal en el suelo y dijo alegremente:

—Ya está, amiguito. Ahora te toca a ti. No puedes tener hambre y, más tarde, ya encontrarás algo que comer aquí, en el parque.

Se inclinó por última vez sobre el pequeño bulto que permanecía inmóvil, y volvió sobre sus pasos hacia el edificio principal.

Instintivamente se detuvo al oír una voz cercana.

— ...en camino para reconquistar una vieja colonia danesa — decía un hombre —. Lo podemos arreglar por medio de su oficina.

Un telegrama no tarda mucho.

— ¿Y será más seguro hacerlo aquí? —preguntó otra voz.

— Sí, a las once y cuarto en punto. Así lo ha propuesto Charlie.

— ¿Tocará aquí el sábado?

— Sí, aunque como puedes suponer, le será imposible abandonar a los otros. Así que hemos de arreglárnoslas solos. El domingo, a las cuatro, tiene que sustituir a alguien en el bar de «Cliff». Allí podemos ponernos en contacto con él... Bueno, será mejor regresar...

— Como quieras...

Puck oyó cómo los pasos se alejaban y rápidamente corrió hacia la verja de la calle. Pero cuando abrió la puerta del jardín, sólo oyó el sonido de la portezuela de un coche al ser cerrada. A unos diez metros de distancia, junto a la acera, estaba estacionado un gran automóvil azul. Aunque Puck no sabía mucho de marcas, le pareció que aquel coche era un «Ford» último modelo. El automóvil se puso en marcha y, al encender los faros, pudo distinguir en la placa de la matrícula las letras AB y los números finales 4 y 3. Había más números, pero no logró verlos a causa del barro.

El coche se alejó a gran velocidad hacia Strandvejen, donde giró a la izquierda. Puck se quedó un momento pensativa. ¡Aquello era muy misterioso!

Debían ser dos jóvenes y de buena familia, porque su lenguaje era cultivado... Pero ¿qué estaban tramando? Puck siempre había tenido el don de retener detalles, y se puso a repasar lo ocurrido mentalmente.

Alguien estaba, según habían dicho los misteriosos visitantes nocturnos, en camino de reconquistar una vieja colonia danesa. La frase sonaba absurda. Un hombre solo no podía conquistar un país, a no ser que tratara de hacerlo por medio de los negocios o algo por el estilo.



Oyó también que aquel hombre tenía una oficina, y desde allí iban a mandarle un telegrama. ¿Quién sería aquel hombre? ¿Y qué mensaje iban a enviarle? Bueno, era imposible encontrar respuesta a tales preguntas de momento.

El sábado, a las once y cuarto, habían dicho también... Eso era a la hora del recreo... Iba a ocurrir algo misterioso en aquel mismo lugar. ¿De qué se trataría? Era imposible adivinarlo. Puck decidió que se acercaría a la verja durante el recreo, y así se enteraría de algo más.

Recordó que en la conversación habían dicho también que un tipo llamado Charlie iba a tocar el sábado y no podía abandonar a los demás. ¿Tocar el qué? Y que el domingo ese mismo Charlie tenía que sustituir a alguien en el «bar de Cliff».

¿Dónde estaría aquel bar? Bueno, no sería difícil averiguarlo. La dirección estaría en el listín de teléfonos y, en caso de emergencia, se podía hacer una visita a dicho lugar. ¿En realidad había algún misterio en aquel extraño diálogo nocturno?

Puck no lo dudaba... Pero tendría una respuesta segura el sábado durante el recreo. La muchacha regresó muy pensativa al edificio principal. Eran más de las once, pero ni siquiera pensó en ello. Cuando entró en el vestíbulo, la señorita Meyer la esperaba y sus ojos brillaban con malicia. En su mano derecha enarbolaba la odiada libreta negra. La voz de la profesora era severa cuando dijo:

— Buenas noches, Bente... ¿Dónde has estado?

— En el parque.

— ¿A estas horas?

— Si... Quería respirar un poco de aire puro...

La sonrisa de «La mocasines» recordaba a la de las hienas.

— Podías respirar aire puro abriendo las ventanas de tu

habitación. Según el reglamento, hay que estar en el edificio antes de las once, así que me veo obligada a denunciarte...

— Muy a su pesar, ¿verdad? —preguntó Puck con astuta amabilidad.

— ¿Cómo dices? —replicó la profesora—. ¿Además te muestras insolente?

Era difícil irritar a Puck, pero en aquel momento la profesora lo había logrado. La muchacha contestó con firmeza:

— No sé cómo tiene usted ánimos para perder la noche con estas tonterías, señorita Meyer. Todas necesitamos la cura de belleza que es el sueño... incluso usted.

— Tendrás otra mala nota por contestar —rugió «La mocasines»—. Y ahora a la cama, de prisa.

— Como usted mande. Buenas noches..., y gracias por todo.

* * *

Era inevitable que al día siguiente Puck fuese llamada al despacho de la directora; sin embargo, la reprimenda no fue tan violenta como hubiera deseado la señorita Meyer.

La directora terminó diciendo:

— Está bien, Bente. Acepto tu explicación de que sólo saliste para respirar aire puro en el parque, pero conoces el reglamento del colegio y tienes el deber de regirte por él.

— Sí, lo comprendo perfectamente — repuso Puck en voz baja —, pero hacía una noche maravillosa.

— No lo dudo —contestó la directora esforzándose por no sonreír—. Tampoco voy a sermonearte por ello, pero contestaste a la señorita Meyer con insolencia... ¿No es verdad?

— Sí.

— ¡Hum! La honradez es una virtud. Pero recuerda, Bente, que no debes contestar mal en otra ocasión.

Cuando la muchacha se hubo marchado, la señorita Moeller se reclinó en el respaldo de su silla. Tras los cristales de sus gruesas gafas, sus ojos brillaban alegremente. No le gustaba la señorita Nora Meyer en absoluto... pero era muy buena profesora de idiomas y difícil de sustituir.

* * *

La «guerra» continuaba. Poco a poco se estaba convirtiendo en un duelo entre «Torbellino» y Karina. Sin embargo, conforme se

acercaba el sábado, los ánimos belicosos parecían apaciguarse. Esto se debía, en parte, al hecho de que se acercaba el día del baile del colegio, el cual se celebraría el sábado por la noche. Como es natural, las muchachas estaban muy ocupadas pensando en sus vestidos.

El «Instituto Clara Moeller» celebraba dos bailes anuales para sus alumnas. Cada una podía invitar a un amigo o familiar de su misma edad. Siempre eran fiestas muy alegres. El vino y el alcohol estaban prohibidos, pero los jóvenes se divertían en grande a pesar de ello, y todos procuraban regirse por las normas dadas, porque consideraban un gran honor ser invitados a un baile en aquel elegante colegio.

El viernes por la noche había gran ajetreo en las habitaciones. Puck y «Torbellino» se probaron sus vestidos en «Las Rosas». Por un momento, parecía que «Torbellino» había olvidado sus ganas de pelear. Las dos amigas tenían su propio desfile de modelos. Puck sólo poseía dos vestidos de noche, mientras su compañera tenía por lo menos seis, pero la alegría no fue menor por ello.

— Usamos la misma talla, Puck. Si no te gustan tus vestidos, te prestaré uno.

— Te lo agradezco, pero no te preocupes — sonrió Puck —. Aunque no tengo mucho dónde elegir, me gusta mi vestido azul.

Ninguna de las dos tenían joyas de valor, pero esto no les preocupaba lo más mínimo. Sin embargo, «Torbellino» se quejó de que las chicas del segundo curso ni siquiera podían pintarse los ojos.

— Es una injusticia, Puck. Puedes estar segura de que «Las Siamesas» y sus amigas se maquillarán.

— Es posible, ¿crees tú que estarán más guapas por eso? — sonrió Puck.

— No sé si estarán más guapas o no, pero los chicos nos considerarán párvulos o poco menos por no poder pintarnos.

— Es muy triste... —rió Puck—, pero puedes estar segura de que no te quedarás sentada viendo bailar a los demás. ¿Te gusta bailar?

— Me encanta..., si no me toca un camello de esos que bailan encima de mis zapatos. Por suerte, no tengo ningún callo.

Dio unos pasos de baile por la habitación y Puck hubo de admitir que tenía mucha gracia. Podía estar segura de su éxito.

Le emocionaba pensar en el baile..., pero aún estaba más ansiosa por saber lo que ocurriría junto a la puerta del jardín durante el recreo. Debía de ser algo misterioso y emocionante... Pero ¿qué?

La respuesta, pensó, la tendría al día siguiente a las once y cuarto.



Sonó el timbre anunciando la hora del recreo... Puck no había dicho nada a nadie sobre lo que oyera aquella noche. Salió disparada del aula y, poco después, cruzaba el parque para ir a esconderse entre unos arbustos cerca de la puerta. Desde allí disponía de buena visibilidad sin que nadie pudiese verla a ella.

Consultó su reloj de pulsera. Señalaba las once y cinco minutos, así que tendría que esperar. El recreo duraría una hora, pero se impacientaba. ¿Cuándo ocurriría algo?

Estaba muy emocionada. A lo lejos oía las voces de sus compañeras, pero todo estaba tranquilo. Pasaron varios coches por la calle, aunque ninguno se detuvo frente a la puerta del jardín. Pensó que tampoco sabía seguro si los dos jóvenes iban a llegar en automóvil.

La espera le parecía una eternidad a Puck, resultándole muy difícil controlar su creciente impaciencia. Las once y cuarto... las once y veinte... las once y treinta... y no ocurría nada. ¡Qué extraño! Aquel tipo había dicho a las once y cuarto en punto. ¿Qué había pasado? ¿Se habrían entretenido en el camino? ¡Las doce menos cinco!...

Ya no podía quedarse más. El recreo terminaba. Se acercó corriendo a la puerta y miró hacia fuera. Nada. Ni siquiera un solo automóvil aparcado. Suspiró hondo y regresó con paso rápido al edificio principal. Había fracasado rotundamente... Pero ¿por qué?

* * *

El gran salón de baile estaba adornado con flores y guirnaldas. En un rincón había un pequeño estrado para los músicos. Habían sido colocadas unas mesitas a lo largo de las paredes, para que los jóvenes pudieran tomar refrescos. En una mesa mayor estaban sentadas la directora y las ocho profesoras.

Puck estaba sentada a una mesita con «Torbellino», Navio y Karen. No habían perdido un solo baile y se divertían mucho. Los jóvenes se peleaban por ser sus parejas.

Bent Winther, el primo de Puck, se acercó a la mesa y se sentó con ellas.

— ¿Qué hay, chicas? ¿Os divertís?

— Mucho —contestó Puck—. Tú tampoco parece aburrirte.

El muchacho tenía veintiún años y era estudiante en el Politécnico. Mostró sus blanquísimos dientes en una amplia sonrisa, y dijo:

—No soy ningún Fred Astaire, Bente, pero no me quejo. Los hombres tenemos la suerte de que sólo en un par de bailes buscan pareja las chicas, así que podemos decidir cuándo queremos bailar y con quién...

«Torbellino» se había levantado e hizo una reverencia ante el joven estudiante.

— ¿Quiere usted bailar conmigo? —le preguntó con una graciosa sonrisa.

— Me sentiría muy honrado, señorita — Bent Winther devolvió la cortesía.

Cuando salieron a bailar, Puck les miró y sonrió. Formaban una bonita pareja y bailaban bien. Sin embargo, ni Puck, ni Karen, ni Navio tuvieron mucho tiempo de pensar en ellos, porque ya varios muchachos las invitaban a bailar y, poco después, todas se encontraban en la pista.

La directora contemplaba a la alegre juventud fumándose un gran puro; luego se volvió hacia una de las profesoras y le dijo en tono alegre:

— Es maravilloso ver cuánto se divierten estos chicos. Es una lástima ser tan vieja..., y tan pesada...

— Estos bailes modernos son horribles — opinó la señorita Meyer en tono agrio.

— Casi todos los bailes resultan horribles para los espectadores — dijo la directora —. Admito que los bailes antiguos tenían más estilo que estos bailes acrobáticos; sin embargo, los jóvenes encuentran más divertidos éstos... ¿A usted le gusta bailar?

— No. Esas tonterías no me interesan lo más mínimo — contestó «La mocasines» fastidiada—. Y no ayuda a la educación de esos jóvenes el portarse como retrasados mentales en una pista de baile...

— Yo no diría tanto.

«La mocasines» señaló con el dedo.

— ¿Qué me dice de aquella pareja? Tienen caras de faltarles un tornillo.

— Quizás eso forme parte del baile —opinó la señorita Moeller.

* * *

Tampoco Karina carecía de admiradores. Los muchachos hacían cola para invitarla a bailar. Estaba guapísima. Las pecas y su cabello cobrizo contrastaban lindamente con su vestido verde de seda japonesa. Sus ojos brillaban como estrellas y se reía constantemente. Se había olvidado por completo de la guerra contra «Torbellino» y las otras chicas. Incluso les sonreía al cruzarse con ellas en la pista. Puck le devolvía las sonrisas, mientras que a «Torbellino» le era más difícil. No podía olvidar lo del erizo en su cama.

Alma estaba sentada en la misma mesa que Karina. Estaba encantadora con su elegante vestido de baile; sin embargo, no tenía mucho éxito en la pista. Durante la primera hora la habían invitado varias veces, pero los jóvenes se habían dado cuenta de que apenas sabía bailar, y los bailes modernos eran para ella algo imposible de comprender.

No estaba triste, porque nunca le había interesado mucho bailar. Había tomado clases en una academia por deseo de sus padres, pero, si no se tiene facilidad ni ganas de aprender, es muy difícil convertirse en una nueva Ginger Rogers. Alma sonrió al pensarlo. Saber bailar no tenía mucha importancia para una futura

enfermera..

La orquesta anunció un descanso con unos golpes de gong. Los tres músicos se abrieron paso por entre los jóvenes reunidos en la pista. Las risas y las voces alegres sonaban ininterrumpidamente en la gran sala.

Alma vio a Karina en la pista, leyendo un papelito que tenía en la mano. La muchacha miró en torno suyo, como buscando a alguien. Luego se dirigió hacia la puerta y poco después había desaparecido.

Alma se levantó y la siguió. De pronto se le había ocurrido que algo andaba mal, quizás algo que tenía que ver con aquella estúpida «guerra». Alma había permanecido neutral hasta entonces, pero le parecía que su deber era ayudar a Karina si fuese necesario.

Al pasar ante la mesa donde estaban sentadas «Torbellino», Puck, Navio y Karen, las miró de reojo. Las cuatro amigas charlaban alegremente y no parecía que «Torbellino» estuviese al corriente de la marcha de Karina... Pero, naturalmente, Rita no era la única enemistada con Karina.

Una vez fuera. Alma pudo ver que Karina cruzaba el jardín en dirección a la puerta de la verja. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Una cita? No, no podía ser... Karina era demasiado joven para esas cosas. Además, no era la clase de chica que aceptara citarse con un joven y menos de noche...

Alma se quedó confusa contemplando el parque iluminado por la débil luz de la luna. Vio a Karina salir a la calle y la perdió de vista. ¿Estaría bien seguirla para ver lo que ocurría? ¿No sería meterse en la vida privada de otra persona? A Karina no le gustaría; estaba segura de ello.

En aquel instante oyó voces en la calle, luego el sonido de pasos precipitados y después un grito medio ahogado. La portezuela de un coche fue cerrada con estrépito y luego...

Alma no vaciló ni un segundo más y corrió lo más rápido que pudo hacia la verja del jardín. ¡Algo andaba mal!

Un coche se ponía en marcha para en seguida alejarse a toda prisa. El ruido del motor se oía claramente en el silencio de la noche. Pero cuando Alma alcanzó la puerta y salió a la calle, sólo pudo ver las luces rojas de la parte trasera del automóvil. La calle quedó desierta. Ni un coche. Ni un peatón...

Durante un momento. Alma quedó paralizada. Ya no quedaba ninguna duda. Alguien se había llevado a Karina en aquel automóvil contra su voluntad. Seguramente había sido ella quien gritaba.

Alma Nielsen era una muchacha muy inteligente y resuelta. No tardó mucho en decidirse y corrió hacia el edificio principal. Tenía que dar la alarma en seguida, pero de momento sólo pensó en avisar a una persona: a Puck. La pondría al corriente de lo ocurrido y ella decidiría si había que avisar a la directora o no. Todo parecía tan complicado y confuso que sólo Puck sería capaz de tomar una decisión... Como todas sus compañeras, Alma confiaba en el rápido cerebro de Puck, que ya en anteriores ocasiones había sabido resolver los problemas.



Aún duraba el descanso de la orquesta cuando Alma regresó a la sala. Se fue directamente hacia la mesa de Puck y le dijo jadeante:

—Perdóname, Puck..., pero..., tengo que hablar contigo.

— ¿Sobre qué? — se sorprendió la aludida.

— Ya te lo explicaré... Ven, date prisa.

Los demás las miraban atónitas, mientras Alma se llevaba a Puck hacia la salida. Una vez fuera le contó lo ocurrido. Lo explicó con frases cortas y confusas. Puck comprendió, no obstante, que algo serio estaba pasando, y decidió:

— Debemos hablar con la directora en seguida.

— Pero, Puck, tú podrías...

— No, no me atrevo a correr el riesgo. Tengo un presentimiento, pero no un plan y no podemos perder ni un segundo.

Pocos minutos después, la directora había sido puesta al corriente del incidente y, como era de suponer, se produjo gran confusión. Alma tuvo que explicar detalladamente lo que había visto y oído en el jardín, y la señorita Moeller llamó a la policía. Finalmente, interrumpió el baile diciendo:

— Lo siento muchísimo, pero ha ocurrido algo grave esta noche y no podemos seguir divirtiéndonos. Nos hemos visto obligados a avisar a la Brigada Criminal, la cual seguramente querrá hacer algunas preguntas. Por ello, ruego a todas las alumnas que regresen a sus habitaciones en espera de nuevas órdenes... Los caballeros tendrán que despedirse. Habíamos pensado que el baile durase hasta las dos, pero no puede ser. Esperemos que haya más suerte en el próximo. Buenas noches, caballeros, y gracias por su asistencia.

Todos sufrieron una gran decepción, pero comprendieron que algo muy serio debía suceder para haber suspendido la fiesta. La sala se vació poco a poco y, mientras los jóvenes abandonaban el colegio, las muchachas subieron a sus habitaciones.

El ambiente era tenso y todas hablaban a la vez. Como es natural, la noticia no era ya ningún secreto. Todos sabían que Karina había desaparecido..., seguramente secuestrada.

Puck estaba muy pensativa mientras volvía a «Las Rosas» junto con «Torbellino». Estaba casi segura de que había alguna relación entre lo ocurrido y lo que ella había escuchado la noche que fue a dejar el erizo. Mientras esperaban órdenes de la directora, Puck le contó a «Torbellino», que la escuchaba boquiabierta, el misterioso diálogo nocturno del que fue testigo. Puck concluyó:

— Pero no comprendo nada, «Torbellino». Estaba segurísima de que algo iba a suceder cerca de la puerta del jardín durante el recreo de la mañana y no ocurrió nada hasta esta noche..., pero... Por cierto...

Puck calló e hizo una mueca desesperanzada:

— ¡Seré imbécil! ¡Si seré idiota! La noche en que bajé el erizo al jardín oí que aquellos dos jóvenes hablaban del sábado. Esto es, hoy... decían que iba a ocurrir algo a las once y cuarto. Y yo creí que se trataba de la mañana, pero me anticipé unas doce horas...,

porque ha sucedido a las once y cuarto de la noche, justamente cuando la orquesta descansaba — concluyó dándose una palmada en la frente.

«Torbellino» aplaudió:

— ¡Bravo, Puck! Tienes toda la razón... Debe haber ocurrido así. Ya verás, pronto tendrás el asunto resuelto.

— Pues yo no soy tan optimista, porque aún no sabemos gran cosa. Ya veremos lo que dicen los agentes de policía.

— ¿Crees que Karina ha sido secuestrada?

— Todo lo hace sospechar, si la explicación de Alma ha sido correcta.

Puck tuvo una idea repentina y se levantó de un salto.

— Espérame aquí un momento, «Torbellino», voy a preguntarle algo a Alma, en el «Escarpín de Dama».

Salió disparada de la habitación, y un momento después llegaba al cuarto de Alma, donde la muchacha estaba sola y triste.

— Vengo a preguntarte una cosa. No queda mucho tiempo, pues la policía está a punto de llegar. ¿Sabes si el padre de Karina viaja por el extranjero?

— Está camino de Ghana con su esposa — aseguró Alma.

— ¿Ghana?... ¿Y qué es eso? La geografía no es mi fuerte.

— Fue una colonia danesa. Está situada en la Costa de Oro, en África.

— ¡Vaya por Dios! —le interrumpió Puck—. Si yo fuera sólo la mitad de sabia que tú... ¡Qué vida! ¿A qué ha ido el padre de Karina a Ghana?

— Va a abrir una sucursal de su empresa... ¿Por qué estás tan interesada, Puck?

— En realidad, lo único que me interesaba era saber que Ghana fue *colonia danesa*.

Puck estaba ya segura de que Karina había sido secuestrada.

* * *

Cuando Puck entró en «Las Rosas», dijo con gran excitación a su amiga:

— ¡Ya está, «Torbellino»! ¿Sabías que Ghana había sido colonia danesa?

— Pues... Me parece haber oído algo al respecto...

— Bien, muy bien. Déjame un par de minutos para pensar.

«Torbellino» se quedó muy quieta, mientras Puck se reclinaba en un sillón y cerraba los ojos. Empezó a repasarlo todo otra vez. La conversación nocturna de los dos jóvenes en el jardín se había hecho comprensible. Se habían referido a las once y cuarto de la noche, lo cual concordaba con lo ocurrido... Y el padre de Karina estaba en aquellos momentos camino de una antigua colonia danesa para *conquistarla* como mercado para su empresa. También eso concordaba con su teoría.

Quedaba Charlie. Sí, ¿quién era aquel Charlie? Sería difícil colocarlo en su lugar en el rompecabezas, pero era evidente que tenía un papel importante en aquel misterio. ¿Sería alguno de los jóvenes invitados al baile del Instituto? No, no podía ser. Ninguno de ellos, todos de buenas familias, hubiera participado en algo tan horrible como un secuestro.

Puck se dio cuenta de que sus pensamientos no eran lógicos, porque, no hacía mucho tiempo, en Norteamérica, los autores de un secuestro habían sido varios jóvenes de familias adineradas. Aquel asunto había tenido un final feliz... ¡Ojalá Karina saliese bien librada!

¿Charlie?... ¿Qué habían dicho sobre él? Iba a tocar algo... ¡Podía ser uno de los tres músicos! Si era así, todo concordaba: el lugar, la hora, todo.

Por fortuna, sabía dónde buscar al misterioso Charlie. Al día siguiente, domingo, a las cuatro de la tarde tenía que sustituir a alguien el «bar de Cliff», no como camarero seguramente, sino como músico... También eso concordaba.

Cuando llegó la Brigada Criminal, Puck y Alma fueron llamadas para ser interrogadas. Antes de bajar al despacho, Puck le dijo a «Torbellino»:

- Espérame. No te acuestes. Quiero contarte algo a mi regreso.
- ¿No puedes decírmelo ahora?
- No tengo tiempo, pero espérame.

En la oficina de la directora, dos amables agentes ya habían iniciado el interrogatorio, pero ni la señorita Moeller ni las profesoras habían podido contar nada que pudiera ayudar a los policías. En aquel momento estaban escuchando con gran interés la explicación de Alma, mientras hacían anotaciones en una libreta. Al final, uno de ellos dijo:

— Su declaración es de gran importancia, señorita Nielsen. Espero que no se haya equivocado.

Alma contestó tranquila:

— Estoy segura de lo que he dicho. El parque estaba iluminado por la luz de la luna y pude ver cada uno de los movimientos de Karina. La noche era silenciosa, oí pasos, voces y un grito ahogado...

— ¿Puede usted asegurar que fue su amiga quien gritaba?

— No... Pero el grito sonó como si alguien lo lanzara mientras trataban de taponarle la boca.

El agente se volvió hacia Puck:

— También usted parece tener algo que contar, señorita Winther. Adelante, le escuchamos.

Puck contó lo ocurrido la noche en que bajó el erizo al jardín..., o, mejor dicho, casi todo, porque no mencionó el nombre de Charlie. Ella también quería intervenir en aquel misterioso asunto... La policía no podía quejarse de falta de información por parte de ella.

El policía que anotaba su declaración preguntó:

— ¿Está usted segura de que era un «Ford» último modelo?

— No estoy segura del todo. No sé mucho sobre marcas de automóviles, pero creo que se trataba de un «Ford». Era azul.

— ¡Hum! Ha dicho usted que las letras de la matrícula eran AB y los números finales 4 y 3. ¿Está segura de ello?

— Sí.



—Le estamos muy agradecidos, señorita Winther. ¿Puede usted añadir algo más a su declaración?

Durante unos segundos, Puck luchó consigo misma. No le gustaba mentir. Lo consideraba mezquino. Pero aquello era muy tentador. Quería tomar parte en el caso. Se decidió al fin:

— He dicho todo lo que sabía — contestó resuelta.

No había nombrado al misterioso Charlie. Había decidido ocuparse de aquel tipo personalmente el domingo, en el «bar de Cliff». Luego, naturalmente, llamaría a la policía.

¿Estaba portándose como una buena ciudadana? — se dijo, y se mintió a sí misma acto seguido—: Sí, claro que sí.

Sin embargo, aunque se esforzaba, no podía ahogar los remordimientos que sentía.

El agente se guardó la libreta en el bolsillo y dijo con amabilidad:

— Quiero darles las gracias por sus interesantes declaraciones. Para la policía, es sumamente importante la cooperación de los ciudadanos. Estoy casi seguro de que dentro de veinticuatro horas habremos encontrado el automóvil azul...

— ¡Suerte! —les deseó Puck en voz baja, pero ya no se sentía tan bien. Nunca había mentido tan descaradamente como aquella noche.

Se despidió de Alma en el pasillo y entró corriendo en «Las Rosas». «Torbellino» la esperaba despierta, con gran curiosidad. Puck empezó contándole algo sobre el interrogatorio en el despacho de la directora y «Torbellino» exclamó:

— Karina me da mucha pena.

Sus palabras sonaron tan serias y compasivas que Puck se puso de buen humor. Era maravilloso que quien hasta aquel momento no había hecho más que pelearse con Karina, mostrara sus buenos sentimientos cuando más falta hacían...

— ¿Estás dispuesta a ayudar a Karina? —preguntó Puck.

— Sí. ¿Cómo puedes dudarlo? Pero no veo cómo hacerlo.

— Ya encontraremos el medio —sonrió Puck—. Dime, ¿has entrado alguna vez en un bar?

«Torbellino» abrió mucho los ojos:

— ¿Estás loca? ¿Cómo se te ha ocurrido eso?

— Mañana, a las cuatro de la tarde, iremos a uno. Nos acompañará mi primo... Escucha...

Y Puck contó cuanto sabía con respecto al misterioso Charlie. No ocultó tampoco que había mentido a la policía. Los ojos de «Torbellino» brillaban al pensar que iba a vivir una aventura emocionante. Se había olvidado por completo de la «guerra» contra

Karina. En aquel momento, se trataba de ayudar a una compañera en dificultades..., quizás en peligro de muerte... No había tiempo para pensar en erizos y travesuras infantiles. Sólo tenía un pensamiento: ayudar a Karina.



Puck, su primo Bent Winther y «Torbellino» entraron en el «bar de Cliff». Dejaron sus abrigos en la guardarropía y miraron a su alrededor algo intimidados.

Aquel lugar era muy elegante, y «Torbellino» pareció leer los pensamientos del joven estudiante porque le dio un codazo y le cuchicheó para animarle:

—Tú tranquilo, viejo. Parece un bar condenadamente caro, pero he venido prevenida.

— No, ni hablar, yo invito...

— Tú no invitarás a nadie —le interrumpió «Torbellino» alegremente—. A los estudiantes no os sobra el dinero y, además, has venido casi a la fuerza. Cien coronas para mí no significan nada, y no creo que esta visita nos cueste tanto... Así que ánimo, muchacho.

Los jóvenes tuvieron la suerte de encontrar una mesa libre y se sentaron en torno a ella. Bent Winther hizo un esfuerzo y le pidió al camarero tres vermouths con hielo picado y pajitas.

— ¿Vermouth con hielo picado, señor?

— Sí; tres... ¿Tienen ustedes vermouth, verdad?

— Sí..., claro..., señor.

El camarero se acercó al barman y pidió la extraña consumición. En los tres años que llevaba trabajando en aquel bar, nunca le habían pedido algo tan extraño como aquello: ¡vermouth con hielo picado y unas pajitas! El barman se rió al mezclar la bebida, pero, acordándose de su pasada juventud, guiñó un ojo y dijo:

— Vamos, Thomsen, son estudiantes. No suelen nadar en la abundancia... Tómallo con calma.

— No pasará de una corona mi porcentaje —rugió Thomsen.

El barman sonrió ampliamente:

— Quizá pidan tres vermouths más y así serán dos coronas... Date prisa, que esos jóvenes no pasen sed...

Puck consultó su reloj de pulsera... Eran las cuatro menos cinco... Miró hacia el piano de cola que había en un rincón del local. Aún no había llegado el pianista. Casi no dudaba de quién sería, pero segura del todo no podía estar hasta ver al hombre.

Entró el músico y se sentó ante el piano. Puck suspiró hondo. Todo estaba claro: aquel joven era uno de los que habían tocado en el Instituto la noche anterior. Si aún hubiera tenido la más ligera duda, ésta se hubiera disipado cuando uno de los concurrentes saludó al músico y le pidió:

— ¡Hola, Charlie! Toca *Rhapsody in Blue*, por favor.

El pianista aceptó con una inclinación de cabeza. De pronto, pareció sobresaltarse. Miraba fijamente hacia la mesa donde estaban sentados Bent Winther y las dos muchachas, mientras sus dedos jugaban nerviosos con el teclado del piano.

Luego empezó a tocar *Night and Day*. El hombre que había pedido *Rhapsody in Blue* no se inmutó, seguramente no sabía distinguir entre las dos melodías. Puck, por el contrario, comprendió que el músico estaba nerviosísimo. Les había reconocido a los tres.

¿Qué haría? ¿Seguir tocando como si nada hubiera ocurrido? Seguramente, no. Estaba demasiado nervioso. Puck se quedó pensativa. Los dos jóvenes habían dicho que se encontrarían con Charlie a las cuatro en el bar..., pero ¿acudirían?

Charlie interpretó ahora *Poor, old Joe*, y cantó con una voz bonita. De repente se calló, mirando en torno suyo con cara asustada. Los clientes del bar no parecían haberse dado cuenta,

porque cada, uno estaba distraído con su bebida... Luego, Charlie continuó, inseguro, con *Deep River*...

Puck se inclinó hacia su primo y le dijo en voz baja:

— Ese tipo está como una cabra... Llama por teléfono a la policía... Diles cuanto sabes. No podemos estar seguros de que sus compinches vayan a venir, pero la Brigada Criminal hará una buena captura arrestando a Charlie...

El primo de Puck se levantó y salió en busca de una cabina telefónica. Entretanto, Puck no le quitaba ojo al músico, quien estaba cada vez más nervioso y tocaba sin ton ni son...

Puck vigilaba la puerta de reojo para ver si su primo aparecía de nuevo; pero, como tardaba en volver, se levantó y le pidió al músico:

— ¿Perdone, no podría tocar un poco de la Quinta Sinfonía de Beethoven?

— Naturalmente..., señorita...

Empezó a tocar sumamente nervioso. No era ningún placer escucharle, desde luego. Mientras regresaba a su mesa, Puck pensó que el pobre Beethoven estaría gimiendo en su tumba, si pudiera escuchar como maltraban su maravillosa música. Luego se acordó de que el genial compositor era sordo y se tranquilizó.

Puck volvió a sentarse y casi en el mismo momento regresó Bent.

— Ya están en camino, Puck —informó en voz baja.

— Estupendo. Me siento orgullosa de tener un primo como tú. ¿Tardarán mucho?

— Unos diez minutos.

Poco después llegó la policía. Tres agentes entraron en el local. Los clientes del bar no se extrañaron por una visita que debía serles familiar y rutinaria. Bent Winther se levantó y señaló al pianista a los policías.

Entonces ocurrió algo inesperado. Charlie se levantó con tal rapidez que la silla se cayó, y salió corriendo por la puerta de atrás con dos agentes pisándole los talones. Puck se volvió sonriente hacia el tercer policía, que se había quedado en el bar, y dijo:

— Bien, señor. Ya sólo es cuestión de tiempo el que todos los secuestradores estén en su poder.

* * *

El músico corría con rapidez. Llevaba una ventaja de unos diez metros a los dos agentes. Cuando salió al patio, se dirigió hacia unos cubos de basura arrimados junto a la verja del patio vecino, se subió a uno de ellos y saltó para continuar su furiosa carrera al otro lado de la verja.

Los dos agentes seguían tras el fugitivo sin lograr ganarle terreno. Charlie, con la rapidez de un conejo, salió por el portal donde un camión estaba entrando marcha atrás. Durante una fracción de segundo corrió el riesgo y se apretó entre el muro y el camión, pero consiguió pasar. El chófer chilló asustado. Sólo un par de centímetros habían salvado a aquel loco de morir aplastado.

Los agentes tuvieron que detenerse y perdieron unos segundos preciosos. Cuando por fin salieron a la calle, el fugitivo había desaparecido. Se había mezclado con los transeúntes y sería inútil continuar la persecución.

Los agentes corrieron hacia su coche patrulla para avisar al cuartel general por radio. Poco después se reunían con su colega, que les esperaba en el bar.



Apenas habían tenido tiempo de darle una explicación de lo ocurrido, cuando el chófer del coche patrulla entró y dijo apresurado:

— Ha llegado un mensaje, jefe. Debemos ir a Hellerup... Han encontrado el coche allí. Un par de coches están en camino.

— ¡Viva! — se le escapó a «Torbellino».

El comisario se volvió hacia los tres jóvenes:

— Será mejor que nos acompañen ustedes. Tenemos que hablar y puedo necesitar su información.

Inmediatamente el coche de la policía se dirigió a gran velocidad hacia Hellerup. El comisario había comprendido que se trataba de llegar los primeros. Si los secuestradores se encontraban en aquella casa, lo más probable era que el músico del «bar de Cliff» se dirigiera hacia allí...

¿Qué pasaría si los criminales eran avisados? Al secuestrar a Karina Bech la noche anterior, habían demostrado lo peligrosos que eran y su atrevimiento sin par. Aquel mismo día habían dado un nuevo paso de gran audacia. Mientras el jefe de las oficinas de la empresa de Bech, Poul Martin, estaba almorzando en su casa, un chico le llevó una carta. Martin leyó, aterrorizado, que Karina Bech había sido secuestrada. Sus captores pedían cincuenta mil coronas como rescate; de lo contrario, Bech no volvería a ver a su hija. La carta terminaba diciendo:

Sabemos que su jefe se encuentra en estos momentos camino de África, pero puede usted ponerse en contacto con él por telegrama. Si está dispuesto a aceptar nuestras condiciones, el jueves por la mañana insertará usted el siguiente anuncio en Berlingske Tidende, en la sección de asuntos personales: «Martin está de acuerdo». Luego recibirá usted órdenes nuestras sobre lo que debe hacer con el dinero del rescate. Si no encontramos su mensaje el jueves por la mañana, ya sabe lo que puede ocurrirle a la señorita Bech. Tenga la seguridad de que no se trata de una broma.

La carta estaba escrita a máquina y no llevaba firma. Después de leerla, Poul Martin quiso hablar con el chico que la había llevado, pero el muchacho ya había desaparecido. Entonces fue a la comisaría con la carta, pero nadie se extrañó, pues ya habían emprendido la búsqueda de los secuestradores. Imaginaban que, tarde o temprano, pedirían un rescate. La carta fue enviada al laboratorio.

Mientras el coche patrulla circulaba a gran velocidad hacia Hellerup, el comisario se volvió hacia Puck y dijo:

—En primer lugar, debemos agradecerle a usted, señorita Winther, el que las cosas se vayan resolviendo tan pronto. Sus

informaciones sobre el automóvil han sido de importancia primordial para nosotros.

Cuando el automóvil llegó cerca del lugar indicado, el jefe de policía ordenó que se desviara por una calle lateral, a pocos metros de la casa. A los otros dos coches patrulla que llegaron casi al mismo tiempo les indicó que hicieran lo propio.

El jefe de policía contaba en aquellos momentos con siete hombres, a los cuales impartió las últimas órdenes. Los agentes estaban listos para entrar en acción.

* * *

Karina se encontraba encerrada en el sótano. El lugar tenía una sólida puerta, cerrada con llave desde fuera. No había ninguna ventana; sólo una débil bombilla proporcionaba suficiente luz como para poder moverse sin tropezar. El único mueble que había en el sótano era una silla, en la cual estaba sentada la muchacha, y unas canastas de fruta en un rincón. En el suelo había una bandeja con bocadillos, que no había tocado, pues no tenía apetito.

Por centésima vez, Karina estaba repasando lo que le había ocurrido:

¿Quién le había entregado aquella nota durante el descanso de la orquesta? No lo sabía. En aquellos momentos había tantas personas en la pista de baile que se la encontró en la mano sin saber quién se la había dado. El papel decía que su padre le enviaba una sorpresa y que debía acudir a recogerla a la puerta del jardín. Durante el camino se le ocurrió que todo aquello debía de ser obra de «Torbellino» y sus amigas, que querían burlarse de ella... Pero decidió llegar hasta el final... Peor para ellas, pensó, se desquitaría con creces.

Karina tenía la cara sombría cuando salió a la calle. Casi en el mismo instante, un par de hombres enmascarados se habían lanzado sobre ella. Sólo logró gritar una vez; luego le habían introducido un trapo en la boca y le habían empujado dentro de un coche, donde le vendaron los ojos.

Acto seguido, el coche se había puesto en marcha... El viaje no había durado más de diez minutos, a lo sumo un cuarto de hora... Cuando el coche se detuvo, la habían sacado de él sin quitarle la venda, para luego subir una escalera y pasar por varias habitaciones antes de bajar al sótano donde se encontraba en aquel momento.

Mientras duró el viaje, los hombres apenas habían hablado. Por las pocas palabras cruzadas entre ellos, pudo comprender que se trataba de dos jóvenes. Además, hablaban en un danés culto.

Se encontraba bien a pesar de la forma brutal en que la habían metido y sacado del coche. Después de haberse pasado mucho tiempo en el sótano, un hombre enmascarado le había traído la bandeja con bocadillos. Su carcelero no había pronunciado ni una sola palabra, ni siquiera cuando ella le había insultado. Al salir cerró la puerta con llave.

Y allí estaba ella. No podía calcular el tiempo que había permanecido encerrada en el sótano, porque no llevaba reloj. ¿Qué significaba todo aquello? Si se trataba de una nueva broma de «Torbellino», iba a lamentarlo. Pero no... Era ridículo pensar que ella estuviese mezclada en aquello... En tal caso, pensó, lo que le había ocurrido sólo tenía un nombre: secuestro. No le gustó nada descubrirlo.

Karina bostezó. Estaba tan cansada, que se hubiera dormido de pie. Bostezó y poco a poco se le cerraron los ojos, quedándose dormida en su silla. ¿Cuánto tiempo había dormido? No lo supo nunca, pero su despertar fue muy brusco, porque se cayó al suelo.

Durante un momento se quedó inmóvil. Estaba confusa, sin saber dónde se encontraba, pero pronto recordó la horrible realidad: ¡la habían secuestrado!

No estaba asustada, pero sí nerviosa, porque sabía lo que iba a ocurrir. Aquellos criminales pedirían un rescate a su padre. Él pagaría y asunto concluido. Su mayor preocupación era el sótano. ¿Cuánto tiempo tendría que permanecer allí? Cuando regresara el hombre enmascarado, iba a enterarse de quién era ella.

Se acercó a las banastas de madera del rincón. Reunió todas sus fuerzas y consiguió romper una en pedazos. Luego eligió la tabla más sólida con gesto triunfal. Era un arma modesta y no podía hacer con ella ningún daño serio, pero quizá lograra asustar a su carcelero durante un momento y aprovechar la circunstancia para huir.

La muchacha, con su arma preparada, se sentó en la silla, en espera de que alguien abriese la puerta. Le daría su merecido a aquel sujeto.



Entretanto, en el salón de la casa, estaban sentados dos jóvenes. Uno de ellos parecía muy nervioso. Dijo con voz insegura:

— Empiezo a preocuparme, Harry. Mis padres regresarán de Italia dentro de un par de días. ¿Qué vamos a hacer si aún tenemos la chica en el sótano?

— Cobraremos el rescate mucho antes — contestó el llamado Harry con arrogancia —. Calma, Egon.

Sonó el teléfono y Harry contestó. El otro, Egon, se quedó sentado en el sofá, rígido de miedo al escuchar una voz excitada que gritaba en el otro extremo del hilo.

A Harry tampoco parecía gustarle aquella llamada telefónica. Tenía las cejas fruncidas y sólo contestaba con monosílabos. Terminó la conversación diciendo:

— No. No vengas aquí. Voy a decidir lo que vamos a hacer. Luego te llamaré al número secreto de siempre.

Colgó el auricular con violencia, y Egon le preguntó nervioso:

— ¿Quién era?

— Charlie. Le persigue la policía, pero ha logrado escapar del «bar de Cliff»...

— ¿Cómo ha llegado la policía a sospechar de él? —preguntó Egon con voz temblorosa.

— Dice que en el bar había tres jóvenes que asistieron anoche al baile del colegio..., pero eso no explica nada. No comprendo nada en absoluto. La chica no sabe quién le entregó la nota y, aunque lo supiera, no ha podido decírselo a nadie, estando encerrada en el sótano... Eso significa que si han sospechado de Charlie, también pueden hacerlo de nosotros...

Egon se levantó de un salto y empezó a caminar por el salón, mientras balbuceaba:

— Se acabó, Harry... No quiero seguir adelante con este asunto. Podemos soltar a la chica... De todas maneras, la policía nos encontrará, pero la condena será más leve si la chica sale ilesa...

— Es demasiado tarde —interrumpió Harry, que estaba junto a la ventana—. La policía está ya aquí... Ven, escaparemos por detrás.

Pero, para disgusto de los dos jóvenes criminales, tres agentes se interpusieron en su camino, a los cuales se rindieron sin oponer resistencia.

Después de haberles puesto las esposas, el jefe de policía preguntó en tono brusco:

— ¿Dónde está Karina Bech?

— En el sótano —contestó Egon con voz temblorosa—. No le hemos hecho ningún daño. Ella está muy bien, muy bien...

— Sí, seguro —replicó con ironía un agente, y se apresuró a bajar al sótano para liberar a la cautiva.

Hizo girar la llave, entró y de repente le pareció ver el sol, la luna y muchísimas estrellas. Le habían dado un tremendo golpe en la cabeza.

— ¡Sucio y asqueroso secuestrador! —chilló Karina—. Esto es sólo el principio...

Iba a golpear de nuevo, pero el aturdido agente consiguió agarrarle el brazo:

— Espere, jovencita... Soy policía.

— ¿Policía? —repitió Karina atónita; luego añadió, apenada —: No sabe cómo lo lamento, señor.

— No se preocupe —contestó el agente—. Venga conmigo. Queremos tomarle declaración.

Se pasó la mano por la frente y notó que tenía un buen chichón. ¡Qué mal genio el de aquella chica!

Karina lanzó un grito de júbilo al ver a Bent Winther y a sus dos compañeras de clase. Se fue directamente hacia «Torbellino» y le dio una palmada en el hombro:

— Celebro verte, «Torbellino». ¿Lista para un nuevo *round*?

— ¿No has tenido suficiente? —sonrió «Torbellino».

— No. ¡Soy muy difícil de contentar!

Los dos secuestradores estaban muy abatidos durante el interrogatorio ante el jefe de policía. Los dos jóvenes pertenecían a familias honradas y adineradas; sin embargo, sus diversiones eran

muy costosas y, como sus asignaciones no daban para tanto, habían decidido secuestrar a alguien. Eligieron a Karina Bech, pero podía haber sido cualquier otra. Sólo investigaron que tuviera un padre rico, dispuesto a pagar el rescate.

Después de los interrogatorios, el coche patrulla llevó a las tres amigas hasta Ryvangen. Desde allí, siguieron a pie y de un humor excelente hasta el colegio. No hubo pausa en su conversación. Tenían muchos temas de que hablar. «Torbellino» dijo alegremente:

— Gracias por el erizo, Karina.

— De nada. ¿Te gustó?

— Era encantador —rió «Torbellino»—. Pero debes estarle agradecida...

— ¿Yo? ¿Por qué?

— Porque si no hubieras metido el erizo en mi cama, Puck no lo hubiese bajado al jardín y no habría oído la conversación que nos llevó a capturar a tus secuestradores... Y quizá dentro de un par de días hubieras sido la chica más muerta de toda Europa...

— ¡Vaya por Dios! — hipó Karina asustada.

Se calló, mientras pensaba en lo que acababa de decir «Torbellino». Al final dijo en tono alegre:

— Propongo firmar la paz. Incluso guerrear resulta monótono. Además, agradezco con toda mi alma lo que habéis hecho por mí...

— Sólo Puck — aclaró «Torbellino».

— No digas tonterías —replicó Puck—, Como *tú* no querías el erizo en el cuarto, tuve que bajarlo y si...

— Si ella lo hubiese conservado..., yo hubiera sido la chica más muerta de toda Europa dentro de un par de días — continuó Karina ahora seria. Y añadió, riendo—: Me han ocurrido cosas muy extrañas, pero nunca hubiera sospechado que iba a deberle la vida a... ¡un erizo!



FIN